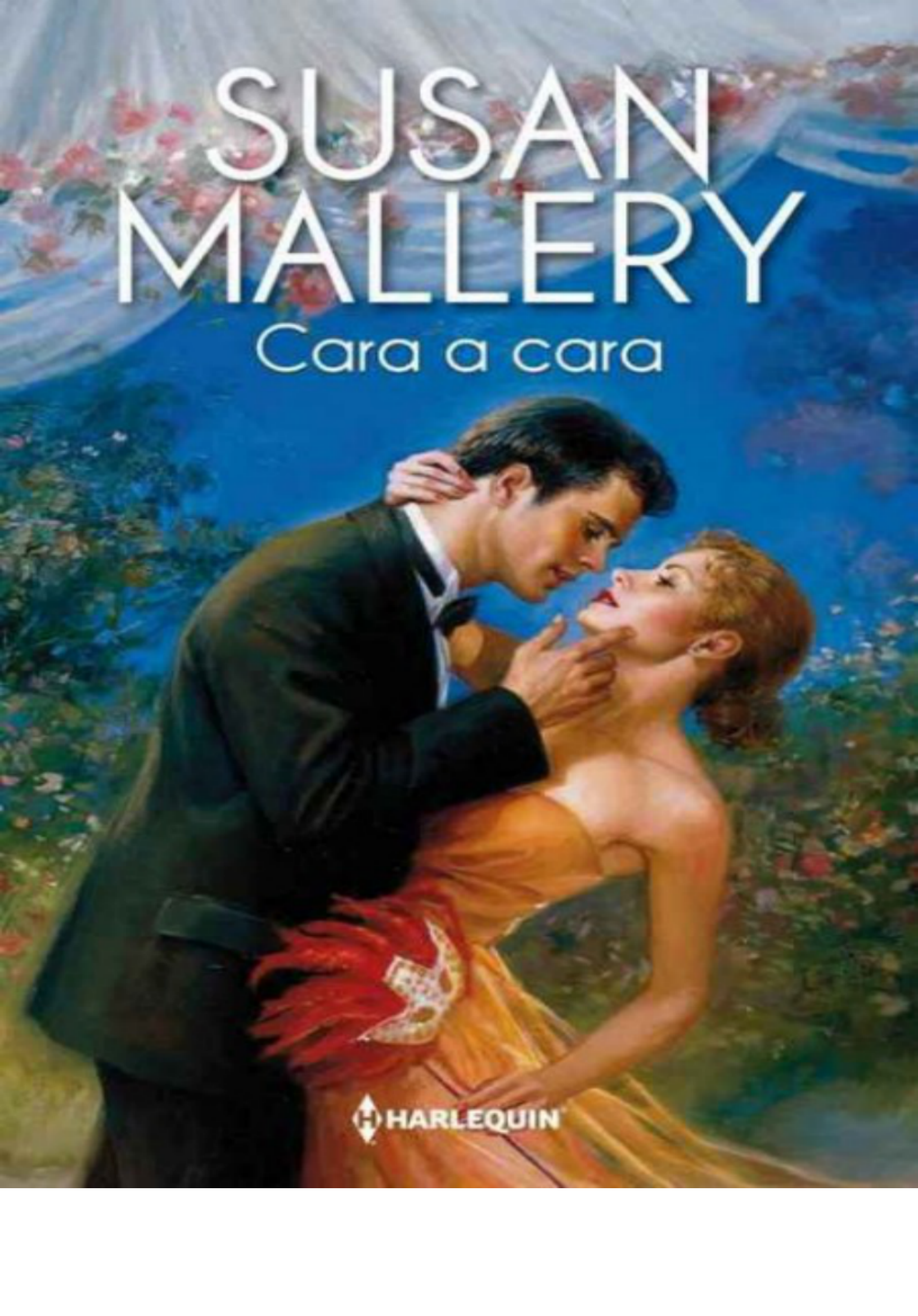
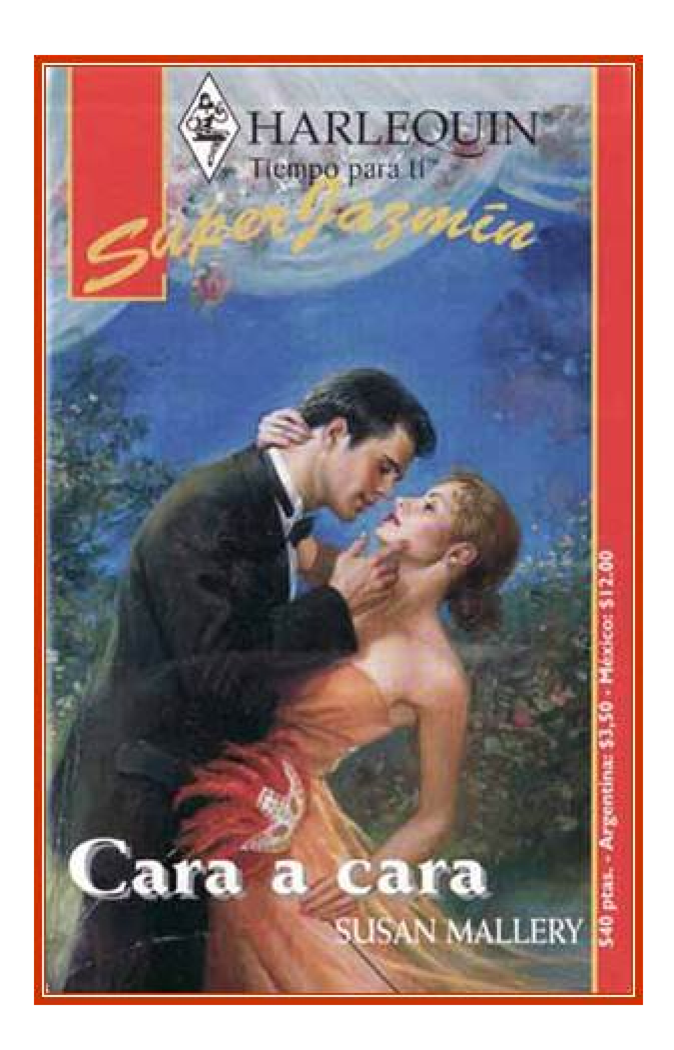

SUSAN
MALLERY
Cara a cara
HARLEQUIN

Cara a Cara

Susan Mallery



Cara a Cara (1999)

Reeditado por Harlequín Ibérica en el dueto Sueños hechos realidad colección Tiffany Nº 26 (2008)

Título Original: The millionaire Bachelor

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Súper Jazmín 371

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Stone Ward y Cathy Eldridge

Argumento:

Su voz es lo que él escucha en el teléfono cuando él chequea sus mensajes. Él es un sexy hombre solitario feliz de escuchar cuando ella le daba lata sobre su vida aventurera. Ellos eran amigos, pero nunca se habían conocido… hasta que un fuego los puso cara a cara. Ahora ellos deben hacer frente a su mutua atracción sin el santuario del anonimato.

Capítulo 1

Cathy Eldrige miró con impaciencia su reloj. Esperaba la medianoche con tanta ilusión como Cenicienta la aguardaba con temor. Mientras la princesa del cuento tenía razones para temer que sus sueños se destruyeran con el avance de las manecillas del reloj, para Cathy la llegada de la hora bruja marcaba el comienzo de su fantasía. Porque al dar las doce, Stone Ward llamaría.

Eran aún las once y veintitrés, y suspiró, sabiendo que los minutos se arrastrarían penosamente hasta entonces, y que después seguirían avanzando con lentitud hasta que terminase su turno a las siete de la mañana. Pero durante los minutos que hablaba con él, el tiempo volaba. No le importaba que no hubiera nada entre ellos, excepto lo que ella se había creado en la imaginación. No le importaba que quien él creía que era y quien era de verdad no tuviese nada que ver. Le bastaba con oír su voz y con saber que disfrutaba de sus conversaciones tanto como ella.

La noche había discurrido con lentitud y poco trabajo en el servicio de contestadores. Había recibido la llamada de una madre preocupada porque su hijo tenía una fiebre muy alta, y tras consultar en el ordenador, la había puesto en contacto con un pediatra de guardia. Tuvo también otras dos llamadas de dos hombres a los que habían arrestado y que querían pagar la fianza, a quienes puso en contacto con el propietario de un negocio de préstamos de fianzas.

El servicio de contestador para el que trabajaba tenía un grupo de clientes bastante ecléctico: médicos, detectives privados, prestamistas, un par de bufetes, incluso una agencia literaria de gran tamaño que se ocupaba de guiones para Hollywood. Daban servicio a cualquier empresa que prefiriese que quienes solicitaban sus servicios fuera de horas de oficina fuesen atendidos por una persona y no por un buzón de voz. Tenían también otros clientes poco corrientes, como por ejemplo la encantadora y rica viuda que tenía contratado el servicio para que la llamaran seis veces al día para recordarle que debía tomarse la medicina, y un vendedor que viajaba constantemente y que quería que regularmente se dejasen mensajes en su contestador automático para que su gato no se sintiera tan solo.

Cathy llevaba en aquel trabajo más años de los que le gustaría recordar, y atendía sus llamadas rápida y eficazmente. Era la

operadora favorita de muchos clientes, que al menos disfrutaban de las historias que les contaba sobre su excitante vida fuera de las horas de trabajo. Lo que le recordó que…

Abrió el maletín negro de nylon y sacó su ordenador portátil. Le había costado bastante adquirirlo, y era el único capricho que se había permitido aquellos últimos tres años, pero había merecido la pena el esfuerzo. Con una línea de teléfono y su ordenador, podía ir a cualquier parte del mundo. Nadie tenía que saber que estaba atrapada en una pequeña y sucia oficina, realizando un trabajo monótono del que no conseguía escapar.

Lo enchufó y lo puso en marcha. Cuando estuvo preparado, movió la flecha del cursor hasta el programa conecto y conectó con el servicio local de ordenadores. Desde allí, podía salir a Internet, un lugar que no comprendía, pero que tenía el poder de transformarla. Nunca dejaba de sorprenderla la cantidad de información que podía obtenerse de allí: desde los últimos tratamientos para un montón de enfermedades, pasando por los horarios de todas las líneas aéreas, y hasta los menús de los restaurantes. Aquella noche, era precisamente eso lo que necesitaba.

Se había pasado el fin de semana buscando hoteles y clubes en uno de los centros de vacaciones de Cancún, México. Lo único que le faltaba era encontrar el restaurante adecuado con el menú indicado.

Tardó más o menos diez minutos en encontrar lo que necesitaba. Tomó nota en un bloc de papel, atendió a tres clientes y le leyó sus mensajes a un abogado que trabajaba hasta tarde, todo ello sin dejar de mirar el reloj. Cinco minutos, tres, uno…

Ring…

El corazón ya lo tenía acelerado quince minutos antes, pero en aquel instante las palmas de las manos empezaron a sudarle y el estómago le dio un vuelco. Los síntomas le eran familiares, ya que se repetían cada vez que él llamaba. La hacía sentirse tan viva… Se ajustó el auricular y pulsó la luz que parpadeaba en la consola.

—Servicio de contestador De la A a la Z —dijo, intentando que su tono resultase desenfadado y alegre, para que él no sospechase que temblaba de nerviosismo. No importaba que llevasen hablando ya meses. Eso quizás la ponía aún más nerviosa.

—Hola, Cathy, ¿qué tal el fin de semana?

Hubiera querido derretirse. Tenía una voz tan grave y sensual que la envolvía y la atravesaba, imposibilitando toda función excepto la de suspirar su nombre.

—Hola, Stone. Mi fin de semana ha resultado perfecto. ¿Y el tuyo?

—Nada fuera de lo corriente. He tenido que trabajar.

Oyó ruidos al otro lado del teléfono, como si estuviera adoptando una postura más cómoda en la silla o el sillón.

Se lo imaginó en un estudio abarrotado de libros en alguna parte. Sería una estancia grande, con las paredes revestidas de madera, los techos altos y el mobiliario de cuero. Además siempre se imaginaba una chimenea y el aroma a la leña ardiendo, lo cual era una locura, ya que vivían en Los Ángeles y allí no hacía frío ni en lo más crudo del invierno. Pero Stone era su fantasía, y tenía derecho a conjurar un romántico fuego si eso le apetecía.

—Trabajas demasiado —le dijo—. Tienes que tomarte un poco más de tiempo libre. Viajar un poco.

—Ya viajas tú bastante por los dos —contestó él—. ¿Dónde era este fin de semana? ¿Las Bahamas?

—México. El tiempo ha sido fabuloso.

Cathy consultó sus notas. Según el servicio de meteorología, había hecho una temperatura de alrededor de treinta y dos grados todo el fin de semana, con el cielo despejado y las noches, frescas. Sin hacer ruido, extendió la información que había impreso sobre varios de los hoteles y ciudades de México.

Él se echó a reír.

—Mejor que en París, ¿eh?, con el tifón.

Ella se unió a las risas.

—No fue un tifón, sino una tormenta de otoño.

—Si no recuerdo mal, hacía años que no llovía tanto. Hasta el

hotel se inundó, y estuvisteis sin electricidad durante un día.

La sonrisa de Cathy palideció al darse cuenta una vez más de que Stone prestaba atención a lo que le decía. Escuchaba y recordaba, como si su vida tuviese algún interés para él. Como si ella fuese interesante. Qué pena que la verdad fuese totalmente distinta. Ojalá pudiera ser lo que él quería que fuese, aunque, en realidad, tampoco importaba demasiado, ya que su relación era pura fantasía.

—Desde luego, no se parecía en nada a París —dijo.

—¿Con quién fuiste?

—Con Angie, Brad, Martin y Melissa.

—¿Y Raoul?

Raoul. Su hombre del momento.

—No pudo venir.

—Has debido echarle de menos.

—No demasiado —contestó, deseando haber oído un atisbo de celos en la voz de Stone, pero sabiendo al mismo tiempo que era imposible. Había creado a Raoul como el hombre perfecto: alto, moreno, atractivo y callado. Se parecía bastante a la imagen que tenía de Stone. Otro hombre que no conocía, aunque al menos existía fuera de su imaginación. Raoul, Angie y los demás, no.

—Cuéntamelo todo —le dijo él—. ¿Llevabas bikini?

—¿De verdad necesitas preguntarlo?

Llevaba tanto tiempo jugando a aquel juego que le resultaba tremendamente fácil hacerlo. No eran mentiras de verdad, sino historias para contar, para entretener. No hería a nadie. Si Stone conociese la verdad sobre ella y su mundo real, la encontraría aburrida. La hermosa Cathy, sus fabulosos amigos y su forma de vida eran más de su estilo.

—La habitación estaba muy bien —dijo.

—¿Una suite?

—Esta vez, no —consultó la información del hotel—. Era de esquina, y resultaba muy grande. Desde la terraza se veía la piscina y el mar al fondo. Había un tobogán larguísimo en la piscina y de tanto subir y bajar, casi me rompo el bikini.

Él se rió.

—Ya me hubiera gustado verlo.

—¡Señor Ward, por favor, me avergüenza usted!

—Mentirosa —su voz era como la caricia de un guante de seda—. ¿De qué color es tu bikini?

—Rojo.

—¿Pequeño?

La pregunta le hizo sonreír. Aunque no fuese real, disfrutaba con aquel flirteo.

—¿Te refieres a la parte de arriba o a la de abajo?

Él gimió.

—Me matas con estas cosas, Cathy. Lo que yo me estoy imaginando ya es bastante gráfico y no necesito que me des más detalles. ¿Has buceado?

—Sí —revisó otra página—. Había un barco en el hotel y nos llevó a los restos de un naufragio. El barco se había hundido a poca profundidad y fue una experiencia maravillosa. El agua es tan cálida allí que se puede estar nadando durante horas sin dificultad.

—Suena bien.

Claro que sonaba bien. Cualquier día intentaría ir de verdad. Y a París, y a todos los demás lugares en los que le había dicho que había estado. En realidad, ni siquiera tenía pasaporte.

—Además, el hotel tenía un restaurante construido sobre el agua —continuó—. El sábado fuimos todos a cenar allí. Resultó ser un sitio muy elegante.

—Estoy seguro de que llevabas algo corto y sexy.

—¿Me has estado espiando? —bromeó.

—Ojalá. Sigue.

—La cena fue fantástica. Un pescado y un vino deliciosos —se volvió a su ordenador portátil y revisó el menú—. Su postre flambeado es famoso, y decidimos probarlo. El camarero trajo un carrito con todo lo necesario para preparar el postre junto a nuestra mesa, pero éramos seis y el recipiente que estaba usando era muy pequeño. Supongo que no quiso hacerlo en dos veces, ni pedir ayuda.

—Tengo la sensación de que se avecina un desastre.

—No teníamos ni idea de lo que iba a ocurrir, así que el hombre empezó a echar coñac sobre el postre para poder flambearlo, y mientras nosotros nos mirábamos atónitos, él seguía echando y echando. Después encendió la cerilla…

—No me dirás que se incendió el restaurante, ¿verdad?

Ella se echó a reír.

—No, pero hubo una enorme llamarada, tanto que todos los clientes del restaurante se levantaron de sus mesas. Resulta que el camarero era novato, y el hombre casi se echó a llorar.

—Ay, Cathy, qué vida más excitante tienes.

—Ese es mi objetivo —dijo, decidida a que nunca averiguase la verdad—. ¿De verdad has estado encerrado todo el fin de semana?

—Sí.

—Stone, el mundo está ahí fuera, esperándote. Deberías salir y explorarlo. Nunca sales.

—Me gusta mi intimidad.

—Eso no es saludable.

—Ya hemos hablado antes de esto —le recordó—, y no vas a

hacerme cambiar de opinión.

—Lo sé; es que… —suspiró—. Me tienes preocupada.

Y era verdad, por absurdo que fuese. Stone era un millonario excéntrico, propietario de una de las firmas de inversores más importantes de toda la costa oeste, pero siempre estaba recluido, hasta tal punto que resultaba misterioso. Según había averiguado, en contadas ocasiones salía de su casa, ni si quiera para ir a la central de su empresa. Todas sus llamadas personales le llegaban a través del servicio de contestador, y nadie tenía el número de su casa, incluyendo el propio servicio de contestador, cuyo trabajo consistía en recoger sus mensajes y guardarlos hasta que él llamase.

—Te agradezco la preocupación —contestó—, pero no tienes por qué.

—Si tú lo dices.

—Claro. ¿Y Muffin? ¿Estaba enfadado contigo cuando volviste a casa? —le preguntó, seguramente para cambiar de tema.

—Se le pasó pronto —Muffin era su perra imaginaria, una preciosa Lhasa a quien no le gustaba estar sola—. Su cuidadora la saca de paseo cuando yo no estoy, y eso ayuda.

—Al menos, no tienes que llevarla a un hotel para perros.

—¿Terminaste el libro?

—Anoche. Tenías razón, es genial. No hubiera adivinado nunca la identidad del asesino.

Se recomendaban libros el uno al otro por turnos, y Cathy se lanzó a hablar del último argumento de su escritor favorito. Tuvo que dejar a Stone a la espera un par de veces para atender otras llamadas, pero estuvieron charlando casi una hora.

—Es tarde —dijo él—. Debería dejarte trabajar.

Ella asintió sin hablar. No quería que se marchase… nunca quería que se marchase, pero no podía decírselo. Era una mentira más por omisión.

—¿Estarás mañana?

—Claro.

—¿A la misma hora?

—Perfecto.

Tenía la sensación de que su voz dejaba entrever demasiadas cosas, y es que sus llamadas eran el punto culminante de su existencia.

Él suspiró.

—¿Sabes, Cathy? Uno de estos días voy a tenerme que escapar hasta tu oficina para conocerte en persona.

Era una vieja amenaza. La primera vez que la había hecho, ella se había echado a temblar, pero desde entonces, había llegado a la conclusión de que no pretendía hacerlo, y que simplemente le gustaba tomarle el pelo.

—Estoy en el séptimo piso, y los de seguridad no van a dejarte entrar —contestó.

— Tengo mis métodos.

Seguro que sí.

—Pura palabrería. Que duermas bien, Stone.

—Hasta mañana. Buenas noches.

—Hasta mañana.

Esperó a que hubiera colgado el teléfono y después desconectó la línea. La luz de la consola se apagó.

Cathy suspiró. Por ahora, habían terminado, hasta que se encontrase de nuevo mirando el reloj y esperándolo. Se quitó despacio el auricular y se acercó a la máquina del café. Como había hecho todas las noches desde la primera vez que hablaron, repetiría aquella conversación una y otra vez en la cabeza hasta casi haberla memorizado. Analizaría su voz, sus palabras y se diría que era bueno que se sintiera atraído por una mujer producto de su imaginación.

Se sirvió el café y le añadió azúcar, pero antes de volver a su asiento, se miró en el espejo de la pared.

No tenía ni idea de lo que Stone pensaría de ella, pero sabía lo que le había dicho: que era rubia y que medía un metro setenta y cinco, y él debía imaginarse a alguien a quien le sentara bien un pequeño bikini rojo. Más fantasía que no hacía daño a nadie, y ella quería tener ese aspecto, pero no era capaz de conseguirlo.

La mujer del espejo tenía un pelo castaño desvaído que le llegaba hasta más allá de la mitad de la espalda, cuyos mechones delanteros le caían de vez en cuando sobre la cara. Vestía con vaqueros amplios y camisetas sueltas con la esperanza de que esa ropa ocultase los diez kilos que le sobraban, y no se había puesto en su vida un bikini.

Bajó la mirada hasta su café. No tenía importancia, porque Stone no estaba interesado en ella como en una persona real. Lo que le gustaba era aquella Cathy de mentirijillas que además tenían una voz agradable al teléfono. Stone tenía su propio mundo, y ella no debía ser ni siquiera una nota al pie en la historia de su vida.

Cuando volvió a ocupar su asiento y se colocó el auricular, miró el reloj. Menos de veinticuatro horas para volver a hablar con él.

Stone miró la hoja que tenía delante pero sin ver los números. Él, que normalmente disfrutaba de una habilidad por encima de lo normal para concentrarse, estaba distraído.

Era esa hora del día. Bueno, de la noche. Casi las doce. Casi la hora de llamar a Cathy.

Era curioso cómo una simple voz sin cuerpo había llegado a formar parte de su vida. Durante los últimos dos años, ella había sido su nexo de unión con el mundo exterior y su única compañera. Solía acusarle de pasarse la vida encerrado, pero es que no tenía ni idea de cuál era su verdadera situación, o del hecho de que jamás salía de la prisión que él mismo se había construido. No podía saber que su risa, o que el sonido de su voz, sus historias imposibles sobre mundos empapados de sol y alegría eran las imágenes a las que él se aferraba y las únicas fantasías que se permitía.

Ni siquiera estaba seguro de cómo había empezado su relación. Siempre llamaba a última hora para recoger sus mensajes, hasta que un día se dio cuenta de que siempre era la misma joven quien atendía sus llamadas. No podía recordar quién había sido el primero en empezar a hablar, ni por qué, pero sin darse cuenta, había comenzado a esperar el tiempo que pasaban juntos.

Cathy… Era una mujer divertida y brillante, con una vida fantástica. ¿Por qué trabajaría en el turno de noche de un servicio de contestador? ¿Quién sería en realidad? ¿Se escondería de algo o de alguien? ¿Habría llegado allí huyendo de algo? Tenía la sensación de que guardaba algún secreto. Incluso a veces sospechaba que sus historias no eran más que entretenimientos, pero la verdad es que no le importaba. Le gustaba escucharla. Le hacía reír, y lo mimaba. Con ella, podía ser él mismo y no preocuparse de nada.

Porque no quería que supiera la verdad sobre él, nunca le hacía preguntas personales. Sería fácil hacer que la investigaran; al fin y al cabo, tenía el personal para hacerlo y los medios técnicos, pero sería juego sucio, así que había preferido aceptar lo que le dijera y dejarla en paz.

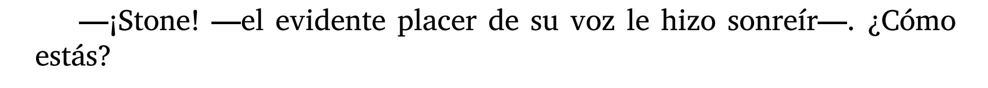
Dejó a un lado el informe y miró el reloj. Unos minutos más. Habían pasado casi quince días desde su viaje de fin de semana a México, y tenía curiosidad por saber si había planeado algún otro viaje. Temía que llegasen sus vacaciones, porque el tiempo parecía arrastrarse penosamente sin ella.

Se levantó y se acercó a la ventana. Había un termo de café sobre la bandeja, junto con la cena que no había tocado. A través del cristal vio el jardín trasero de la casa iluminado delicadamente por las luces encastradas en el suelo. Más allá, la oscuridad, y en la distancia, las luces de la pequeña comunidad de Redondo Beach. Durante el día, aquella estancia disfrutaba de una impresionante vista del Pacífico y de las playas del norte de la península. Por la noche, el agua quedaba oscura e indefinida, aunque en el silencio podía oírse el batir de las olas contra las rocas de los acantilados.

Se sirvió una taza de café y volvió a la mesa. Ya era la hora. Marcó el número.

— Servicio de Contestador de la A a la Z —contestó.

—Hola, Cathy.


—¡Stone! —el evidente placer de su voz le hizo sonreír—. ¿Cómo estás?

—Muy bien.

—¿Ya has ganado el millón de hoy?

—Casi.

No hablaban a menudo de su negocio. Ella sabía que se ocupaba de inversiones y propiedad inmobiliaria, pero eso era todo. Él no quería darle detalles que pudieran despertar su curiosidad. Para ella, sería demasiado fácil buscar información, y una vez supiera la verdad, todo habría terminado.

—¿Y tú, qué tal?

—Como siempre. La señora Morrison ha ido hoy al médico, así que tiene toda una lista de nuevos medicamentos. ¿Recuerdas a la señora Morrison?

Stone se recostó en su sillón de piel.

—Sí, esa señora mayor tan excéntrica que quiere que la llames para recordarle a qué hora debe tomarse las medicinas.

—Exacto. Una de las operadoras se ha pasado un par de horas con ella al teléfono y después con su médico. Sigo sin estar segura de si tenemos todo bien claro, pero… Afortunadamente durante el turno de noche sólo hay que llamarla una vez, y ya lo he hecho.

—¿Ha llamado alguno de tus criminales para que lo saques de la cárcel?

Ella se echó a reír, y como siempre, el sonido profundo y algo ronco de su risa le hizo sentir un escalofrío.

—Por ahora no, pero esos clientes suelen llamar más tarde.

Hablaron de lo que había hecho aquel día, del paseo de Muffin por el parque y de una película que había visto. Después discutieron sobre el próximo libro que iban a leer juntos. Él quería una novela de espías, y ella la biografía de un científico famoso.

—Qué aburrido —objetó él.

—¿Cómo puedes decir que es aburrido si no lo has leído?

—¿De verdad crees que los científicos de codos raídos pueden llevar vidas interesantes?

—Generalizando, ¿eh? Te advierto que yo también podría decirte algo sobre los tiburones de negocios que se dedican al saqueo y el pillaje de la economía.

Stone sonrió. Cathy tenía temperamento y, de vez en cuando, le gustaba pincharla porque ella siempre mordía el anzuelo.

—Yo no he saqueado en mi vida.

—No lo dudo. Simplemente pretendo decirte que las generalizaciones son peligrosas.

—Lo mismo que decir que todas las rubias son tontas.

—Exacto.

Él cerró los ojos e intentó imaginársela.

—Tú eres rubia y no eres tonta, desde luego.

—Eso no me ha parecido un cumplido, así que no te voy a dar las gracias.

Stone se rió.

—Está bien, tú ganas. Leeremos la biografía, pero tiene que ser interesante.

—Te va a encantar —le prometió—. Iré a la librería…

Un ruido estridente cortó su frase. Stone se incorporó y sujetó con fuerza el auricular.

—Cathy, ¿qué ha sido eso?

—No lo sé —apenas la oía por encima del ruido—. Creo que es la

alarma de incendios. Espera.

Hubo un clic seguido de silencio. Stone se recordó que estaba en el piso séptimo de un edificio cerrado, y que había un equipo de seguridad vigilando las veinticuatro horas. No podía ocurrirle nada, pero sintió un nudo en la garganta.

En cuestión de un minuto, volvió a oír su voz.

—No sé qué es —confesó, preocupada. La alarma seguía sonando, pero no tan fuerte—. No consigo hablar con los de seguridad, pero según el panel, han saltado los detectores de humos.

—¿Has llamado a los bomberos?

—No. Seguramente no es nada.

—Llámales ahora mismo. Es mejor que lleguen y que sea una falsa alarma a que ocurra algo y no estén allí. A mí déjame en espera.

—No creo que…

—¡Cathy! Hazlo.

—Está bien. Espera un segundo.

Aquella vez tardó más en volver.

—Stone, hay humo en el pasillo —dijo, asustada—. He salido a mirar antes de llamar a los bomberos y sube por el hueco de los ascensores. No sé qué hacer.

Stone maldijo entre dientes.

—¿Dónde está la escalera de emergencia?

—Al otro lado del vestíbulo, pero la puerta está cerrada y no tengo llave.

—¿Cómo? ¡Pero si tiene que estar abierta permanentemente!

—Lo sé, pero es que hace un par de meses entraron dos veces a robar, así que empezaron a cerrarlas por la noche. Siempre sube conmigo alguien de seguridad y suelen venir un par de veces durante

la noche. Cuando termino el turno, vienen a buscarme y me acompañan hasta la entrada. Es la primera vez que tengo un problema.

—No te preocupes —le dijo con una confianza fingida—. Los bomberos llegarán en seguida.

—Stone, estoy asustada.

Él se inclinó hacia delante como si físicamente pudiera tocarla.

—Lo sé, pero estoy contigo y no me iré hasta que estés a salvo.

—Gracias. Sé que es una tontería, pero… Ay, Dios, huele a quemado. Entra por debajo de la puerta. Algo se está quemando. Tengo que salir de aquí.

El miedo le contrajo la garganta. Miedo por ella y frustración por no poder hacer nada.

—Escúchame, Cathy. Le has dicho a la persona que ha atendido tu llamada dónde estás, ¿verdad?

— Sí.

—Entonces, irán a buscarte.

—No sé si debería salir al vestíbulo. ¡Stone, el humo está llenando la habitación!

—Cálmate. Ponme en espera y vuelve a llamar a los bomberos. Diles que estás atrapada.

—De acuerdo.

Oyó el silencio durante una eternidad, y cuando volvió a su línea, lloraba.

—Están a punto de llegar —dijo—, pero todo el edificio está en llamas, y van a tardar en subir. Tengo miedo, Stone.

—Lo sé, cariño, pero yo sigo estando aquí.

—Han dicho… —tosió—. Han dicho que moje una toalla y que me



cubra la cara con ella.

—Hazlo. Yo espero.

—Bien.

Oyó el ruido del auricular al dejarlo sobre la mesa. Jamás se había sentido tan inútil. Bueno, eso no era cierto. Se había sentido igual de inútil tres años antes. Tampoco entonces pudo hacer nada, y precisamente por eso, por su culpa, Evelyn murió.

Apartó esos pensamientos de la cabeza y se concentro en Cathy. Al final, oyó unos pasos rápidos y de nuevo su voz.

—Hay fuego —gritó—. Lo estoy viendo. ¿Qué hago ahora, Stone? No sé…

Una explosión la interrumpió. Involuntariamente se apartó el auricular del oído e inmediatamente volvió a acercárselo.

—¿Cathy? Cathy, ¿me oyes?

Un grito y un golpe; después, silencio.

—¡Cathy! ¡Cathy!

Nada. Un clic seguido del tono de marcar.

Capítulo 2

Stone necesitó varios segundos para darse cuenta de qué estaba ocurriendo. La línea se había interrumpido y no tenía modo de saber qué le había pasado a Cathy.

El nudo que tenía en el estómago creció, al igual que su pánico y marcó con furia el número de su oficina, aunque en cuanto escuchó la llamada, supo que sería una pérdida de tiempo. Algo le había ocurrido a Cathy. Lo sentía con tanta seguridad como sentía el latido acelerado de su corazón. Aunque estuviese bien aún, no iba a perder el tiempo y la respiración en contestar al teléfono.

Colgó y salió de su despacho. Sólo podía hacer una cosa, y era ir en persona. Tenía que subirse al coche e ir hasta allí para cerciorarse de que estaba bien.

Salió de su despacho que quedaba en la parte trasera de la segunda planta, bajó la escalera y entró en la cocina. Ula, su ama de llaves, una agradable mujer de cincuenta y tantos años, lo miró sorprendida. Aunque era tarde, parecía tan despierta y descansada como a primera hora de la mañana.

—Señor Ward, qué sorpresa —sus ojillos se arrugaron, pero no sonrió—. No me diga que tiene hambre, porque apenas hace un par de días que conseguí convencerle de que comiera algo. Suele hacerme esperar más antes de aceptar otro poquito.

En condiciones normales, aquella broma le habría hecho sonreír, y le habría contestado que sí, que él no comía mucho, pero que ella tampoco dormía demasiado. Pero aquella noche, la situación era otra.

—Voy a salir —dijo.

—¿Ahora? ¿Solo?

Comprendía su preocupación, porque normalmente utilizaba la limusina y a uno de sus chóferes, pero no podía esperar.

—Me llevo el BMW. No se preocupe, que no me va a pasar nada.

Y nada le iba a pasar. Muchas más noches de las que Ula

sospechaba, se subía al coche y conducía hasta casi el amanecer. Era una vida extraña la suya. Aunque no tenía los poderes sobrenaturales, comprendía bien el temor que la luz del día inspiraba a los vampiros. La única diferencia era que él no quedaría reducido a polvo, sino que simplemente horrorizaría a quienes tuviesen la desgracia de verlo.

—No me espere levantada —le dijo, al tiempo que recogía las llaves que colgaban de una pequeña percha junto a la puerta.

Salió al garaje y, en cuestión de minutos, tomaba dirección este por aquella serpenteante carretera. Veinte minutos más tarde, estaba en la autopista en dirección norte, hacia el valle.

Era bastante más de la media noche y no había mucho tráfico. El BMW devoraba kilómetros mientras él se devoraba a sí mismo con preguntas: ¿qué habría ocurrido? ¿Estaría bien Cathy?

El servicio de contestador estaba en Ventura Boulevard. Al llegar al comienzo de la calle, vio que los coches de bomberos ocupaban los dos carriles, sus luces rojas brillando en la oscuridad. Vio también varios vehículos de emergencia, incluyendo policía y ambulancias. A pesar de la hora de la madrugada, se había congregado en torno al incendio bastante gente. Stone paró el coche tan cerca como pudo, se bajó y echó a andar.

El edificio se veía muy dañado a la luz de las farolas. El humo seguía saliendo por las ventanas, las mangueras estaban extendidas por la acera y el agua que salía por la puerta principal, desaparecía después por la alcantarilla. Varios agentes de policía contenían a los espectadores.

Stone se abrió paso entre la gente. Menos mal que era de noche y que todo el mundo miraba hacia el edificio. Todo olía a humo, madera abrasada, plástico y otros materiales que no pudo identificar. El miedo seguía dentro de él. Tenía que saber algo de Cathy.

Cuando consiguió llegar a la primera línea de los curiosos, encontró a un joven oficial de policía mirando también hacia el edificio y le llamó dándole unos golpecitos en el hombro.

—Disculpe —le dijo—. Estoy intentando averiguar algo sobre una amiga mía que trabaja en este edificio.

—Si no es usted familiar, no podemos darle ninguna información

—contestó el oficial sin mirarlo.

—Comprendo. No necesito que me dé detalles; es que estoy muy preocupado, porque estaba hablando por teléfono con Cathy Eldrige, mi amiga, que trabaja en un servicio de contestador de este edificio, cuando se disparó la alarma. Me quedé en línea con ella mientras llamaba a los bomberos, pero de pronto la llamada se cortó. Querría asegurarme de que está bien.

El policía se volvió hacia él. Era bastante joven, aún no debía haber cumplido los treinta, y lo miró un instante a la cara antes de hablar.

—Dos guardias de seguridad y una mujer han sido trasladados al hospital. Es todo lo que le puedo decir.

—¿No ha muerto nadie?

—No que yo sepa.

Stone sintió que se desprendía de parte de la tensión. No estaba muerta, pero sí herida. Pensó en hacerle más preguntas, pero seguramente no obtendría más información del policía. En cualquier caso, ya encontraría la forma de saber lo que necesitaba saber.

Casi había vuelto a salir de entre la gente cuando alguien le tiró suavemente de la manga. Miró a su derecha y vio a una joven que le miraba. Era una adolescente y a juzgar por el pelo revuelto y la ropa que llevaba de cualquier manera, debían haberla sacado de la cama.

—Le he oído hablar con ese policía —dijo—. Han llevado a su amiga al hospital de Van Nuys Boulevard. Los de protección civil lo decían mientras la subían en la ambulancia.

—Gracias —dijo, y sonrió—. Has sido muy amable.

—No es nada. Espero que a su amiga no le…

Al darse la vuelta, había expuesto el otro lado de su cara a la luz, y la joven había dado un paso hacia atrás involuntariamente. Stone siguió andando como si no se hubiera dado cuenta.

Tardó menos de diez minutos en llegar al hospital y aparcó en el aparcamiento casi vacío. El personal del turno de noche fue algo más

comprensivo que el agente y le permitieron esperar mientras examinaban a Cathy. Se acomodó en una esquina más oscura de la sala de espera. Había un montón de revistas y una televisión, pero él no hizo caso de todo ello y se concentró en Cathy, en que estuviera bien. Los familiares y amigos empezaron a llegar a medida que la noticia del desastre les iba llegando, y Stone se preguntó cuándo empezarían a llegar sus amigos. Apareció una pareja joven, y pensó que quizás fuesen amigos suyos, pero resultó que venían a visitar a la abuela de la mujer.

El tiempo fue pasando. Stone hubiera querido pasearse para calmar su inquietud, pero no se atrevió, así que se quedó sentado pensando en cómo el destino le había hecho estar allí. Llevaba más de dos años sin entrar en un hospital, y los recuerdos que aquel olor despertaba en él no eran nada agradables.

Tres horas más tarde, una preciosa enfermera de pelo oscuro y rizado y ojos color chocolate, se sentó agotada junto a él.

—Es ya mi segundo turno —suspiró—, así que perdóneme si no hago frases completas.

—¿Tiene alguna noticia para mí?

Ella asintió e hizo girar los hombros.

—Cathy Eldridge es una chica con suerte. Acaban de subirla a una habitación. Tengo el número —se buscó en el bolsillo de su pantalón verde de hospital y le entregó una hoja de papel—. Sólo la familia va a poder entrar un par de minutos por ahora.

Él la miró a los ojos.

—¿Le he dicho que somos primos?

—Ya me imaginaba yo que sería algo así.

—Entonces, ¿está bien?

—Ha tenido mucha suerte, porque no ha llegado a tragar mucho humo. Tiene una contusión en la cabeza que puede presentar alguna complicación, pero nada serio. Estamos esperando que recupere la consciencia. Se ha hecho un esguince de rodilla, y eso sí es un problema. El médico de urgencias piensa que van a tener que operarla

y que tendrá que hacer rehabilitación después. Pero en general, el pronóstico es bueno.

Él esperaba algo mejor.

—¿Está inconsciente?

La enfermera asintió.

—Todos los síntomas son positivos. Podría haber salido mucho peor parada. El humo podría haberle dañado los pulmones, o podría haberse quemado. Los bomberos llegaron hasta ella justo a tiempo.

Debería sentirse aliviado con las noticias, pero no era así. Cathy estaba herida, y él tenía que verla.

Con el papel en la mano, se levantó.

—Voy a subir a verla. Gracias por la información.

—De nada —contestó con una sonrisa de cansancio.

En la segunda planta, buscó el ala correcta y después habló con la enfermera del control.

—Ya sabe usted que no se le permiten visitas —declaró.

—Lo sé, pero necesito verla. Estaba hablando por teléfono con ella cuando se declaró el incendio. Hablamos hasta que se cortó la comunicación.

La mujer frunció el ceño.

—Cinco minutos, ni uno más. No sabrá usted nada de su familia más allegada, ¿verdad? —Y antes de que él pudiera contestar, ella frunció aun más el ceño—. Y no vaya a decirme que es usted su hermano o algo así.

Y él que pretendía ser su primo…

—Cathy me ha hablado de varios amigos, pero no de familia.

—Supongo que encontrarán a alguien —dijo ella.

Él tomó un bolígrafo del mostrador y anotó su número de teléfono en un bloc de notas.

—Este es mi nombre y mi número de teléfono particular. Si no contesto, déjeme el mensaje y yo me pondré al habla con usted.

Ella miró el papel.

—¿Para qué es esto?

—Mientras encuentran a su familia, yo soy todo lo que tiene Cathy. Quiero estar informado de cualquier cambio que pueda producirse en su estado, y me haré cargo de cualquier factura médica que no cubra su seguro.

La mujer lo miró sorprendida.

—¿Está usted seguro? Puede resultarle bastante caro.

—No me importa.

Tenía muchas preocupaciones en su vida, pero el dinero no era una de ellas.

—Si usted lo dice, señor… —miró el papel—… Ward. Adelante, pero no se exceda de cinco minutos.

—Gracias.

Stone avanzó por el pasillo y se detuvo frente a la penúltima puerta a la derecha. Había mantenido una relación telefónica con Cathy durante más de dos años, pero no sabía qué aspecto podía tener. Ella le había dicho que era alta y rubia, y él había querido imaginarse a una mujer preciosa, casi una modelo, pero una voz en su interior le había susurrado que eso no era verdad. Y aunque había sido capaz de imaginarse su cuerpo, no había sido capaz de imaginarse su cara.

Miró por encima del hombro, casi esperando ver aparecer a su grupo de amigos. Si aparecían, él no entraría. Ellos tenían derecho a estar allí; él, no. Pensar en lo mal que lo habría pasado si hubiese llamado y ella no hubiera estado allí le dio valor para entrar.

Siendo de madrugada, la única luz de la habitación era un tenue

resplandor de una lámpara instalada sobre la cama. Se acercó a ella con cuidado de permanecer en la sombra. Si se despertaba, no quería asustarla.

Dio un paso, y después otro, hasta que estuvo a una distancia en la que podría haberla tocado. Tras dos años de imaginar, por fin sabía.

Estaba tumbada, así que no podía calibrar su estatura.

Lo primero en lo que reparó fue en su cara. Tenía tiznajos del humo en las mejillas y en la frente, que contrastaban vivamente con la palidez de su piel. No era rubia, sino castaña, y su pelo descansaba desparramado sobre la almohada. Su boca era de labios carnosos y su nariz, recta. De los ojos no podía decir nada puesto que dormía.

No era la mujer que él se había imaginado, y tampoco la mujer que ella había descrito. Stone se acercó un poco más para poder leer la pulsera de plástico que le habían colocado. El nombre era el suyo: Cathy.

Confuso por aquella revelación en una noche ya de por sí difícil, acercó una silla a la cama y se sentó. Ella tenía los brazos estirados sobre la cama y rozó el dorso de su mano. Tenía una piel suave. Tomó su mano y la apretó. Ella se agarró a él.

Stone sintió una breve sacudida, como si una corriente eléctrica hubiese saltado del cuerpo de Cathy al suyo, y aquello le hizo fruncir el ceño. No debía ser más que una reacción tras todo lo que había pasado. Estaba cansado, nada más, pero siguió dándole la mano y acariciándola con el pulgar. Suave y fina, pensó, igual que la de su cara. No era la piel de una mujer que acababa de pasar un fin de semana de vacaciones en un lugar soleado. Según ella, se había pasado la mayor parte de la primavera viajando a lugares de vacaciones. Le había hablado de su bikini y del bronceado, pero no había ni rastro de ello en su piel.

La ropa de la cama ocultaba los detalles de su cuerpo, pero no parecía la clase de mujer que llevase los bikinis y las minifaldas de las que le hablaba.

—Ay, Cathy —suspiró—. De las veces que me he imaginado que llegaría a conocerte, jamás pensé que fuera a ser así —y siguió acariciando su mano—. Me alegro de que estés bien —continuó—. Sé que lo has pasado muy mal y que necesitas descansar, pero vas a tener

que recuperar pronto la consciencia. Necesitamos saber que estás bien. Bueno, supongo que soy yo quien necesita saberlo. Así que hazlo por mí, ¿vale?

Por un momento le pareció que iba a despertarse, y Stone se quedó paralizado en el sitio sin saber qué hacer si se despertaba. Tendría que escabullirse de la habitación antes de que se diera cuenta de que estaba allí. Pero no abrió los ojos, y si le pareció que mostraba alguna reacción era porque la estaba observando muy atentamente.

—¿Señor Ward?

—¿Sí?

La enfermera estaba en la puerta.

—Puede quedarse un par de minutos más, pero después tendré que pedirle que se marche.

Él asintió y volvió su atención a Cathy.

—Quieren que me vaya para que puedas descansar. Volveré mañana, y me encantaría que estuvieras despierta para entonces.

Aunque no sabía cómo podría enfrentarse a la situación si de verdad lo estaba, pero ya cruzaría ese puente cuando llegase a él.

Soltó su mano y se levantó, pero antes de salir abrió el pequeño armario que había junto a la puerta del baño. Dentro encontró unos vaqueros viejos, una camiseta grande y un bolso, que tenía claramente marcadas las huellas sobre el material barato. Debía estar aferrada a su bolso cuando la rescataron.

Tras asegurarse de que la enfermera había vuelto al control, lo abrió y sacó el monedero de Cathy. Anotó la dirección que figuraba en su permiso de conducir.

—Te veré pronto —le prometió, antes de besarla en la mejilla. Ella no se movió.

Una vez fuera, le dijo a la enfermera que quería que trasladasen a Cathy a una habitación privada, y que él se haría cargo de pagar la diferencia.

Veinte minutos más tarde, salía de la autopista con su BMW para entrar en la urbanización de North Hollywood. En el mapa que llevaba en el coche, buscó el nombre de la calle y tras unas cuantas vueltas, localizó la calle de Cathy.

Aparcó delante de una pequeña casa. Había sido construida en los años cincuenta, al igual que el resto de casas de aquella calle. Había muchos árboles enormes, pequeños garajes, coches viejos. No es que le pasara nada a la casa… sólo que Cathy le había dicho que vivía en un precioso apartamento del centro.

—Cathy Eldridge, eres un fraude —murmuró en voz baja.

¿Por qué lo habría hecho? ¿Por qué mentirle? En realidad, conocía las respuestas. Cathy sabía lo bastante sobre él para suponer que llevaba una vida extravagante. Su empresa, Ward International, era muy conocida, y Cathy debía haber decidido crearse una vida excitante para llamar y mantener su atención. Debía haberse imaginado que no podía interesarle alguien que viviese una vida normal. Igual que Evelyn.

Evelyn. Cerró los ojos e intentó deshacerse de aquel recuerdo. No quería pensar en ella. No en aquel momento, ni aquella noche.

Así que Cathy había creado un mundo que existía a medio camino entre la mentira y la verdad. ¿Serían reales sus amigos? ¿Habría realizado alguno de los viajes? ¿Y su perra? Se quedó mirando la casa y movió la cabeza. Si supiera que lo que le atraía de ella no eran los lugares que visitaba o las cosas que hacía, sino el sonido de su voz, de su risa, su ingenio y su evidente inteligencia…

Puso en marcha el coche y volvió a salir a la autopista. Debería estar enfadado con ella, pero no lo estaba. A pesar de todas aquellas mentiras, Cathy seguía siendo Cathy. Seguía sintiéndose unido a ella, y si desapareciera del mundo, la echaría muchísimo de menos.

Stone vio cómo los primeros rayos del sol se alargaban sobre el suelo de la habitación del hospital. Se puso de pie y se estiró. Le dolía un poco la espalda. Se había pasado las dos noches anteriores junto a la cama de Cathy, tomando su mano, hablándole, disfrutando de su compañía.

En esas dos noches, había recuperado la consciencia un par de veces; incluso había llegado a abrir los ojos y a decir algunas palabras. Entonces él había tenido mucho cuidado de permanecer en las sombras y esperar hasta que volviera a dormirse.

Miró su reloj. Mary, la enfermera de noche, pronto llegaría a tomarle las constantes y a extraerle sangre. Stone sabía que debía marcharse, porque de hecho, ya iba a volver a casa de día. Aunque no debía preocuparse, porque quienes circularan a aquellas horas por la carretera estarían demasiado preocupados por llegar a tiempo al trabajo como para reparar en él.

Volvió junto a la cama de Cathy y tomó su mano. En las dos noches que había pasado con ella, se había familiarizado con su mano y sus dedos. Conocía cada curva, cada línea, la forma de sus uñas, el hueco de la palma de su mano.

—Bueno, chiquilla, voy a tener que marcharme —le dijo—. Pero volveré esta noche. Ya sé que estás empezando a hartarte de mi compañía, pero no tengo nada planeado, así que vas a tener que soportarme una vez más.

Sabía que al final iba a tener que salir de las sombras y hacerle saber que estaba allí. Aquella misma noche, se prometió. En cuanto llegara.

La miró. Tenía los ojos cerrados y su pecho apenas se movía con cada respiración. Stone respiró profundamente e igualó su ritmo; al hacerlo, percibió el aroma de las flores que llenaban hasta el último rincón de la habitación. Las había encargado el primer día, y como no sabía lo que le gustaba, le había pedido a la florista que le enviase un poco de todo. Aquel perfume siempre le recordaría a ella.

Se preguntó si algún otro ramo de flores se uniría al suyo. Su jefe le había enviado una planta, pero nadie más parecía preocuparse de que Cathy estuviera en el hospital. Ya no le sorprendía.

La curiosidad y la preocupación habían ganado la partida, y le había pedido a su gente que la investigaran.

Cathy Eldridge, veintiocho años, hija única; su padre las abandonó cuando Cathy era aún pequeña y su madre, alcohólica, había muerto cuando ella tenía veintiún años. Sin familia, sin amigos, incluso sin perro.

A veces pensaba en que debería estar enfadado con ella por haberle mentido y haberse creído en la necesidad de tener una vida excitante como premisa para mantener su amistad. Pero otras veces pensaba que su existencia solitaria era un reflejo de su propio mundo vacío. Ella tenía muy poco, él demasiado, y los dos estaban solos. Quizás fuese eso precisamente lo que les había unido.

—¿Señor Ward?

Marie estaba en la puerta.

—El médico de la señorita Eldridge está pasando visita. ¿Querría hablar con él?

—Sí, gracias —apretó brevemente la mano de Cathy—. Enseguida vuelvo. No se te ocurra irte sin mí.

Siguió a Mary hasta el control de enfermeras.

—Doctor Tucker, le presento a Stone Ward. Es un amigo de Cathy.

La mirada gris del doctor Tucker le pareció firme mientras estrechaba su mano.

—Tengo entendido que es usted el único amigo que tiene Cathy. No hemos podido localizar a nadie de su familia.

—Es que no tiene —contestó.

—Ya. Creo que es usted quien se ha hecho responsable de ella, y de su traslado a una habitación privada, además de cuidados especiales cuando esté preparada para ser dada de alta.

—Exacto.

—Bien —el doctor Tucker se acercó a un sofá situado en un rincón —. Sentémonos aquí y le pondré al día de su estado.

—Gracias.

Cuando estuvieron acomodados, el médico abrió una carpeta y leyó unas cuantas líneas.

—Cathy va mejorando. Tuvo suerte, ya que no presenta quemaduras ni daños en los pulmones. No sufrió daños de consideración por la explosión, y espero que el golpe de la cabeza no le cause ningún problema —leyó un poco más—. En cuanto a la pierna, la rodilla va a necesitar una artroscopia y rehabilitación posterior. Yo diría unas seis semanas, dos meses a lo sumo, y cuando le demos el alta, va a necesitar que alguien se ocupe de ella durante unos días.

—No hay problema.

Había pensado llevársela a su casa con él. Ula estaría encantada de tener un invitado a quien mimar.

—Bien. Hoy vamos a hacerle el último TAC de control y si los resultados son los que nosotros esperamos, mañana le realizaremos la artroscopia, lo que significaría que podríamos darle el alta dentro de tres días.

—Perfecto. Mi casa ya está dispuesta.

Y tras unos cuantos detalles más, se estrecharon la mano.

—Encantado de conocerlo —dijo el doctor—. Me alegro de saber que ella no está sola.

—Yo también.

El médico pareció dudar un instante.

—Sé que no es asunto mío, pero no he podido dejar de reparar en la cicatriz. ¿Un accidente de coche?

Aunque se dijo que no debía hacerlo, involuntariamente se rozó el lado izquierdo de la cara.

—Sí. Hace unos tres años.

—Lo imaginaba —el doctor se acercó un poco más para estudiar las cicatrices—. Hay una cirujana plástica magnífica en el hospital. Tiene su despacho junto al mío. Si ha pensado en someterse a una operación, le recomendaría que hablase con ella.

—No, gracias.

El médico insistió.

—Últimamente se han desarrollado unas técnicas con resultados espectaculares. Podría incluso renovarle por completo la piel y hacer desaparecer las cicatrices más grandes. Le quedarían las líneas más pálidas, nada comparado con lo que tiene ahora.

Stone se levantó.

—Le agradezco mucho la información… sobre esto y sobre Cathy. Gracias.

Y se encaminó al ascensor. Sabía que el doctor Tucker no comprendería su negativa a la operación. Su primer médico tampoco lo había comprendido. Era un hombre sano y tenía el dinero para pagarla. ¿Dónde estaba entonces el problema?

Lo que ellos no podían saber y él no estaba dispuesto a explicarles era que las cicatrices eran parte de su penitencia. Llevaba aquellas cicatrices como recuerdo de aquella noche… y de la muerte de Evelyn. Por si alguna vez llegaba a intentar olvidarlo.

Capítulo 3

Cathy se estiró. Era agradable la sensación de estar adormilada en aquella habitación en penumbra, pero la necesidad de abrir los ojos era fuerte. Llevaba todo el día yendo y viniendo entre el sueño y la vigilia, y sabía que probablemente debía intentar estar despierta un poco más, pero el sueño era tentador.

Cambió de postura en un intento de ponerse más cómoda. Aparte de algunos otros golpes que tenía repartidos por el cuerpo, las dos fuentes de dolor más intenso eran el golpe de la cabeza y la rodilla derecha. Cuando el doctor Tucker había pasado visita aquella tarde estaba despierta, y le había explicado cuál era su situación. Había tenido suerte, según él. Podía haber muerto.

Cathy sabía que era verdad, e intentó no recordar aquellos horribles minutos de espera hasta que llegaron los bomberos. Si Stone no hubiese permanecido en línea con ella, no habría podido conseguirlo.

Stone. Pensar en él le hizo sonreír. Había sido tan bueno con ella, intentando que no perdiera la serenidad, diciéndole que todo iba a salir bien. Además, le había enviado flores como para llenar un invernadero. Qué amable…

Le echaba de menos, y esperaba que él también. Quién sabe cuánto tiempo tardaría en poder volver a trabajar. ¿Seguiría funcionando la empresa? ¿Y las facturas del hospital? Porque seguro que todo aquello no lo cubría el seguro. Su sonrisa se desvaneció y con ella, el buen humor. Mejor sería volverse a dormir.

Inspiró profundamente y se obligó a relajarse. El dolor de la cabeza era palpitante, pero pronto llegaría la hora del calmante. Mientras, cerraría los ojos y se dejaría llevar. Los problemas seguirían estando allí cuando se encontrara más fuerte.

—Me dijeron que te habías despertado, pero creía que se trataba de un error.

La frase se quedó en el aire. ¿Se habría imaginado las palabras o de verdad las habría pronunciado alguien? Esa voz… No podía ser. ¿Stone? ¿Allí?

La alegría le llenó el cuerpo, pero sólo para estrellarse en el muro de la realidad. Si Stone estaba allí, podría verla. El horror la estremeció. Puede que ya supiera la verdad, y si no era así, no tardaría en descubrirla.

No. Aquello no podía estar ocurriendo. Tenía que habérselo imaginado. El golpe de la cabeza había sido fuerte, así que tenía que haber perdido la cabeza. Eso.

Alguien se movió en la habitación. No se atrevió a abrir los ojos, pero sintió una presencia… su presencia. Una silla rozó el suelo y tomó su mano entre las suyas.

El contacto era cálido, vagamente familiar. Quizás porque se lo había imaginado cientos de veces durante los últimos dos años.

—¿Cathy? —murmuró él—. ¿Me oyes? Mary, tu enfermera, me ha dicho que estabas despierta. ¿Cómo te encuentras?

No quería abrir los ojos. Si seguía teniéndolos cerrados, no sería real. Pero lo era. La vergüenza le hizo sentirse horrible. Vergüenza por sus mentiras y por la verdad que ya debía saber de ella. No sabía qué podía ser peor: su ira o su piedad.

—Vete, por favor —susurró.

—Pues no es la clase de saludo que yo me esperaba. Al menos podías haberme dicho hola. Podías haberme dicho: «hola, Stone. Me alegro de conocerte, pero ahora vete, por favor.»

Los ojos le ardieron con las lágrimas que no podía verter.

—Te estás riendo de mí.

—No. Sólo intento que los dos nos sintamos un poco mejor. Vamos, inténtalo: hola, Stone. No puede ser tan difícil.

No tenía ni idea, se dijo, girando la cabeza hacia el otro lado, y una sola lágrima rodó por su sien hasta perderse en su pelo. Su pelo. No era bastante ya con que no tuviera los amigos que le había dicho tener; además, no era como le había dicho. Se esperaba una rubia de piernas largas y figura esbelta, y lo que había encontrado era una mujer pálida, corriente, con diez kilos de más y pelo de ratón.

—Pensé que te gustaría tener compañía —continuó él—. ¿Me equivoco?

—Pero no tú —consiguió decir, aunque las lágrimas le atascaban la garganta.

—Ya.

Soltó su mano y Cathy sintió frío.

El silencio llenó la habitación.

—Creía que éramos amigos.

Eso le llamó la atención e involuntariamente se volvió hacia él y abrió los ojos.

Stone Ward estaba de verdad en la habitación. Vio su figura en las sombras. No pudo reconocer sus facciones, pero vio que se trataba de un hombre grande, alto y de hombros anchos. Su pelo parecía oscuro.

—¿Cómo puedes decir eso? Tienes que saber la verdad sobre mí —se agarró al borde de las sábanas—. Sobre las mentiras —musitó.

Él volvió a acercarse y entrelazó los dedos con los suyos. Cathy volvió a sentirse consolada, cálida y confusa. Ojalá la habitación no estuviese tan a oscuras y pudiese verlo.

—Eso no importa —le dijo.

—Pero…

—Lo digo de verdad, Cathy. Además, no es bueno hablar de cosas que te inquieten. Lo que importa es que te estás recuperando, y el resto puede esperar. ¿Cómo te encuentras?

No supo muy bien cómo contestar a la pregunta, porque se sentía perdida e insegura. Todo su mundo se había trastocado y no podía encontrar el equilibrio. Stone Ward estaba allí, hablándole, dándole la mano, actuando como si le importara algo, y no parecía preocuparle que le hubiese mentido. Pero tenía que importarle y mucho…

—No entiendo —dijo en voz baja—. ¿Por qué estás siendo tan

bueno conmigo? Deberías odiarme, o al menos, despreciarme —parpadeó varias veces, intentando ver con más claridad—. ¿O es que siempre has sabido que no era verdad, y te estabas riendo de mí?

Él apretó su mano.

—Cathy, no. No digas eso. Yo no sabía nada, pero no importa porque no eran los sitios a los que ibas o tu aspecto lo que me empujaba a hablar contigo por teléfono, sino lo bien que lo pasábamos juntos.

Quería creerle, pero se sentía como aturdida, seguramente por el efecto de los analgésicos. Se sentía demasiado cansada para discutir. Más tarde, cuando pudiese pensar, encontraría el sentido a todo aquello. Por ahora, le bastaba por saber que él estaba allí y que no estaba sola.

—Está bien. Gracias por tu comprensión.

—Es un placer. Bueno, ¿cómo estás?

—Dolorida.

—¿La rodilla?

—Y la cabeza.

—Según el médico, van a tener que operarte la rodilla.

Cathy se frotó la sien.

—Algo de eso me dijo cuando estuvo aquí. Que no era una operación grave, pero que tendría que usar muletas durante un tiempo.

Muletas. Tenía un seguro médico por estar trabajando, pero no sabía hasta dónde se extendía su cobertura. Quizás los propietarios del edificio corrieran con parte de los gastos, o quizás el edificio tuviese un seguro. O a lo mejor…

Se mordió un labio. No quería pensar en eso. Le dolía demasiado el cuerpo y estaba demasiado confusa.

—¿Cathy?

Esa voz. Aún no podía creer que Stone estuviese de verdad allí y que no pareciera enfadado por el engaño.

—Sí, perdona. Es que estoy un poco aturdida.

—Lo comprendo —se acercó un poco, pero no lo bastante para salir de las sombras—. No quiero que te preocupes por nada. Todo está ya arreglado: el médico, el cirujano y la rehabilitación.

—No puede ser…

—Me he ocupado de todos los detalles. De lo único que tienes que preocuparte tú es de ponerte mejor.

Cathy lo miró e intentó comprender por qué estaba siendo tan amable con ella.

—No lo entiendo —dijo. Ni la situación, ni a él.

—Es muy sencillo. Cuando te den el alta dentro de un par de días, quiero que te vengas conmigo. Mi casa es grande, y tendrás todo el espacio que necesites. Ya he dispuesto que venga una terapeuta a ayudarte. Mi ama de llaves estará también allí, y se ocupará de todo lo que puedas necesitar. Quiero hacerlo, Cathy, porque el fuego me asustó de verdad. Creía que te había pasado algo irremediable.

No podría haberse sorprendido más si de repente fuese capaz de hablar en tagalo.

—¿Que quieres que me quede en tu casa? —repitió, y su voz pareció un graznido.

—Sí. El médico me ha dicho que no debes estar sola, y a menos que tengas a alguien que pueda cuidar de ti, te vienes conmigo a mi casa.

Tener a alguien… familia o amigos. No tenía ninguna de las dos cosas.

—No puedo —le dijo.

—Claro que puedes. Somos amigos, y los amigos se cuidan los unos a los otros. Tú harías lo mismo por mí si yo lo necesitara.

Parecía convencido, pero ella no estaba tan segura. No podía imaginarse a sí misma teniendo algo que él pudiera querer o necesitar. Ella no era más que la aburrida Cathy Eldridge.

—Mi ama de llaves estará siempre contigo —dijo—, así que no tienes que preocuparte por estar sola conmigo.

Ah, sí; esa era su mayor preocupación: que él pudiera perder el control y la asaltase en mitad de la noche. De no haber estado tan cansada y tan débil, se habría sonreído.

—No es eso —murmuró.

—Entonces, ¿qué? Te gustará la casa. Tiene unas preciosas vistas al mar. Piensa en ello como en unas vacaciones.

Algo de lo que no había disfrutado en su vida. Unas vacaciones. Unas de esas que se había inventado para él. Bajó la mirada.

—No he estado en México.

—Lo sé.

—Ni en París.

—Ya lo suponía.

—Es que me imaginé que…

—Lo comprendo —dijo—. Por favor, no pienses más en eso, que no es importante.

¿Que no era importante? ¿Cómo podía decir eso? Se sentía como desnuda ante él.

—Cathy, por favor, confía en mí. Nos conocemos hace dos años, y creo que me merezco una oportunidad.

Se volvió hacia él y levantó la cama para poder incorporarse. Entonces se soltó de él y fue e encender la luz.

Inmediatamente él la sujetó por la muñeca.

—No.

—Sólo quiero encender la luz.

—Lo sé. Pero no lo hagas.

—¿Por qué?

—Yo… hace tres años, sufrí un accidente de coche, y tengo una cicatriz tremenda en la cara. Preferiría que no me vieras todavía.

Cathy abrió la boca, pero no encontró qué decir. Nada era lo que ella había esperado. ¿Sería esa la razón de que estuviera siempre encerrado en su casa?

—No quiero asustarte —añadió.

—No podrías.

—No puedes saberlo. Es algo horrible. Por favor, confía en mí.

¿Tan horrible podía ser? Pero en aquel momento, carecía de energía para insistir en el tema. Por el momento, confiaría en él. Además, mirándolo desde otro punto de vista, la situación tenía también sus ventajas, y era que Stone tampoco podía verla a ella, y no podría saber lo vulgar que era. No fea, pero sí corriente. Ojalá fuese la rubia de piernas largas que había fingido ser, o hubiera estado en todos aquellos lugares.

—Cathy, no. No te preocupes por ello. Comprendo bien por qué me dijiste todas esas cosas, y no importa, de verdad.

¿Cómo podía leerle el pensamiento? Pero antes de que pudiera preguntar, entró una enfermera para ponerle una inyección y para hablar brevemente de lo que iba a suceder al día siguiente. A primera hora de la mañana, la operación de la rodilla.

—No tienes que quedarte —le dijo a Stone cuando la enfermera se marchó—. Estoy segura de que tienes cosas que hacer. Cosas importantes.

—Ahora mismo, tú eres lo más importante de mi vida.

Y volvió a tomar su mano. El contacto con él le hizo desear estar

más cerca.

—Todavía no me has dicho si te vas a quedar en mi casa —le recordó—. Di que sí.

La inyección debía haber sido de algo bastante fuerte, porque sentía que iba perdiendo la claridad de pensamiento. Hablar le costaba bastante, pero cuando estaba a punto de cerrar los ojos, susurró:

—Sí.

Dos días después, Cathy se encontraba en la parte trasera de una ambulancia.

—Tardaremos unos cuarenta minutos en llegar —le dijo el conductor mientras su ayudante revisaba las sujeciones de la camilla.

—No se preocupe —dijo ella, y sonrió.

—El señor Ward nos ha dicho que llevásemos una enfermera si usted cree que la puede necesitar.

—No es necesario.

En aquellos dos últimos días, el dolor de cabeza había ido cediendo. El único dolor intenso le venía de la rodilla, pero habiéndola operado el día anterior, cabía esperarlo así. En la bolsa en que llevaba las escasas pertenencias de la noche del incendio, guardaba también una receta para los analgésicos. Según el médico, la rehabilitación comenzaría en unos días. Todo iba según el plan previsto.

El conductor cerró el portón de la ambulancia y los dos hombres subieron a la parte delantera mientras Cathy se agarraba a la barandilla de metal de la camilla, no por miedo a caerse sino para tocar algo real que pudiera confirmarle que todo aquello estaba ocurriendo de verdad. Que era cierto que abandonaba el hospital para ir a casa de Stone.

Aunque sonreía, sabía también que las lágrimas andaban al acecho. No estaba segura de si estaba viviendo un sueño o una pesadilla. El

día de la operación, Stone se había pasado a verla por la tarde, y recordaba haberse quedado dormida preguntándose si volvería a visitarla. Después, al despertarse un momento en mitad de la noche, lo había encontrado sentado al lado de la cama.

Habían hablado en la oscuridad, y por unos minutos, había fingido que volvían a estar hablando por teléfono. Pero no era igual. Para empezar, Stone le había pedido la llave de su casa, lo cual era perfectamente lógico. Alguien tenía que ir a recoger sus cosas, el correo y demás. Pero es que no le hacía ninguna gracia que viera donde vivía, o cómo era su casa, aunque intentase convencerse de que el hecho de que fuese pequeña y vieja no importaba. La tenía siempre limpia y con el jardín arreglado.

Pero no era la limpieza o el orden lo que le preocupaba, se decía mientras la ambulancia tomaba dirección oeste en la autopista. Era ser pobre lo que la inquietaba. Le había dicho a Stone que vivía en un moderno apartamento, en un lugar de moda. Una parte más de su fantasía.

Había intentado volver a hablar de aquel tema en varias ocasiones, pero él siempre le decía que no importaba. Pero tenía que importar. Stone tenía que despreciarla, aunque actuase de un modo que no lo parecía. Darle tantas vueltas a las cosas le estaba despertando dolor de cabeza, así que decidió concentrarse en contemplar el paisaje.

Habían tomado dirección sur, y unos cuantos kilómetros después, la ambulancia abandonó la autovía en dirección otra vez hacia el oeste.

El pulso se le aceleró. Debían estar ya cerca. Stone le había dicho que su casa tenía una magnífica vista del océano, y ella nunca había vivido tan cerca del agua. Quizás Stone tuviese razón. Quizás tuviera que considerar aquel cambio como unas vacaciones, una breve oportunidad para visitar un mundo radicalmente distinto al suyo.

Al cabo de unos cuantos kilómetros más, la carretera se estrechó y comenzó a ascender, hasta que sintió que la ambulancia se detenía. Por encima del hombro, vio una alta verja de hierro y oyó al conductor hablando por un portero automático. Unos segundos más tarde, las puertas se abrían lentamente y entraban en la propiedad.

Cathy se agachó para poder ver por la ventana lateral. La casa era enorme. Al menos tres plantas que más parecían de un castillo que de

una casa de verdad. La fachada era de piedra y las ventanas tenían formas distintas. La finca sobre la que se asentaba parecía no tener fin.

Siempre había sabido que eran distintos, pero le asustaba ver hasta qué punto. No era de extrañar que tuviese servicio en aquella casa. Puede que hubiera cometido un error, pensó, tragando saliva. ¿Sería demasiado tarde para pedirle al conductor que la llevara a su pequeña casa del valle?

Pero antes de que pudiera decidir, se detuvieron. El conductor abrió el portón y la miró primero a ella, y después a la casa.

—Hay unas cuantas escaleras hasta la puerta principal, y seguro que unas cuantas más en el interior.

—Puedo usar las muletas.

Había practicado aquella mañana, y aunque no se le daba demasiado bien, podría arreglárselas.

—No. Para eso he traído ayuda.

El ayudante en cuestión bajó también y juntos sacaron la camilla de la parte trasera y la hicieron avanzar sobre las ruedas hasta el primer peldaño de la escalera. La puerta principal se abrió y una mujer de corta estatura salió.

Debía rondar los cincuenta y tantos años, tenía el pelo entrecano y unos ojos oscuros como el carbón. Llevaba un vestido gris que quedaba a medio camino entre el uniforme de una enfermera y el de una criada, y unos cómodos zapatos blancos.

—Señorita Eldridge —dijo, y sonrió—, soy Ula, el ama de llaves. Stone me dijo que llegaría hoy por la mañana. Sea bienvenida —su sonrisa se desvaneció al mirar a los dos hombres—. Y ustedes tengan cuidado con ella, que ya lo ha pasado bastante mal; no se les vaya a caer ahora.

Los dos hombres intercambiaron una mirada exasperada. No era la primera vez que les hacían esa advertencia.

—Sí, señora. No se preocupe.

—Por aquí, por favor.

Y les condujo al interior de la casa. Cathy recibió la impresión de un recibidor tan grande como el de un hotel, con suelos de mármol y altas puertas que conducían a otras partes de la casa, pero antes de que pudiera absorber nada, empezaron a subir la escalera y siguieron después por un pasillo. Ula abrió una puerta y se hizo a un lado. Los hombres la siguieron.

Cathy fue depositada junto a una cama con baldaquino tamaño reina. Apenas había podido recuperarse de la impresión cuando los hombres la colocaron en la cama.

—Ahora traeremos sus cosas —dijo uno de ellos, y salieron de la habitación.

Ula se acercó a la ventana y descorrió las gruesas cortinas. El sol llenó la enorme habitación al instante. Desde la cama, Cathy podía ver un perfecto jardín, una esquina de algo que parecía una piscina y una vista increíble del mar, que se extendía abarcando todo el horizonte. A la derecha quedaba una extensión de tierra que debía ser Malibú.

—Es una vista preciosa, ¿verdad? —comentó Ula.

Cathy asintió. No sabía qué decir.

—Stone me ha hablado del accidente —continuó Ula—. Ha tenido mucha suerte; según él, podría haber sido mucho peor.

—Eso parece.

Ula se movió por la habitación.

—Aquí están la televisión y el vídeo —le dijo, abriendo un armario instalado en la pared del fondo—. Tenemos antena parabólica, así que puede ver todos los canales que quiera —caminó a su izquierda—. El armario. Han traído ya sus cosas y las he colgado.

—Gracias.

Menos mal que Ula no había abierto las puertas. No quería ver sus exiguas posesiones colgando en aquel enorme espacio. Ya se sentía bastante fuera de sitio.

—El baño —dijo, abriendo otra puerta, y Cathy pudo ver un suelo

brillante y una ducha tan grande que cabría todo un equipo de fútbol al mismo tiempo—. Voy a deshacerme de esos hombres y enseguida vuelvo.

Y salió.

Cathy tardó un poco en recuperar el ritmo normal de la respiración. Todo estaba pasando tan deprisa… Desde que empezara a sonar la alarma contra incendios en el edificio hasta aquel momento, tenía la sensación de haber estado dando vueltas completamente fuera de control.

Inspiró profundamente e intentó relajarse, aunque la habitación no se lo puso demasiado fácil. Jamás había estado en un lugar tan maravilloso como aquel. La habitación de invitados era tan grande como toda su casa. Tenía su propia televisión y vídeo. Increíble. Había una pequeña mesa en un rincón, un sofá y una preciosa lámpara, un lugar perfecto para leer. Quienquiera que hubiera preparado aquella habitación, había pensado en todo.

Oyó pasos en el pasillo y el pulso se le aceleró. Quizás fuese Stone. No le había visto desde la noche anterior. Pero fue Ula quien entró en la habitación.

—Se han ido —dijo, y sonrió. Pero la sonrisa no llegó a sus ojos oscuros. Cathy tenía la sensación de que, aunque no lamentaba que estuviera allí, su opinión no era sólo positiva.

—Gracias por todo esto —dijo Cathy, haciendo un gesto que abarcaba toda la habitación—. Es impresionante.

—Es muy bonita, ¿verdad? Stone contrató un espléndido decorador para la casa. Siempre le digo que es una pena que tantas habitaciones tan bonitas estén vacías. Nunca tenemos compañía. Tiene que prometerme que me dejará malcriarla.

—Gracias, pero no quiero causar problemas.

—Nada de problemas. Stone no come ni lo que un gorrión, y vienen tres mujeres todas las semanas para ocuparse de la limpieza, así que estoy cansada de estar sentada sin hacer nada. Creo que Stone no había tenido a nadie aquí desde que la señora Evelyn murió.

—La señora Evelyn?

¿Quién sería? ¿La madre de Stone?

—Sí. Murió en un accidente hace casi tres años. Era la mujer de Stone.

Capítulo 4

Cathy dejó el tenedor y miró el plato que tenía delante. Ula le había traído una enorme cantidad de comida, y para sorpresa y vergüenza suya, se la había comido toda. No se había dado cuenta de que tenía hambre hasta que el ama de llaves había aparecido con la bandeja, pero su estómago había empezado a quejarse nada más tomar el primer bocado. Nada más saborear aquel delicioso roast beef que se deshacía en la boca, supo que estaba perdida. Quizás pudiera explicarle tanto apetito. Al fin y al cabo, no había comido mucho en el hospital, entre la cirugía, la inconsciencia y todo lo demás. Y antes de eso, bueno, era final de mes y como siempre, andaba corta de dinero, así que había estado viviendo de pasta y sopa de sobre.

Apartó la mesa alta de ruedas que se movía con mucha facilidad. Ojalá Stone no la hubiera comprado sólo para ella. Ya se lo preguntaría, si es que lo veía. Aunque claro, también existía la posibilidad de que no quisiera verla. Después de lo que había hecho, no sería de extrañar. Sus pensamientos volvieron a volar en esa dirección y tuvo que cortarlo en seco, ya que se había pasado la mayor parte del tiempo que había permanecido despierta castigándose por las mentiras que le había contado, y no quería seguir así.

Alcanzó el mando de la televisión, pero luego volvió a dejarlo caer sobre las almohadas. No estaba de humor para esa clase de entretenimiento. Estaba inquieta, pero no podía moverse. Aunque podía alcanzar las muletas, levantarse de la cama era un proceso lento y doloroso, y no iba a sufrirlo simplemente para dar cuatro saltos cojeando sobre la preciosa alfombra.

Lo que significaba que tenía demasiado tiempo para pensar. Pensar en por qué estaba allí. Pensar en Stone. Y pensar en Evelyn.

Aquel nombre seguía causándole una dolorosa sorpresa. Su mujer, había dicho Ula. No sabía bien por qué, pero no se lo había imaginado casado, lo cual era ridículo. Pero es que una mujer…

Seguramente parte de la sorpresa provenía del hecho de que fuese viudo y no divorciado. No sabía por qué, pero seguramente le hubiera costado menos aceptar que estuviese divorciado. Quizás porque eso querría decir que ya no sentía nada por su mujer, mientras que el hecho de haberla perdido en un accidente de coche, seguramente en el

que le había dejado marcado para siempre, no significaba lo mismo. Inspiró profundamente. Ahora se explicaba el porqué de su encierro.

Todo seguía siendo muy confuso para ella. Habían ocurrido demasiadas cosas en muy poco tiempo. Estaba en casa de Stone sin saber si iba a volver a verlo, no sabía si seguía teniendo trabajo, ya que al menos habrían tenido que buscarle una sustituta. ¿Qué significaría eso para ella? ¿Qué habría sido de su coche, aparcado debajo del edificio de oficinas? ¿Y con…?

Una llamada en la puerta entreabierta de la habitación la sacó de aquel tormento.

—Adelante —dijo, imaginándose que debía tratarse de Ula que venía a buscar la bandeja.

—Soy Stone —dijo una voz familiar—. ¿Te apetece un poco de compañía?

Le apetecía muchísimo, aunque no estaba segura de ser capaz de responder con serenidad y sin que el corazón le latiese como una locomotora.

—Sí, por favor —le contestó, y le resultó odioso parecer tan ansiosa de verle.

—Necesito que apagues la luz —le dijo.

Cathy dudó. Había querido preguntarle a Ula por las cicatrices de Stone, pero no había tenido valor para hacerlo, así que apagó la luz de la mesilla y la habitación quedó sumida en la oscuridad de la noche. La única luz provenía del pasillo, y no era más que un reflejo lejano, de modo que Stone quedó reducido a una sombra que se movía y entraba en la habitación.

—¿Cómo te encuentras?

Le vio acercarse al sofá de la ventana. Se movía con la seguridad de alguien familiarizado con la noche.

—Mejor. Un poco desorientada, sólo. Es que todo ha ocurrido tan rápido…

—¿Qué tal la cabeza y la rodilla?

Se recostó en la almohada. Si cerraba los ojos, podía fingir que hablaban por teléfono, como habían hecho en cientos de ocasiones. Podría olvidar que estaba en la habitación con ella. Pero Stone estaba allí, y casi sonrió. La verdad era la contraria: que ella estaba allí con él. Aún no podía creérselo.

Menos mal que sólo le había preguntado por la cabeza y la rodilla, y no por el estómago, ya que parecía haberse quedado de pronto vacío.

—Sigo teniendo un buen chichón —dijo, tocándoselo con los dedos —, y la rodilla está muy rígida y algo hinchada.

—La terapeuta te ayudará a mejorar. Empiezas mañana, pero quiero que te lo tomes con tranquilidad. Es lo que ha mandado el médico: mucho descanso y tiempo para recuperarte. Ula está encantada de tener alguien a quien mimar.

Cathy pensó en la expresión de Ula y no le pareció que la palabra encantada describiese a la perfección su actitud.

—No quiero ser una molestia —empezó—. Todo esto es tan…

Stone levantó en alto una mano.

—No lo digas. Quiero ayudarte. Cuando la alarma se disparó mientras hablábamos… —carraspeó—. No sabía qué te había pasado. En lo único que podía pensar era en que tenía que llegar como fuera a tu oficina para saber si estabas bien.

Cathy frunció el ceño.

—La verdad es que no recuerdo demasiado de esa noche —admitió —. Todo está como entre niebla. Sé que estábamos hablando cuando se disparó la alarma. Al principio pensé que se trataba de una prueba. Después, olí el humo —pensar en ello le daba dolor de cabeza. Tenía aquel olor grabado en la pituitaria y se estremeció—. Recuerdo que me hablabas. Tenía tanto miedo…

— No tenemos por qué hablar de ello si te molesta.

—No, no pasa nada. No recuerdo mucho después de la llamada a los bomberos. Me han dicho que hubo una explosión —y volvió a

frotarse la sien—. Salí disparada y aterricé con la cabeza y la rodilla.

—Me alegro de que estés bien.

Su voz le era familiar e intentó verlo, pero la oscuridad era demasiado intensa. ¿Estaría ocurriendo todo aquello de verdad? ¿Estaba de verdad en casa de Stone, hablando con él, contando con la ayuda de una terapeuta que él había pagado, y quién sabe cuántas cosas más?

—¿Por qué haces todo esto? —le preguntó.

—Porque quiero hacerlo. Somos amigos. Si la situación fuese a la inversa, ¿no me habrías ayudado tú?

—Por supuesto, pero esa no es la cuestión.

—Entonces, ¿cuál es?

Se acercó al sofá y vio su silueta acomodarse en un punto. Era un hombre alto y de espalda ancha, pero no parecía corpulento. Sus facciones seguían siendo desconocidas para ella. Parecía llevar pantalones de pinzas y camisa de manga larga, pero no podía estar segura. Menos mal que, si ella no podía verlo, él tampoco a ella, aunque había podido hacerlo mientras estaba en el hospital.

Pensó en él viéndola dormir. Viendo la verdad y consciente de que todo lo que le había dicho era una mentira.

—La cuestión es —susurró—, que soy un fraude. No soy una rubia preciosa con una vida excitante, sino… —la voz le falló y las lágrimas le atoraron la garganta—. Mis amigos no existen. De hecho, no tengo amigos. Incluso Muffin era una mentira.

La última palabra fue apenas audible en el silencio de la habitación.

Recordó cómo Stone le había dado la mano en el hospital, y deseó que lo hiciera en aquel momento, que se acercara a ella y le ofreciera consuelo.

—Nada de todo eso importa —dijo él.

—No te creo —la irritación le dio fuerza—. No puedes decirlo en

serio. Te he engañado.

—Lo que has hecho ha sido inventar historias sobre tu propia vida. Hay una diferencia, Cathy. No has hecho daño a nadie. Todos fingimos de una manera o de otra. En el trabajo, por ejemplo, suelo tirarme faroles enormes.

—Esto ha sido mucho más —tragó saliva. La amenaza de las lágrimas había cedido—. Pero tienes razón en una cosa: que no pretendía hacer daño a nadie —una sonrisa triste se dibujó en sus labios—. No pretendía hacerte daño a ti, quiero decir. No había nadie más.

—Entonces, si yo estoy dispuesto a olvidar lo pasado, ¿por qué tú no?

Porque su vida nunca había sido tan sencilla o tan simple. Las situaciones siempre eran complicadas para ella. Pero quizás, en aquella ocasión, las cosas fueran diferentes. Ojalá fuese verdad.

—Supongo que pienso que debería ser castigada o algo así —confesó.

—No te puedes mover de la cama tras una operación de rodilla y has estado a punto de morir en un incendio. ¿Es que no te parece suficiente castigo?

—No lo había considerado de esa manera.

—Pues considéralo y luego, olvídalo. Empezaremos desde el principio. Hola, Cathy, soy Stone Ward. Háblame de ti.

—No hay nada que contar. Precisamente por eso me inventé las historias. La verdadera Cathy Eldridge es muy aburrida.

—Pues a mí me parece brillante y divertida. Háblame de tu familia. En el hospital me dijeron que no habían conseguido ponerse en contacto con ellos.

Pretendía que se sintiera mejor, pero había tomado la dirección equivocada. Aquella conversación era más dolorosa para ella que el recuerdo de sus mentiras. Había pasado ya mucho tiempo, se recordó, y el pasado ya no tenía capacidad de herirla.

—No tengo familia —le dijo—. Mi padre se marchó y no sé si está vivo o muerto. Nos dejó cuando yo era un bebé. Mi madre nunca me contó nada de él. Ni siquiera sé de dónde era. Mi madre era huérfana, así que siempre estuvimos las dos solas. Ella…

Cathy hizo una pausa. ¿Cómo iba a poder resumir su vida en unas cuantas frases?

—No tenemos que hablar de esto si no quieres.

—No, no pasa nada. Bebía mucho. Yo me ocupaba de ella, y cuando estaba sobria, era fantástica, y así es como intento recordarla. Pero como no podía saber cómo iba a estar en un momento determinado, no hice muchos amigos. Hubieran querido venir a visitarme a casa, y no podía correr ese riesgo.

—Muy solitario, ¿no?

—Sí —se encogió de hombros—. Me acostumbré. Siempre he sido muy solitaria.

—Es algo que tenemos en común.

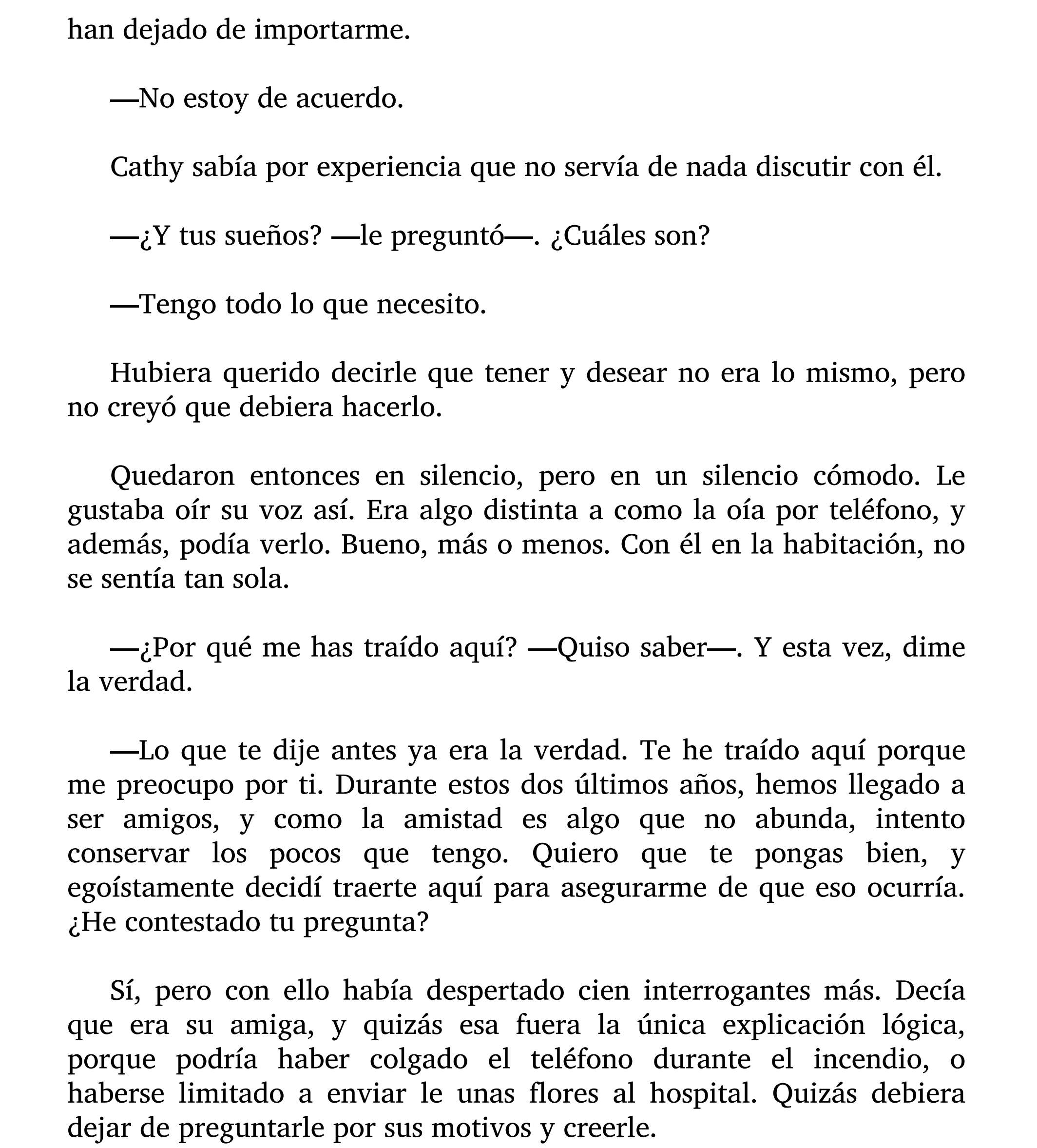
Cathy miró su silueta y se preguntó por qué habría elegido vivir así, tan apartado del resto del mundo. Él podría encajar en cualquier parte. Incluso si la cicatriz era tan horrible como él decía, la gente lo comprendería. Los amigos sobre todo.

—Tenía un montón de sueños —le confesó—. Sobre lo que pasaría cuando por fin pudiese vivir sola. Me imaginaba una vida maravillosa, poco más o menos como la que te conté a ti.

—Aún puedes conseguirlo.

Cathy pensó en su trabajo en el servicio de contestador. No le pagaban mucho, y no estaba capacitada para conseguir otro trabajo. Una vez pensó en ir a la universidad, pero en lugar de seguir con su educación como habían hecho todos sus compañeros del instituto, ella se quedó en casa cuidando de su madre. El alcohol se había cobrado su precio en su cuerpo destrozado, y pasó casi dos años intentando morir.

—En teoría, esos sueños pueden hacerse realidad —dijo Cathy—, pero ha pasado ya tanto tiempo que casi me he olvidado de ellos, y ya


han dejado de importarme.

—No estoy de acuerdo.

Cathy sabía por experiencia que no servía de nada discutir con él.

—¿Y tus sueños? —le preguntó—. ¿Cuáles son?

—Tengo todo lo que necesito.

Hubiera querido decirle que tener y desear no era lo mismo, pero no creyó que debiera hacerlo.

Quedaron entonces en silencio, pero en un silencio cómodo. Le gustaba oír su voz así. Era algo distinta a como la oía por teléfono, y además, podía verlo. Bueno, más o menos. Con él en la habitación, no se sentía tan sola.

—¿Por qué me has traído aquí? —Quiso saber—. Y esta vez, dime la verdad.

—Lo que te dije antes ya era la verdad. Te he traído aquí porque me preocupo por ti. Durante estos dos últimos años, hemos llegado a ser amigos, y como la amistad es algo que no abunda, intento conservar los pocos que tengo. Quiero que te pongas bien, y egoístamente decidí traerte aquí para asegurarme de que eso ocurría. ¿He contestado tu pregunta?

Sí, pero con ello había despertado cien interrogantes más. Decía que era su amiga, y quizás esa fuera la única explicación lógica, porque podría haber colgado el teléfono durante el incendio, o haberse limitado a enviar le unas flores al hospital. Quizás debiera dejar de preguntarle por sus motivos y creerle.

—Gracias —dijo en voz baja.

—De nada. Ahora, cierra los ojos.

—¿Qué?

—Ya me has oído —replicó, y sonrió—. Vamos, que ya sabes que puedes confiar en mí.

—Yo… —Cathy intentó verlo, pero fue un esfuerzo inútil—. De

acuerdo.

¿Iba a encender la luz? ¿Querría mirarla sin que ella le viese a él?

Sintió movimiento en a habitación, su presencia junto a la cama.

—No los abras.

Sintió que apretaba su mano y algo suave y cálido en la mejilla.

—Que duermas bien, Cathy. Mañana volveré a verte.

Y se marchó. Cathy abrió lentamente los ojos y sin querer, se llevó la mano al lugar que él había besado. No había sido más que un gesto entre amigos. No podía ser nada más, pero aun así, sonrió al acomodarse sobre la almohada y cerró de nuevo los ojos para disfrutar del momento hasta que se durmió.

Stone se acercó a la ventana del despacho y contempló la oscuridad. La casa parecía un lugar más acogedor aquella noche, y sabía que la razón dormía ahora un piso más arriba, en el otro ala de la casa.

Cathy. Su presencia casi bastaba para ahuyentar a los fantasmas, a pesar de que ella, de alguna manera, lo era en sí misma.

No se parecía a Evelyn. Ni físicamente, ni en temperamento, ni siquiera en sus circunstancias personales, excepto que las dos habían crecido en el seno de familias que a duras penas llegaban a final de mes. Y sin embargo, eran tan parecidas…

Inspiró profundamente y se prometió a sí mismo que aquella vez sería diferente. Aquella vez, no cometería los mismos errores. Aquella vez, no perdería el control de lo que estaba ocurriendo. Podía ayudar a Cathy de un modo en que no había podido ayudar a Evelyn. De alguna manera, eso podría redimirle de los pecados del pasado. Quizás si esta vez lo hacía bien, el dolor se atenuaría.

Sin querer, casi sin darse cuenta, se rozó con los dedos las cicatrices de la mejilla izquierda.

En esta ocasión, no iba a dejarse llevar. No iba a permitir que sus

sentimientos lo arrastraran. Le gustaba Cathy, y la amistad era un sentimiento seguro. Nada más le estaría permitido. Se aseguraría de que su relación no llegase a nada más.

Cuando estuviese curada tanto de sus heridas como en su interior, la dejaría marchar. Ella se iría más fuerte y quizás él pudiera quedar en paz.

Cathy se despertó temprano a la mañana siguiente, y se las arregló para ir al baño y volver, aunque tardó unos veinte minutos en hacerlo.

—Ojalá hubiese estudiado ballet o algo así —murmuró en voz baja al sentarse en el borde de la cama para recuperar el aliento—. O haber por lo menos leído las cien maneras de manejar unas muletas.

La agilidad y la gracia de movimientos le eran ajenas. Las muletas le hacían daño en los brazos y los hombros, y no se manejaba nada bien con ellas. Aun así, consiguió apoyarlas contra la pared entre la mesilla y el cabecero de la cama y se tumbó para levantar las piernas. El camisón se le subió, dejando al descubierto unos muslos pálidos y ligeramente gruesos. Llevaba toda la vida peleando con aquellos dichosos diez kilos que le sobraban. Y para colmo, tenía la sensación de que en los dos últimos meses, los diez kilos habían llegado a ser doce o catorce. Con toda aquella obligada inactividad, las cosas estaban empeorando.

El estómago le rugió. Genial. Encima, tenía hambre.

Cuando volviera a casa, se pondría a dieta inmediatamente. Incluso empezaría a hacer ejercicio. Nada complicado: sólo caminar.

Aquella promesa era tan vieja que se tapó con la ropa de la cama para apaciguar la sensación de derrota. Tantas oportunidades perdidas… ¿Cuántas veces se había jurado no comer una sola onza de chocolate más hasta que no perdiera algunos kilos? ¿Cuántas veces se había prometido ponerse en forma, para acabar después pasándose las horas muertas leyendo?

Una llamada a la puerta interrumpió su sesión de autocompasión. Qué alivio.

—Adelante —dijo.

Ula, el ama de llaves, abrió la puerta y entró.

—Buenos días —la saludó. Era una mujer pequeña, con el pelo gris recogido en un moño y ojos oscuros—. ¿Qué tal has dormido hoy?

—De maravilla. La pierna cada vez me molesta menos.

La mujer asintió y Cathy cambió de postura en la cama. No estaba segura de si la mujer era simplemente austera en sus maneras, o si no le gustaba su presencia allí. Quizás la considerase una cazafortunas, o un caso de caridad. La segunda posibilidad suscitó en ella una mueca de dolor, ya que en realidad, podía encajar con ella.

—No sabía bien qué le gustaría comer —dijo Ula, y la severidad de su expresión se suavizó—. Si me dijera qué clase de comida es la que más le gusta, estaría encantada de preparársela. El señor Ward no presta demasiada atención a la comida; a veces me da la impresión de que ni sabe lo que come.

Cathy recordó la silueta del cuerpo de Stone. Parecía delgado. Ula también lo era. Genial. Estaba en medio de un grupo de gacelas.

¿Que qué le apetecía comer? Chocolate. Unos tres kilos.

¡Basta!, se reprendió. Ya era hora de hacer algo de verdad, y aquella parecía la oportunidad perfecta. Durante los próximos días, no iba a poder prepararse su propia comida, y mucho menos ir a la compra, así que ¿por qué no empezar ya con el programa que quería poner en marcha al llegar a casa?

Carraspeó levemente.

—¿Sería mucho pedir que preparase algo bajo en calorías? —sugirió, enrojeciendo—. Nada complicado. Pollo o pescado a la plancha, si no le supone mucho trabajo.

—En absoluto. Tengo varias recetas interesantes. ¿Quiere perder un poco de peso? —preguntó, tras una breve pausa. Cathy asintió.

—No hay problema —la mujer pareció dudar—. Sé que no es asunto mío, pero quizás podría preguntarle a la terapeuta si hay algún programa de ejercicio que pudiera hacer mientras se cura su pierna.

A Cathy no se le había ocurrido pensarlo.

—Qué idea tan buena. Lo haré. Gracias.

Ula esbozó una sonrisa.

—No sé lo que Stone le habrá dicho de mí —empezó, intentando tener valor para explicar. Hizo una pausa esperando que Ula dijese algo, pero no fue así—. Somos amigos. Le conozco hace dos años… no en persona, por supuesto. Sé que no sale mucho. Nos conocemos por teléfono. Él utiliza el servicio de contestador para el que yo trabajo, así que hablábamos casi todas las noches.

Carraspeó. No estaba segura de por qué se sentía en la obligación de darle explicaciones al ama de llaves, pero es que tenía la sensación de que no podría seguir estando allí si a Ula no le parecía bien. Una estupidez quizás, pero cierta.

—En fin, que estaba hablando por teléfono con Stone cuando se declaró un incendio en el edificio de la oficina, y Stone tuvo la amabilidad de preocuparse por mí cuando estaba en el hospital. Después me trajo aquí, y yo… yo no quiero causar molestias. Sólo somos… bueno, que no soy muy importante para él.

La expresión de Ula no cambió.

—Gracias por la explicación. No era necesaria, pero ha sido muy amable. El señor Ward me dijo que era amiga suya, y como tal, es bienvenida en su casa. Si hay algo más que pueda hacer por usted, no dude en llamarme.

Y dio la vuelta para salir, pero se detuvo en la puerta.

—Más tarde puedo pasarme con las recetas que tengo y podemos verlas para que me diga cuáles le interesan más.

No es que aquel comienzo fuese gran cosa, pero al menos era algo, así que Cathy sonrió.

—Me encantaría. Muchas gracias.

Y cuando el ama de llaves se marchó, Cathy no se sintió tan sola.

Capítulo 5

—Tú debes ser Cathy —dijo la joven que subía por la escalera.

Cathy estaba sentada en el patio porque Ula había insistido. Después del desayuno, el ama de llaves le había dicho que hacía un día precioso y que la terapia podía seguirse tanto dentro como fuera. A pesar de las protestas de Cathy, Ula la había ayudado a llegar hasta la escalera y a bajarlas muy despacio, así que ahora estaba sentada en la silla de hierro forjado de espaldas al sol y odiando la vida en general.

Los brazos y los hombros le dolían de las muletas, y la rodilla le palpitaba. Había disfrutado de su desayuno bajo en calorías, pero seguía teniendo hambre y en lo único que parecía capaz de pensar era en el chocolate. Y para colmo, la joven que sonreía delante de ella debía medir uno cincuenta y pesar al rededor de cincuenta kilos. Ula era pequeñita, y aquella mujer también. ¿Por qué tendría que estar en un mundo de gente perfecta y pequeña, y ser ella el único troll?

—Hola —contestó Cathy, intentando no mostrar su mal humor.

La mujer sonrió. Tenía el pelo rubio y corto y la clase de cuerpo que aparecía en las revistas de musculación, y que el pantalón corto tipo ciclista y la camiseta que llevaba dibujaban a la perfección.

—Soy Pepper, tu terapeuta. ¿Cómo te encuentras?

La voz de Pepper era tan alegre como su sonrisa. Cathy contuvo la náusea.

—Genial.

Pepper se sentó en la escalera, a los pies de Cathy.

—Pues esa no es la impresión que me da a mí. Pareces cansada. ¿Es que no has dormido bien?

—No demasiado —admitió Cathy. Los calmantes la habían ayudado, pero no había conseguido dormir bien. Tenía demasiadas cosas en la cabeza: el trabajo, o más bien la posible carencia de él, la operación, la rehabilitación, Stone…

—Los primeros días son los peores —dijo Pepper—. Tu cuerpo tiene que recuperarse de la agresión que supone la herida y la operación. Exteriormente te curarás con rapidez, pero no olvides que el cuerpo tarda un año en recuperarse completamente de cualquier operación, así que no te exijas demasiado. Si te sientes cansada, duérmete un rato. Intenta no agobiarte demasiado.

Quizás pudiera conseguirlo.

—¿Y qué es exactamente lo que vas a hacer conmigo?

—Un par de cosas. Vamos a trabajar con tu pierna para asegurarnos de que no pierdes demasiado tono muscular. Voy a enseñarte unos cuantos ejercicios para fortalecer los músculos de la rodilla. Teniéndolos más fuertes, conseguirás una mayor estabilidad en la zona mientras cicatriza. En segundo lugar, vamos a trabajar en tu técnica con las muletas. Hay mucha gente que se maneja fatal con ellas. Hace falta mucha fuerza en el tronco, equilibrio y práctica, por supuesto. Me aseguraré de que no te hagas daño mientras tengas que usarlas. Te daré también algún masaje para ayudar a los músculos —tocó un punto por encima del seno izquierdo—. Te duele aquí, ¿verdad? Y en los hombros también, ¿no?

—Sí. Intento cambiar de postura cuando uso las muletas, pero no consigo nada.

—Intentaremos minimizar tu sufrimiento en una situación que ya de por sí es muy incómoda —se levantó y miró a su alrededor—. El ama de llaves ha sugerido que trabajemos aquí. A mí me parece lo suficiente íntimo. ¿Qué opinas?

Cathy siguió la dirección de su mirada. Frente a ellas, una magnífica vista del océano, y a cada lado, altos setos protegían aquella parte del jardín de la curiosidad de los vecinos. A su espalda quedaba la casa, y Ula y Stone no encontrarían nada interesante en aquella sesión; pero la verdadera razón era que la única otra alternativa era volver a subir a la habitación, y no se sentía con fuerzas para ello.

—Estaremos bien aquí —dijo. Ojalá sintiera un poco más de entusiasmo por todo aquello.

—Estupendo, voy por mis cosas.

Sus cosas consistían en una mesa portátil lo bastante grande para que Cathy se tumbara en ella, junto con unas bandas elásticas y un pequeño maletín. En cuestión de minutos, tenía la mesa abierta y una sábana limpia extendida sobre la superficie de plástico.

—Súbete —le dijo, dando una palmada en la sábana.

Cathy se puso de pie como pudo, tomó las muletas y se acercó con dificultad hacia ella. Pepper se adelantó para ayudarla.

—Tienen mal regulada la altura. Deberían revisar esas cosas, pero no te preocupes, que yo lo arreglaré. Pero primero veamos esa pierna.

Y la ayudó a subirse en la mesa. Cathy se sorprendió de sentir la fuerza que tenía, y su mirada de sorpresa la hizo reír.

—Ya sé que mi talla engaña —dijo ella—. Soy fuerte. Crecí con cinco hermanos, así que o me fortalecía, o me ganaban siempre que peleábamos. Decidí aprender a dar patadas. Aprendí a boxear, y a pesar de que mis hermanos son todos bien grandes, conseguí hacerles huir.

Hizo que Cathy se tumbara y probó con ella toda una serie de estiramientos. Pepper tomó notas en una libreta.

—¿Haces ejercicio? —preguntó.

—La verdad es que no —los pantalones de chándal sueltos que llevaba ya debían haber contestado por sí solos la pregunta—. He intentado empezar con un programa de ejercicios varias veces, pero nunca los he terminado. Ahora no sé qué hacer.

— Ya verás como conseguimos ponerte en forma en un abrir y cerrar de ojos —prometió Pepper—. Dentro de unos meses, ni siquiera recordarás que te han operado.

—¿Hay algo que yo pueda hacer mientras tanto? —preguntó, recordándose que aquella era la oportunidad perfecta para los cambios en su vida—. Ula me sugirió que te preguntase al respecto.

—Claro. Hay varios ejercicios aeróbicos que pueden hacer personas sentadas en silla de ruedas. Podrías hacer unos cuantos —Pepper arrugó su naricilla—. Te prepararé algo para el próximo día.

—Estupendo. Gracias.

—Para eso estoy aquí. Ahora vamos a trabajar con esa pierna.

Pepper le hizo realizar unos cuantos ejercicios y más estiramientos. Cuando la pierna le dolía y ya no pudieron continuar, siguieron con la parte superior del cuerpo. Cathy aprendió a estirar los músculos contraídos por las muletas, así como a fomentar la fuerza del tronco. Apenas podía levantar un peso de ocho kilos, pero no se dejó desanimar. Al final estaba haciendo algo, y viendo el brazo bien definido de Pepper, se preguntó si eso sería posible para ella.

Cuando terminaron, Pepper aplicó calor a su cuello y a la parte superior de la espalda.

—Ahora, relájate. Empezaremos con la sesión de muletas, y para cuando acabemos, correrás con ellas como una profesional.

—No me imagino a mí misma corriendo con ellas, pero sí me gustaría poder manejarlas con más facilidad.

Pepper miró a la casa.

—Ya me lo imagino. Debe haber cientos de escaleras dentro.

—No lo sé.

La terapeuta la miró sorprendida.

—Pero tú vives aquí, ¿no?

Cathy se volvió boca abajo con la almohadilla de calor en la espalda.

—No. Yo soy…

Pero no encontró las palabras. ¿Qué era ella, exactamente? ¿Amiga de la familia? ¿Compañera de trabajo? ¿Qué?

—El señor Ward y yo tenemos una relación profesional —dijo al final—. No tengo familia, y cuando supo lo que ocurrió en el incendio, me ofreció quedarme en su casa hasta que me recuperase.

—Un buen trabajo, entonces —dijo Pepper con cierta envidia—.

Imagínate: conocer en persona a Stone Ward. He leído sobre él, por supuesto. Esta casa es increíble. ¿Cómo es él en persona?

Cathy dudó, no sólo porque no sabía qué decir, sino porque respetaba la intimidad de Stone.

—Es un hombre muy celoso de su intimidad, pero una buena persona. No nos conocemos a fondo.

Eso era cierto, y todo lo ocurrido sólo había servido para confundirle. Quería que su relación fuese diferente, pero no sabría decir en qué. Sólo sabía que echaba de menos la regularidad de sus vidas de antes… cuando podía contar con hablar con él todos los días a medianoche.

Lo echaba de menos. Estaban en la misma casa y lo echaba de menos. Qué locura.

Pepper tocó la almohadilla.

—Dejaremos esto otros cinco minutos más y luego empezaremos con la lección.

Cathy sonrió.

—Gracias.

Stone estaba junto a la ventana, observando. Aunque sabía que no tenía derecho a espiar a Cathy, no había sido capaz de apartarse del cristal. La terapeuta parecía una profesional capaz, pero apenas la había mirado. Toda su atención estaba puesta en su invitada.

La vio evolucionar por el patio con paso lento e inseguro. La terapeuta la hizo pararse y ajustó la altura de las muletas. Cathy pudo erguirse un poco y pareció ganar estabilidad.

Llevaba el pelo suelto tapándole la cara, y una camiseta y unos pantalones de deportes holgados ocultaban su cuerpo. No era de ningún modo lo que le había dicho que era, pero eso no le importaba. Su relación nunca había tenido que ver con su aspecto, sino con la persona que era por dentro.

Aunque el cristal oscuro impedía que pudiera verse desde fuera, se separó de la ventana. Quería saber qué progresos hacía Cathy, nada más. La terapeuta era tan competente como le habían prometido, así que ahora podría olvidarse de su invitada y seguir con lo demás. Todo iba según lo previsto. Estaba ayudando a Cathy a restablecerse, física y de cualquier otro modo en que lo necesitara. Esa era su meta.

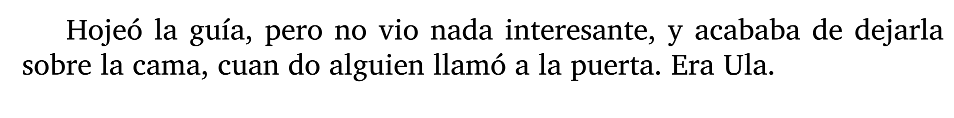
Sin embargo, al examinar lo escrito en la pantalla del ordenador, se encontró pensando en ella en lugar de en el balance. Se encontró deseando que llegase la oscuridad para poder volver a hablar con ella. Como había hecho cientos de veces desde el accidente, hacía ya tres años, maldijo el día y la luz que lo acompañaba.

Cathy miró con tristeza la bandeja que tenía junto a la cama. Había devorado la cena en menos de diez minutos. El pescado estaba delicioso, preparado en una salsa exquisita, acompañado de champiñones y arroz. Incluso la guarnición de verduras estaba buenísima. El pequeño plato de frutas cortadas en rodajas con una sola cucharada de yogur helado había sido una agradable sorpresa para el postre. El único problema era que seguía teniendo un hambre canina. Habría vendido su alma por una hamburguesa, incluso por un poco de chocolate.

Con un suspiro, se recostó en la almohada. No podía tener hambre. Al fin y al cabo, acababa de cenar. Quizás debiera comer más despacio para que su cerebro tuviese tiempo de darse cuenta de que la comida estaba en su estómago. Al menos, eso era lo que decían las revistas. Quizás fuese psicológico. Aun que físicamente estuviera saciada, quería la comida rica y llena de grasa que le proporcionase consuelo emocional. Necesitaba algo con lo que distraerse. Con un poco de tiempo, llegaría a acostumbrarse a comer menos. Los resultados valdrían la pena.

El teléfono sonó en la mesilla y dio un respingo. No lo había oído llamar antes, y sin embargo, Stone debía recibir llamadas. Debía tener varias líneas. Quizás la que sonaba era su línea particular.

El teléfono sonó cuatro veces más; Cathy lo ignoró y abrió la guía de televisión que Ula le había traído. Quizás hubiese alguna película buena aquella noche. O una de miedo. Si le preocupaba el ataque de los alienígenas o de los vampiros, no pensaría en la comida.


Hojeó la guía, pero no vio nada interesante, y acababa de dejarla sobre la cama, cuan do alguien llamó a la puerta. Era Ula.

—¿Qué tal ha estado la cena? —preguntó.

—Deliciosa. Yo creía que no me gustaba el pescado, pero lo que ha preparado estaba para chuparse los dedos.

Ula recogió la bandeja vacía con una sonrisa.

—Me alegro de que haya disfrutado con la comida. A mí me gusta probar recetas nuevas. Mañana probaremos una de pollo.

Eran ya las siete de la tarde, pero el ama de llaves parecía tan fresca como a las siete de la mañana. Ni un pelo fuera de su sitio, ni una sola arruga en su vestido gris. ¿Quién era aquella mujer? ¿Vivía también allí? Tuvo intención de preguntárselo, pero cambió de opinión. Donde viviera o dejase de vivir no era asunto suyo. Además, estaba empezando a ser algo más cordial con ella, y no quería echarlo a perder haciendo preguntas personales.

—El teléfono ha sonado hace un momento —dijo Ula—. ¿Es que estaba en el baño?

Cathy parpadeó.

—No contesté porque no creía que fuese para mí.

—Era el señor Ward que quería saber qué tal está. Le dije que seguramente no se habría dado cuenta usted de que la habitación de invitados tiene una línea independiente. Si suena este teléfono, puede contestar si lo desea.

—¿Que Stone ha llamado? ¿Es que no está en la casa?

—Sí, sí que está. Casi nunca sale. Está en su despacho. Le diré que puede llamar de nuevo, si quiere.

—Por favor —le pidió, e inspiró profundamente antes de hacer la siguiente pregunta—: Ula, ¿Stone está bien?

El ama de llaves la miró un momento antes de contestar.

—¿Qué quiere decir? —preguntó. La sonrisa había desaparecido,

sin duda porque, en su opinión, acababa de transgredir los límites permitidos.

—Es que me ha hablado de las cicatrices que tiene en la cara y… bueno, como parece ser esa la razón de que no salga mucho… —no consiguió terminar la frase. ¿Cómo era aquel refrán? Quien no se moja…—. ¿Hay algo más? ¿Tiene algún otro problema físico por el accidente?

—Ah… No. Está bien. Son sólo las cicatrices.

Cathy hubiera querido preguntarle hasta qué punto eran importantes, pero no consiguió encontrar la forma de hacer la pregunta de un modo cortés, así que no ha hizo.

—Todo ocurrió en el mismo accidente en el que falleció su mujer, ¿no?

—Sí.

Vale. Así que Ula no estaba dispuesta a facilitarle ninguna información.

Cathy carraspeó. No quería preguntar, pero tenía que saberlo.

—No me mencionó a su esposa en todo el tiempo que nos conocemos. Debía quererla mucho.

—La señorita Evelyn lo era todo para él —confirmó, y su expresión se suavizó, como perdida en agradables recuerdos—. Se conocían desde niños. Ella era su mejor amiga. Creo que nunca se recuperará de su pérdida —hizo una pausa—. ¿Necesita algo más?

Cathy casi no podía hablar.

—No, gracias —contestó, a pesar del dolor que la desilusión le había clavado en la garganta.

Ula volvió a sonreír, y en aquella ocasión a punto estuvo de alcanzar sus ojos oscuros.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches, Ula.

La puerta se cerró y Cathy se quedó a solas con el torbellino de sus pensamientos. Era culpa suya por preguntar. Si no quería saber de la relación de Stone con su esposa, no debería haber abierto la boca. ¿Qué esperaba oír? ¿Que Stone odiaba a su mujer? ¿Que había sido un matrimonio de conveniencia y que se alegraba de que hubiera muerto? Por supuesto que no, pero aun así, saber que había querido tanto a Evelyn que no se había recuperado de su muerte no era la forma en que quería empezar la tarde.

¿Cómo sería querer tanto a alguien?, se preguntó mirando al techo. Querer y que alguien te quiera. No tenía referencias al respecto, no podía comparar. Siempre había querido querer a alguien, pero los hombres no formaban parte de su mundo. No sabía dónde podía ir a encontrarlos, y aunque lo supiera, no lo haría. Aparte del hecho de que no era capaz de iniciar una conversación con un desconocido aunque le fuese la vida en ella, no era de la clase de mujeres que atraen a los hombres. No era guapa ni especialmente divertida. No tenía una personalidad brillante. Era, simplemente, corriente.

Se dejó caer sobre las almohadas y miró la pantalla apagada del televisor. ¿Y ahora, qué? ¿Por qué demonios había tenido que preguntar? Porque no estaba dispuesta a pasarse lo que quedase de tarde pensando en lo que Ula le había dicho. Quería reír. Quería ser feliz y sentirse a gusto consigo misma. Quizás encontrase algo entretenido en la tele. Una película divertida, o un…

El teléfono volvió a sonar y descolgó.

—¿Diga?

—Hola. ¿Qué tal estás?

Aquella voz tan familiar la llenó de alegría. Se olvidó de que tenía hambre, de que le dolía la rodilla o de que tenía agujetas de los ejercicios que había hecho aquella tarde. Se olvidó de lo que Ula le había dicho y de lo mucho que había estado pensando en la mujer de Stone. Incluso se olvidó de que estaba sola.

—Mejor —contestó, consciente de que él pensaría que se refería a sus heridas, cuando en realidad de lo que ella hablaba era de que se sentía mucho mejor oyendo su voz.

—Me alegro. ¿Qué tal la terapia?

—Bien. Pepper es una chica muy agradable y sabe lo que se hace. Me dijo que llevaba las muletas bajas y me las ha ajustado. Ahora me muevo bastante mejor con ellas.

—Me la habían recomendado mucho, y me alegro de que te haya servido de algo. ¿Y el resto del día?

Cathy miró a su alrededor. Se había pasado todo el tiempo allí. ¿Qué podía haber ocurrido?

—Me ha llamado mi jefe —le dijo—. Ula recogió el mensaje mientras yo estaba con Pepper. Están buscando oficina nueva y tardarán un par de semanas en volver a ponerlo todo en marcha. Dice que puedo tomarme todo el tiempo que necesite.

Eddie se había mostrado preocupado por ella. Quería saber si estaba teniendo algún problema con el seguro, y le había dicho que, de darse el caso, hablase con él. Era un buen hombre, aunque no quería tener que pensar en volver a aquel aburrido trabajo.

—Una cosa menos de la que preocuparte —dijo Stone—. Sé que eso es un alivio.

—Esto es muy raro —dijo.

—¿Que estemos hablando por teléfono? Lo hemos hecho siempre.

—Lo sé, pero ahora estamos en la misma casa.

—¿Me estás invitando?

Cathy se estremeció. Hubiera deseado hacerse una bola y gritar de alegría. No es que Stone estuviese flirteando, pero con aquello bastaba. Además, ¿qué tenía de malo soñar?

—¿Te gustaría que lo hiciera?

—Sí —contestó—. Eché de menos nuestras conversaciones mientras estabas en el hospital, pero ahora que estás en mi casa, no quiero que te sientas obligada.

—Jamás he hablado contigo por obligación.

¿Cómo podía siquiera pensar en eso? ¡Si sus llamadas eran el mejor momento del día! ¡De su vida!

—Entonces, ahora mismo subo. Apaga la luz.

Por un segundo, sus palabras crearon una imagen de intimidad que hizo enrojecer y temblar a Cathy. Entonces recordó que era porque no quería que viese sus cicatrices; nada más.

—Lo haré —dijo, y colgó.

Por un segundo, deseó poder correr al baño y peinarse o maquillarse un poco, pero aunque había mejorado con las muletas, no conseguiría volver a tiempo. Además, no tenía maquillaje e iban a estar a oscuras, así que, ¿qué más daba?

Apagó la luz, y la habitación quedó tan en silencio que podía oír, además de sentir, el latido de su corazón.

Hubo una sola llamada a la puerta y Stone entró.

—Hola. ¿Siempre dejas que los extraños entren sin más en tu habitación?

—Tú eres el primero.

—Intentaré no abusar del privilegio. Te he traído un regalo —dijo, y le vio acercarse a la cama para dejar algo junto a ella.

—¿Qué es? —preguntó ella mientras él se iba hacia el sofá—. Libros. ¿Cuáles?

—Los dos sobre los que no nos poníamos de acuerdo.

Cathy sonrió.

—Sí que nos pusimos de acuerdo. Dijiste que leerías la biografía.

—Y la compré, junto con la historia de espionaje que quería. He pensado que podíamos leerlos los dos.

—Pienso hacerte un examen sobre la biografía. No pienses que vas a poder salir del paso con leer la contraportada.

Él suspiró.

—Me lo imaginaba. La leeré.

Su tono de sufrimiento le hizo sonreír.

Siguieron hablando sobre los dos libros nuevos y después su conversación giró hacia los libros que ya habían leído juntos. Cathy reparó en la forma en que utilizaba sus manos para dar énfasis a alguna opinión.

La suya era una intimidad poco corriente, pensó. Aunque no podía verlo, estaba cerca. La había llamado. Parecía incluso querer subir a verla, y aquella idea la llenó.

—¿En qué estás pensando? —preguntó él tras un momento de silencio.

—En que hablar en la oscuridad es muy extraño, pero me gusta.

—A mí también. No tengo muchos amigos, así que tenerte en casa es una verdadera delicia.

—Eres un adulador.

—No. Estoy siendo sincero.

—Puede.

—Nada de puede. Lo soy. Quiero que te quedes, Cathy. Quiero asegurarme de que te pones bien, y la mejor forma de hacerlo es esta.

—Así que de verdad quieres ser el protector del mundo occidental, ¿eh? —bromeó.

—Algo así.

Cathy se rió. No podría decir por qué había tenido tanta suerte con él, por qué le gustaba, o por qué se preocupaba por ella. Lo único que sabía es que era así, y no iba a poner en tela de juicio su buena fortuna.

—Cuéntame: ¿qué tal te ha ido la sesión de fisioterapia? ¿Qué has hecho?

Mientras le explicaba los ejercicios y las cosas que Pepper le había dicho, deseó poder estar más cerca. En un principio le había parecido que el sofá estaba demasiado cerca, pero ahora tenía la sensación de que había todo un océano entre ellos. Quería que la tocase, que la besara como había hecho la noche anterior.

Más sueños. Pero sueños a los que no tenía por qué renunciar mientras estuviese allí.

Stone mencionó un par de cosas en las que estaba pensando invertir. Hablaron de su trabajo, del tiempo y después, se levantó.

—Se está haciendo tarde y tienes que descansar —dijo—. Te veré mañana por la noche, si te parece bien.

—Me parece perfecto —contestó, y contuvo la respiración.

Pero a diferencia de lo ocurrido la noche anterior, aquella vez se limitó a salir de la habitación. Cathy lo vio marchar y después se desplomó sobre las almohadas, con los libros apretados contra el pecho. Pero eran un pobre sustituto de la fantasía que Stone Ward era en sí mismo.

Capítulo 6

Stone estaba delante de la ventana de su despacho, como había venido haciendo durante las dos últimas semanas. La mejora de Cathy era notable. Ya podía moverse sin utilizar las muletas, aunque necesitaba un bastón para subir y bajar las escaleras.

La fisioterapeuta, cuyo nombre era incapaz de recordar, la dirigía haciendo ejercicio, y aunque Cathy seguía llevando los mismos pantalones grises y la camiseta de todos los días, Stone habría jurado que aquellas prendas le quedaban un poco más grandes que cuando empezó.

Ula había mencionado que su invitada prefería que le preparase comidas bajas en calorías. ¿Estaría intentando perder peso? Pensó en la vaga silueta que había visto bajo las sábanas en el hospital. Parecía algo más gruesa de lo que se había descrito a sí misma, pero no se había dado cuenta de que tuviera exceso de peso. Aun así, si estando en su casa conseguía algún logro personal, estaría encantado. Quería ayudarla tanto como le fuera posible.

Cathy se bajó de la mesa, la terapeuta dijo algo y Cathy echó la cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas. Eso le hizo sonreír. Le gustaba su risa. Tenía la capacidad de recordarle que seguía vivo.

Y ese era el peligro. El peligro de querer demasiado. Los placeres del resto de mortales no tenían atractivo alguno para él. Todavía tenía que seguir pagando por sus pecados, y hasta que lo hiciera, no iba a pasar ni un minuto a la luz, ni figurada ni literalmente. Se merecía estar a oscuras.

Evelyn. Todo volvía a Evelyn. Al principio se había imaginado que sería capaz de superarlo y de seguir adelante. Pero ahora sabía que no iba a ser así. Aquel era su mundo… la soledad de la oscuridad. Durante un breve periodo de tiempo, Cathy estaría allí para mostrarle cómo era la luz, pero después volvería al silencio gris, que era donde debía estar. No tenía que esperar a que llegase el momento de la muerte para recibir el castigo que se merecía. Tenía ya su propio e íntimo infierno.

—Cathy está mejorando mucho.

Stone se volvió y encontró al ama de llaves de pie en el despacho. Era una de las pocas personas que había visto sus cicatrices. Como siempre, llevaba un impecable vestido gris y un delantal blanco. Muchas veces le había dicho que no tenía por qué llevar uniforme, pero ella se limitaba a darle las gracias y a seguir vistiéndose del mismo modo. Después de diez años, la conocía lo bastante como para no intentar hacerla cambiar de opinión.

Volvió a mirar a través de la ventana. Cathy estaba sentada en el banco y levantaba la pierna manteniendo los muslos inmóviles.

—Sí, ha mejorado mucho. En un par de meses, estará totalmente recuperada.

Y entonces querría marcharse, pero eso no era algo en lo que quisiera pensar en aquel momento.

Ula se acercó a su mesa y dejó sobre ella varios sobres.

—El correo.

—Gracias.

Normalmente le entregaba el correo y se marchaba, pero aquella mañana se quedó. Stone se acercó a la mesa.

—¿Ocurre algo?

—No —sus ojos eran ilegibles, como su expresión—. Me preguntaba si querrías que hablásemos del menú del mes que viene.

Stone hizo una mueca.

—Sólo si la alternativa es abrirme en canal. Ya sabes que no me preocupa. Haz lo que quieras.

Y se preparó para la batalla acostumbrada. Ula pensaba que no comía lo suficiente, y a veces estaba en lo cierto. Últimamente había perdido peso, y es que no tenía apetito. La comida no tenía ningún interés para él. Su mundo había quedado reducido al trabajo y a Cathy.

Pero Ula no se marchó, así que Stone se acomodó en su sillón y la miró con atención.

—¿Qué te ronda por la cabeza? —preguntó, e hizo un gesto para invitarla a sentarse. Ella lo rechazó.

—Tu invitada —dijo. Era una mujer pequeña, apenas metro cincuenta de estatura, pero nunca había parecido intimidada por él. Quizás fuese esa la razón de que estuviera todavía a su lado—. Cathy lleva dos semanas aquí. Va a recuperarse pronto, y he pensado que quizás empiece a aburrirse de estar encerrada en la casa constantemente. Puede que le gustase salir e ir de tiendas, o echar un vistazo a su casa.

Stone había abierto una de las cartas, pero volvió a dejarla sobre la mesa.

—Tienes razón. Debería haberlo pensado. Debe sentirse prisionera.

—Tú tampoco sales mucho —dijo, y se sentó en el borde de una de las sillas que había frente a la mesa—. ¿Por qué crees que los demás tienen que ser diferentes?

—No has sido ni siquiera sutil, Ula.

—No lo pretendía.

Y sonrió.

—De acuerdo: hablaré con Cathy esta noche cuando vaya a verla. Puede llevarse el coche e ir a donde le plazca.

—Yo sospecho que lo que le gustaría es tener compañía.

—¿Amigos quieres decir? —tenía la impresión de que carecía de ellos. A juzgar por los detalles, su vida era bastante solitaria—. Puede invitar a quien quiera con toda libertad.

Algo ardió en su vientre al pensar en una visita masculina, pero intentó no pensar en ello.

—Eso también —contestó Ula—, pero yo estaba pensando en otra cosa. Siempre come sola. No estaría mal que cenases con ella alguna noche.

Sin querer, Stone se rozó la mejilla izquierda. Las arrugas eran

viejas ya, y él ya se había acostumbrado a ellas, pero eso no quería decir que Cathy se sintiera cómoda en su presencia.

Cenar. Con otra persona. No había experimentado semejante placer desde hacía tres años y el deseo de hacerlo resultó de pronto tan intenso como inesperado, pero consiguió apaciguarlo utilizando la mano de hierro que todavía no le había fallado.

Tomó otro sobre y lo abrió.

—No creo que sea buena idea.

Ula hizo un gesto con la mano.

—Le das más importancia a esas cicatrices de la que debieras. A ella no le importarían.

—Pero a mí sí —replicó con frialdad, haciéndole saber que había traspasado la línea.

Ella suspiró y se levantó.

—Muy bien, señor.

Stone sabía que la intención de Ula era buena. De hecho, había sido muy buena con él durante todos aquellos años.

—Es que no creo que saliera bien —dijo, como oferta de paz.

—¿Por qué no? Estás haciendo de todo esto —hizo un gesto hacia su cara—, una tragedia desmedida.

Eso espoleó a Stone, que se levantó inmediatamente. Soltó los papeles sobre la mesa y no se dio cuenta de que uno de ellos cayó en silencio al suelo.

—Es que es trágico —espetó—. ¿Acaso has olvidado que Evelyn murió aquella noche? ¿Ya no te acuerdas de que fue culpa mía?

—No he olvidado que usted quiere que lo sea. Esa es la diferencia. Han pasado ya tres años, señor Ward, y es hora de seguir adelante.

—Te agradecería que recordases que aquí eres sólo una empleada, y como tal te agradecería que te guardases tus opiniones para ti.

Ula no contestó, sino que se limitó a erguirse, dio media vuelta y se marchó. Stone se quedó de pie durante unos minutos escuchando en el silencio el latido de su propio corazón. Sintió la amenaza de los recuerdos, como si la explosión de ira hubiese abierto la tapa de la caja donde los mantenía a buen recaudo.

Y cuando empezaron a cobrar vida en su cabeza, persiguiéndole, cegándole a cualquier cosa que no fuera el pasado y su culpabilidad en lo ocurrido, se sentó en el sillón y se preparó para el ataque.

—Estás muy callada hoy —dijo Stone.

Como siempre, el sonido de su voz la hizo desear bailar de alegría, pero se limitó a cambiar de postura en el sofá y a mirarlo.

—Lo siento. Estaba pensando.

—¿En qué?

Estaba de verdad allí. A veces le resultaba difícil creerlo, a pesar del hecho de que llevaba dos semanas acudiendo cada noche a su habitación. Temía despertarse y que todo hubiera sido un sueño. Pero allí estaba, sentado, apenas a medio metro de ella.

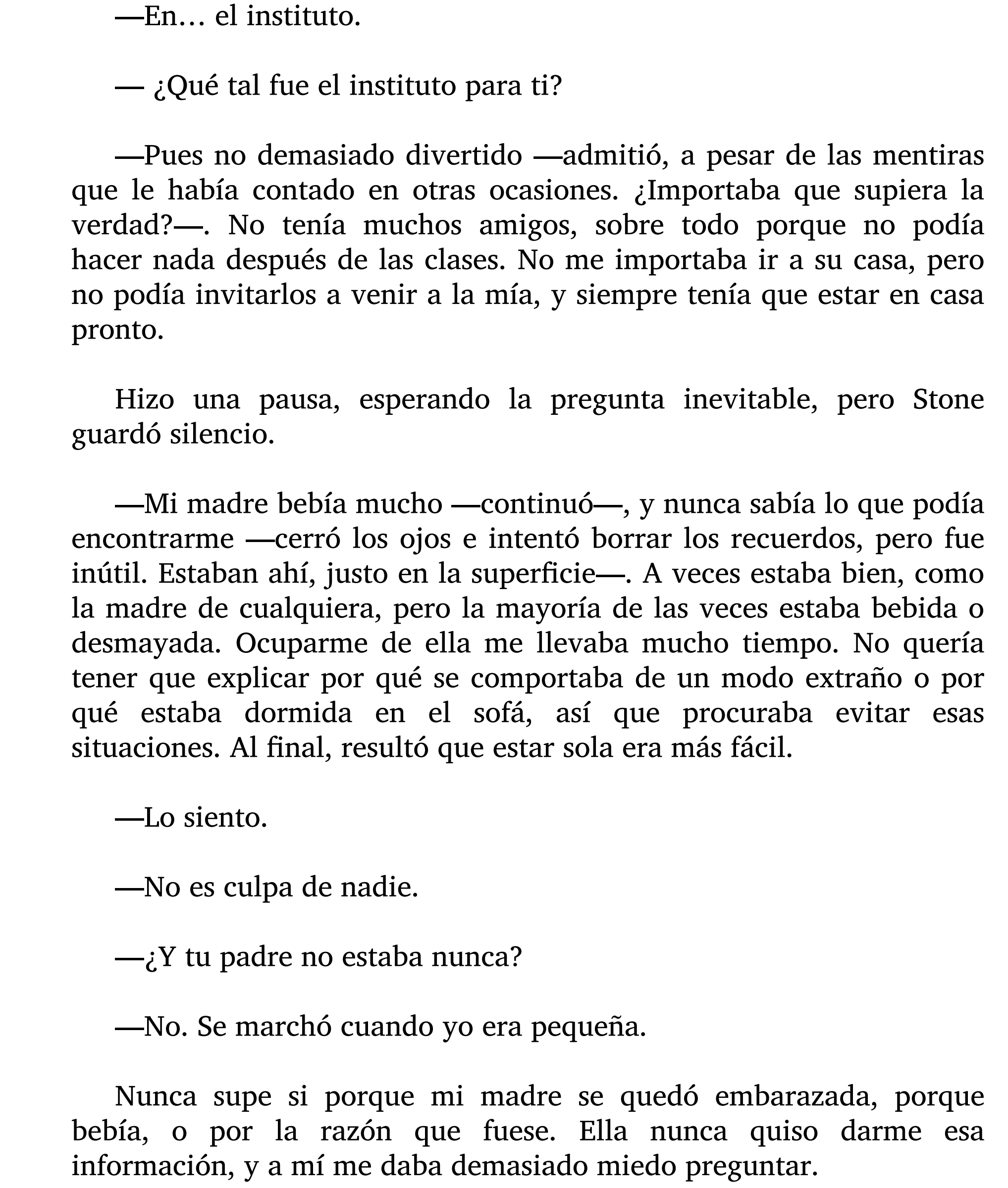
Desde que había conseguido deshacerse de las muletas y moverse con más facilidad, ocupaba el sofá cada vez que él venía a verla. Aunque no podía verlo mejor porque la oscuridad seguía siendo la misma, le gustaba pensar que eran una pareja normal en una cita.

Le gustaba su presencia. Estaban lo bastante cerca para percibir el olor de su colonia, o para que apoyase la mano de vez en cuando en su hombro cuando quería explicar algo. Le gustaba que, cuando hablaban de libros o de política, él se inclinase hacia delante, como si pretendiese convencerla de que viera las cosas como él. A veces le llevaba la contraria sólo para tomarle el pelo. Le gustaba todo de él. Era como volver a estar enamorada como cuando lo estaba en el instituto.

—¿Cathy?

—Ah… lo siento. Estaba distraída —enrojeció. Menos mal que no

podía verla—. ¿Cuál era la pregunta?



—¿En qué estabas pensando?

¿Qué pensamiento elegir?

—En… el instituto.

— ¿Qué tal fue el instituto para ti?

—Pues no demasiado divertido —admitió, a pesar de las mentiras que le había contado en otras ocasiones. ¿Importaba que supiera la verdad?—. No tenía muchos amigos, sobre todo porque no podía hacer nada después de las clases. No me importaba ir a su casa, pero no podía invitarlos a venir a la mía, y siempre tenía que estar en casa pronto.

Hizo una pausa, esperando la pregunta inevitable, pero Stone guardó silencio.

—Mi madre bebía mucho —continuó—, y nunca sabía lo que podía encontrarme —cerró los ojos e intentó borrar los recuerdos, pero fue inútil. Estaban ahí, justo en la superficie—. A veces estaba bien, como la madre de cualquiera, pero la mayoría de las veces estaba bebida o desmayada. Ocuparme de ella me llevaba mucho tiempo. No quería tener que explicar por qué se comportaba de un modo extraño o por qué estaba dormida en el sofá, así que procuraba evitar esas situaciones. Al final, resultó que estar sola era más fácil.

—Lo siento.

—No es culpa de nadie.

—¿Y tu padre no estaba nunca?

—No. Se marchó cuando yo era pequeña.

Nunca supe si porque mi madre se quedó embarazada, porque bebía, o por la razón que fuese. Ella nunca quiso darme esa información, y a mí me daba demasiado miedo preguntar.

Cathy apretó los dientes. Había dicho demasiado. Stone estaría sorprendido o escandalizado. Se llevó la rodilla sana a la barbilla y la rodeó con los brazos.

—Mi niñez fue diferente —dijo él—. Crecí en una casa bonita. Había bastante dinero, pero poca atención. No es que me descuidaran, pero creo que no se acordaban demasiado de mí. Siempre que obedeciera las reglas y al ama, me dejaban en paz.

Estiró los brazos sobre el respaldo del sofá. Sus dedos estaban a escasos centímetros de su hombro.

—Era bastante popular en el instituto —dijo, encogiéndose de hombros—. Afortunadamente no resultó ser mi mejor momento. Siempre he sentido lástima por la gente cuya mejor edad fueron los diecisiete años.

—Seguro que tenías montones de novias —bromeó.

—Montones no, pero sí las suficientes.

No podían haber sido más distintos. Ella jamás había tenido un novio. Su única experiencia romántica consistía en haberse emborrachado en una fiesta el último año de instituto y jugar a un juego en el que había que besarse.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—No; sólo Evelyn. Ella fue mi mejor amiga desde primaria. Al final terminamos casándonos.

Cathy sintió que el estómago se le encogía al oír el nombre de la otra mujer, y se dijo que el hecho de que confiase en ella lo bastante para compartir los detalles de su vida era una buena señal, ¿no? Pero ella no se sentía bien. Si al menos pudiera ver la cara de Stone y saber qué estaba pensando…

—Una historia preciosa.

—Sí. Murió hace tres años. Todavía la echo de menos —su tono de voz no revelaba nada, pero antes de que Cathy pudiera insistir en ello, cambió de tema—. Pero el pasado es el pasado. Hablemos del futuro. De mañana, en concreto.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que llevas encerrada dos semanas en esta casa y supongo

que debes tener ganas de salir, al menos un rato.

Cathy parpadeó.

—La verdad es que no lo había pensado —y era cierto. La casa era tan grande que era difícil sentirse encerrada. Pero de pronto, se le ocurrió una desagradable posibilidad—. ¿Quieres que me vaya? Al fin y al cabo, llevo ya dos semanas aquí. Lo siento. Debería habérseme ocurrido. Has sido muy amable y yo…

Él posó un dedo sobre sus labios para hacerla callar, y el gesto fue más efectivo que una mordaza.

—Basta. No pretendo deshacerme de ti. Ya te he dicho que me gusta tu compañía, pero como me ha dicho Ula esta mañana, llevas dos semanas sin salir, y si hay algo que quieras hacer, o alguien a quien quieras visitar, estaré encantado de poner el coche y el chofer a tu disposición.

El contacto de su dedo era suave y cálido. Casi podía saborear su piel. El pulso se le aceleró, al igual que la respiración. Con aquel roce él no pretendía más que llamar su atención, pero para ella fue un gesto íntimo y muy especial. Cuando bajó la mano, tuvo que contener un gemido de protesta. Menos mal que estaban a oscuras, se dijo mientras se lamía los labios intentando encontrar la prueba de que de verdad la había tocado.

—Te lo agradezco —le dijo, intentando quitarse de la cabeza aquellos pensamientos. La verdad es que no había ningún sitio al que quisiera ir—. No creo que…

—Insisto.

Insistía. Genial. ¿Y ahora qué?

—Estoy segura de que podría conducir yo misma —empezó, pero un gesto de su cabeza la detuvo. Sabía lo que iba a decir: que no estaba en condiciones de conducir—. Gracias —dijo al fin, intentando inyectar a su voz un entusiasmo que no sentía—. Te lo agradezco.

—Haría cualquier cosa por ti.

Cathy se quedó mirando la oscuridad. Ojalá fuese cierto.

—¿Qué planes tiene para hoy? —preguntó Ula mientras le servía otra taza de café.

—No estoy segura. Stone me ha dicho que puedo utilizar su coche durante todo el día, y he pensado que debería dar una vuelta por mi casa.

Lo cual le tomaría al menos dos horas, teniendo en cuenta el camino de ida y de vuelta, pero no quería volver tan pronto que él pensase que su vida era tan increíblemente aburrida que no podía llenar unas cuantas horas fuera de casa.

Ula se sentó frente a ella. Cathy llevaba casi una semana desayunando con el ama de llaves. No es que la mujer fuese demasiado abierta, pero iba acercándose a ella poco a poco. Y Cathy estaba fascinada por su perfecta educación en cualquier momento.

—Tengo una sugerencia que hacer —dijo—, siempre que no le parezca que me estoy entrometiendo.

—Entrométase, por favor —le rogó—. Lo único que se me ha ocurrido hacer es ir al cine, pero no me hace demasiada gracia ir sola.

—Conozco una peluquería muy buena en la zona oeste. Hacen verdaderas maravillas con el pelo, y he pensado que quizás le gustaría cambiar de estilo en el pelo. Sería divertido.

Cathy sabía que el ama de llaves tenía buenas intenciones. A su modo estirado y algo áspero, Ula le mostraba amistad. Aun así, la crítica implícita de su comentario le dolió. El pelo castaño le llegaba hasta la mitad de la espalda, y lo mejor que podía decir de él era que se mantenía limpio con facilidad.

Empujó los pequeños trozos de fruta de la macedonia por el plato mientras intentaba encontrar la forma de contestar.

—Lo siento —dijo Ula—. No pretendía… es sólo que le ha ido tan bien con la dieta y los ejercicios. Es una mujer preciosa, pero no hace nada para acentuar sus cualidades. No sé si es porque piensa que no merecen la pena o porque no sabe qué hacer.

Cathy la miró a los ojos.

—Yo no soy preciosa.

—¡Vamos! Tiene una piel perfecta y unos grandes ojos verdes.

—No son verdes —siempre había deseado que lo fueran—. Son una especie de color barro.

—Con el pelo y la ropa adecuada, el verde resaltaría. Tiene una sonrisa que ilumina la habitación, y es lista y divertida. ¿Por qué no reconoce su valía? Siéntese erguida. Entre en una habitación como si tuviera pleno derecho a estar allí. No tenga miedo.

Sus comentarios hicieron que Cathy se irguiera en su silla, pero del resto no estaba tan segura. El comentario de Ula había sido sorprendente. ¿De verdad pensaría que tenía todo ese potencial? Con dos dedos, tomó un mechón de pelo.

—¿Qué clase de corte?

Ula sirvió otra taza de café para cada una.

—Algo a capas. Las capas le darían más volumen. Puedo llamar al dueño de la peluquería ahora mismo y ver si puede hacerle un hueco.

Dos horas más tarde, Cathy estaba cubierta por una capa de vinilo púrpura y se miraba en un amplio espejo. Ernest, un hombre de mediana edad dueño del salón, estaba detrás de ella.

—Los setenta se terminaron hace mucho —dijo—, y el pelo largo y liso desapareció con ellos. Un corte —su tono era seguro—. Algo de color, quizás un poco caoba con algún toque de miel para dar calor a las facciones.

Él estaba ya medio calvo, pero el pelo que le quedaba iba recogido en una coleta, y los pendientes brillaban en ambas orejas.

—Ula me ha hablado del incendio y de la operación —dijo, apoyando las manos en sus hombros—. Pobrecilla, has debido pasarlo fatal. Pero hoy vamos a ponerte guapa. ¿Quieres una revista mientras esperas?

—Eh… sí, gracias.

—Yo me ocuparé de todo —dijo, sonriéndole en el espejo—. Confía en mí, cariño.

Cuatro horas después, Cathy se encontró de nuevo en la misma silla, mirándose en el mismo espejo. Emest casi había hecho magia.

—¿Te gusta? —preguntó.

Su pelo caía en suaves capas hasta la altura de los hombros. Los reflejos rojizos y color miel extraían el verde de sus ojos y hacía brillar su piel. Selena, Marta o cualquiera de las otras mujeres, era imposible diferenciar las porque iban todas de negro y eran increíblemente guapas, la había maquillado. No mucho; sólo lo justo para realzar los pómulos y la boca. Cathy sonrió.

—Me gusta mucho.

—Bien. Entonces tendrás que concertar una cita para dentro de seis semanas. El corte hay que retocarlo cada seis semanas, y el color, cada doce. Se necesita tiempo para estar guapa, pero merece la pena.

Cathy lo siguió hasta la recepción, donde concertó una cita para el corte y ni siquiera parpadeó al anunciarle el total que iban a cargarle en la tarjeta de crédito. Era la primera vez que hacía algo así en toda su vida. Nunca había creído que mereciese la pena.

Al dar la vuelta para salir, se vio a sí misma en el espejo de la entrada y tuvo que sonreír. Caminaba más erguida, y no porque Ula se lo hubiera sugerido, sino porque se sentía mejor consigo misma. Sabía que había perdido unos cuantos kilos; no muchos, pero lo bastante para que la ropa le quedara grande. Siempre llevaba prendas holgadas con la esperanza de que disimularan su exceso de peso, pero ahora aquellos viejos vaqueros casi se le caían. Un par nuevo no estaría mal. Quizás pudieran pasarse por ese almacén de ropa asequible en el que solía comprar antes de volver a casa de Stone.

Al acercarse al brillante BMW que la esperaba aparcado en la curva, tuvo que echarse a reír. Un flamante cochazo la llevaba por la ciudad, y de vuelta a la fabulosa mansión en la que vivía, quería pasarse por una tienda de saldos. ¿Qué era lo que no encajaba en aquella imagen?

Cathy subió todo lo deprisa que pudo las escaleras de la entrada. Sonreía de alegría y felicidad. La compra había ido tan bien que llevaba los vaqueros nuevos puestos. ¡Una talla más pequeña!

Se encaminó a la cocina para compartir su nuevo aspecto con Ula, pero de pronto, cambió de opinión y subió la escalera. Quería que Stone la viera. Al fin y al cabo, la última vez que la había visto a la luz del día estaba en el hospital, lo cual no debía haber sido una imagen halagadora.

Como siempre, la puerta de su despacho estaba cerrada. Cathy dudó. ¿Qué pensaría de su nuevo corte de pelo? ¿Le gustaría? ¿Le parecería una estupidez que quisiera compartirlo con él? Quizás si esperaba a la noche…

—¡Basta! —Se dijo en voz alta—. Hazlo o no lo hagas, pero deja de darle vueltas.

Decidida, llamó a la puerta y entró.

—Stone, siento molestarte, pero Ula me sugirió esta mañana que me cortase el pelo y he ido a…

Fue justo al mirarlo cuando se dio cuenta de lo que había hecho. Con toda la excitación del día, simplemente había olvidado que nunca le había visto a la luz. Y que había una buena razón.

Estaba junto a la ventana. Las cortinas estaban descorridas y la luz brillante de la tarde inundaba la habitación. Él se volvió y sus ojos se clavaron en ella. Cathy se dijo que debía disculparse, salir corriendo de allí o lo que fuera, pero lo único que pudo hacer fue quedarse inmóvil, clavada en el suelo, mirándolo.

Capítulo 7

Las cicatrices estaban en su mejilla izquierda. Cathy tuvo la impresión de ver unas líneas gruesas y rojas que quebrantaban su piel desde el pómulo a la mejilla antes de que Stone se las cubriese con la mano al mismo tiempo que se daba a vuelta.

Cathy se quedó sin respiración. No por que su desfiguración fuese mayor de lo que se había imaginado, sino porque su perfil desde el lado derecho era increíblemente atractivo.

Tenía el pelo oscuro y un poco largo, la nariz recta, la boca bien formada y los ojos de un tono de azul grisáceo muy poco corriente. Podría haber sido modelo, o galán de película. Era alto y delgado. Ula le había comentado que no comía demasiado, así que su delgadez no le sorprendió demasiado.

Sabía que debía decir algo, y eso le hizo enrojecer. Quería mostrarle su nuevo corte de pelo y su maquillaje, pero ¿para qué? Aun con las cicatrices, era un hombre increíblemente atractivo. Atractivo e increíblemente rico. ¿Qué iba a ver en alguien tan insignificante como ella?

El estruendo de su sueño al romperse fue tan audible como el romper de las olas contra el acantilado. Se sentía ridícula. Durante todo aquel tiempo, había creído significar algo para él, cuando en realidad había sido sólo amable con ella. Debía despreciarla.

—Son malas, ¿eh? —dijo él—. Te he dejado muda. No debería sorprenderme.

Primero pensó que estaba enfadado, pero luego se dio cuenta de que estaba tan azorado como ella, aunque por diferentes razones. Y en lugar de huir, su dolor le importó más que el propio y, cuadrando los hombros, se acercó a él.

—Son sólo cicatrices, Stone, y si quieres que te sea sincera, creía que eran mucho peores.

Se dio la vuelta hacia ella pero no completa, como si quisiera ocultarle aquel lado de la cara. Cathy suspiró y su corazón voló a su lado.

—¿Peores? ¿Me creías el hombre elefante, o algo así?

—Eso no es nada comparado con dónde había llegado mi imaginación —se detuvo delante de su mesa—. No quería molestarte., Stone. Es que he entrado aquí sin pensar. Si quieres que me vaya, dímelo.

Stone la miró a hurtadillas. No sabía lo que quería. Ahora que Cathy estaba allí, no quería que se marchase. Pero tampoco quería que lo viera. Pero desgraciadamente, era demasiado tarde ya para eso.

—¿Por qué has venido a verme? —preguntó, como si la razón fuese significativa.

Cathy se mordió un labio.

—Te va a parecer una estupidez, pero me he cortado el pelo y quería que lo vieras.

Y agachó la cabeza como si esperase castigo por su confesión. Eran una pareja lastimosa. Por lo menos quizás pudieran curarse las heridas el uno al otro.

—Quédate, por favor.

Cathy levantó la cabeza.

—Sólo si estás dispuesto a mirarme.

Sabía bien a qué se refería. A veces, mirar a alguien era lo más duro que había hecho en su vida. La brillante luz de la tarde no ofrecía sombra alguna en la que protegerse. Además, no habría tenido sentido intentarlo. La intención de Cathy estaba clara.

Se acercó a su mesa y tomó asiento, al tiempo que la invitaba a hacer lo mismo.

Cathy hizo lo que le pidió y se miraron el uno al otro. Cathy fue la primera en sonreír.

—Estoy muy nerviosa. ¿Y si no te gusta mi corte de pelo?

Su comentario, tan inesperado, rompió la tensión entre ellos y

Stone se recostó en su silla.

—Pues estarías metida en un buen lío. Entonces miró con atención su pelo. Era distinto a lo que había visto en el hospital. Recordaba mechones castaños y lisos. Durante las sesiones de terapia, la melena se le partía a la mitad y caía hacia delante, tapándole la cara. Pero aquel estilo dejaba su rostro bien al descubierto, y las capas brillaban en un castaño intenso con reflejos rojizos.

Sólo había visto sus ojos en las sombras, pero no se había imaginado que eran verdes, no tan grandes, ni tan bonitos. Su piel era preciosa. Y había algo más distinto. Algo…

—Estás más delgada. ¿Has perdido peso? La sonrisa que le ofreció fue como si acabase de regalarle la mitad de las acciones de su empresa.

—Sí —contestó.

Stone recordó la obsesión de Evelyn por perder cinco kilos. Para él estaba bien, pero al parecer, Evelyn no había sido la única con ese problema.

—¿Te alimentas bien? Las mujeres se obsesionan con el peso. Nunca lo he entendido.

Cathy se dibujó una cruz sobre el corazón.

—Te prometo que como un montón.

—Ya.

No sabía qué decir.

—Me gusta —dijo, concentrándose en su corte de pelo—. El color es muy bonito. Te realza los ojos. Estás muy guapa.

Y Cathy enrojeció, pero no por temor. Su cumplido la había complacido.

Stone sintió de pronto algo desconocido. Una necesidad que no habría podido definir. Quería… ¿qué? ¿Decir algo adecuado? ¿Ofrecerle un…

Tocarla.

Quería tocar su pelo y saber si era tan suave como parecía. Quería tocar sus mejillas, su cuello. Quería abrazarla y probar su boca mientras acariciaba la curva de sus caderas. Era tan increíblemente femenina e irradiaba tanta vitalidad… y él la deseaba.

El fuego lo sorprendió en su intensidad. En aquel mismo instante, habría podido poseerla, y en silencio se maldijo. Hacía tanto tiempo que no tenía una reacción de esa naturaleza que había empezado a pensar que esa parte de su cuerpo estaba muerta. Pero no, todo funcionaba a la perfección. El dolor era casi insoportable.

Tenía que mantener la calma. No quería delatar su condición. Su deseo la horrorizaría; le parecería un animal.

Cathy levantó la cara y lo miró.

—Quería preguntarte por el accidente, pero he pensado que quizás te molestase.

Casi se olvidaba de las cicatrices, de que era la primera vez que lo veía.

—¿Qué te ha contado Ula?

—No mucho —admitió—. Sé que tuvisteis un accidente de coche —no sabía muy bien hasta dónde debía llegar—. Sé que tu mujer murió y que tú saliste herido.

Su mujer. Aún le costaba pensar en Evelyn como su esposa. Para él, siempre sería su mejor amiga, su conciencia, su tabla de salvación. Cuando seguía sus consejos, las cosas le iban bien. Si los ignoraba, pagaba su precio. Incluso al final.

El dolor era un compañero ya familiar para él. Sabía que nunca dejaría de acompañarle. Nunca podría dejar de lamentarlo. Jamás pagaría por los pecados cometidos, aunque no por ello dejase de intentarlo.

—Habíamos estado en una fiesta —dijo—. Yo había bebido demasiado, así que conducía ella. Chocamos.

Lo recordaba todo a la perfección. Las palabras duras, las

acusaciones, su pregunta… ¿por qué?

—Se salió de la carretera —continuó, pero aquella historia no tenía sentido para él. Simplemente repetía lo que la policía le había dicho —. No saben si hubo otro coche implicado en el accidente y que se dio a la fuga, o si bien fue Evelyn quien perdió el control.

—¿Llovía?

—La noche estaba clara, pero era tarde.

Aunque no cabía la posibilidad de que Evelyn se hubiera quedado dormida. Estaban en plena discusión cuando se estrellaron. Eso lo sabía con toda seguridad. No habían solucionado nada. Evelyn, quizás la única persona a la que había querido, había muerto creyéndole un cerdo. Y lo malo es que tenía razón.

—Lo siento —dijo Cathy—. No debería haberte preguntado.

Él hizo un gesto que le quitó importancia a lo dicho.

—No pasa nada. El accidente ocurrió hace ya mucho tiempo, y no me importa hablar de él.

Otra mentira. Otra compañía habitual para él. Al menos aquella conversación había surtido el efecto deseado: la necesidad se había adormecido, junto con su manifestación física. Quizás ni siquiera había ocurrido.

El teléfono que había sobre su mesa sonó, y Cathy se puso en pie.

—Te dejo que atiendas la llamada —dijo, y salió de la habitación.

Stone atendió la llamada y después se quedó sentado en el despacho sin saber qué hacer. Cathy había visto su cara y no parecía repugnarle. Quizás pudiesen pasar más tiempo juntos.

El placer que experimentó ante aquella posibilidad no tenía nada que ver con el deseo. Era algo más seguro. Sólo le interesaba como amiga… como alguien a quien ayudar a rehacer su vida. Nada más.

Se levantó para acercarse a la ventana. El jardín estaba precioso aquella tarde de primavera. Los bancales estaban floridos y sus brillantes colores contrastaban con el verde del césped y de las hojas

de los árboles. Aquella casa parecía haber sido construida para enseñarla. A él no le había entusiasmado en demasía, pero a Evelyn le había encantado. La enorme mansión era completamente distinta a la caravana en la que ella había crecido.

Le habría dado la luna, de haber podido alcanzarla, ya que no había sido capaz de darle lo que ella quería de él. Había intentado ser un buen marido. Pasar tiempo con ella era fácil. Al fin y al cabo, se trataba de su mejor amiga. Pero eso no era suficiente. Era algo que no podía compensar el hecho de que él nunca la hubiera deseado del modo en que un marido debe desear a su mujer.

Cerró los ojos, pero era ya demasiado tarde para contener los recuerdos, que anegaron su cabeza tan inexorables como la marea. Recuerdos de su infancia juntos, de cómo estudiaban juntos los exámenes, primero en el colegio, después en la universidad. Sonrió débilmente al recordar lo mal que había asimilado que sus calificaciones fueran algo mejores que las de él.

Su sonrisa se desvaneció. Quizás el error había estado en no seguir los designios de sus padres. Un par de años después de graduarse en la universidad y de unirse a la empresa de la familia, sus padres le eligieron una esposa. Alguien adecuado, al menos en su opinión. Y él se había rebelado. Su única rebelión en una existencia cómoda y pacífica. Él quería casarse por amor, con alguien a quien pudiera respetar. Y en un impulso, se lo propuso a Evelyn.

Y en cuanto ella le dio el sí, lo supo. La verdad, escondida cuidadosamente hasta aquel momento, había iluminado sus ojos hasta conferirles una luz cegadora. No se había dado cuenta de cuándo se había enamorado de él, de cuándo los lazos de su amistad se habían transformado para ella en algo más. Y también en aquel instante, supo que el matrimonio iba a ser un error, pero era ya demasiado tarde. No habría herido a Evelyn por nada del mundo.

Y en lugar de herirla, la había matado.

El dolor empezó en los ojos y siguió por toda su cabeza. No había causa física que lo explicase. Sólo culpabilidad. Él no conducía, por supuesto, ni había sido la causa directa del accidente, pero todo eso no había hecho sino empeorar las cosas, porque su comportamiento había sido aún peor: la había traicionado.

—No —murmuró en voz alta, pero era ya demasiado tarde.

Se vio a sí mismo y a Evelyn el día de la boda. La felicidad de Evelyn le había rodeado con un halo casi visible. Aquella noche, sintió por primera vez su cuerpo bajo el suyo. Evelyn era dulce y bonita, con las curvas en su sitio justo, pero él nunca la había deseado. La primera vez había sido difícil, y después no había conseguido mejorar. Hacían el amor… lo suficiente, según él, pero en eso también se había equivocado, porque ella había percibido su desinterés y con el paso del tiempo, había acabado con la confianza en sí misma. Mientras ella hablaba de tener hijos, él intentaba encontrar la forma de decirle que aquello no iba a durar. No podía darle lo que ella se merecía. Pero dejarla ir significaba perder a su mejor amiga, y no podía imaginarse la vida sin ella.

Todo había quedado destruido aquella noche. Aquella maldita noche. Apretó los puños. Había bebido demasiado… no era una excusa, por supuesto, pero era todo lo que tenía.

Recordaba estar de pie en un rincón durante la fiesta. La esposa de uno de sus clientes se había acercado a él. La mujer, de la cual ni siquiera recordaba el nombre, era muy atractiva y evidentemente estaba interesada en él. Stone había sentido que sus hormonas reaccionaban como respuesta.

Sabía que era un error, una estupidez, una bajeza, pero se dejó llevar a una habitación contigua y cuando ella lo besó, él le devolvió el beso.

Lo único que había deseado en aquel momento era sentir un fogonazo de pasión. No. tenía intención de acostarse con aquella mujer, porque por mal que hubieran estado las cosas con Evelyn, no quería hacerle algo así. El beso no había sido memorable, pero sí había bastado para que se diera cuenta de que ya era hora de poner en claro sus sentimientos. Estaba engañando a su mejor amiga, y ella se merecía algo mejor, alguien mejor que él.

Había puesto las manos en los hombros de aquella mujer con la intención de separarla, y fue entonces cuando lo oyó. La exclamación de sorpresa. Luego vio a Evelyn de pie en la puerta, mirándolo.

Estaba tan bonita aquella noche… Llevaba su pelo rubio recogido en un moño y un vestido negro sin mangas que dibujaba todas sus curvas. Curvas que él no era capaz de desear. Ella lo había mirado como si lo viera por primera vez, y quizás fuese así. Jamás la había

traicionado antes, excepto la vez en que le pidió en matrimonio quizás.

Aquel momento la destruyó. Ahora lo sabía. De no haber estado discutiendo de vuelta a casa, no habrían sufrido el accidente.

—Evelyn —dijo en voz alta—. Lo siento. Pero la disculpa se desvaneció en el silencio de la habitación. Era demasiado tarde para eso. Evelyn había muerto y ni todas las disculpas del mundo conseguirían traerla de nuevo a la vida.

—El señor Ward me ha pedido que le pregunte si le gustaría cenar con él hoy —dijo Ula.

Cathy levantó la mirada del libro que estaba leyendo, en la biblioteca del primer piso, y durante un segundo se quedó muda, simplemente absorbiendo las palabras del ama de llaves.

—¿Que Stone quiere cenar conmigo? —graznó.

Ula sonrió.

—Eso es lo que ha dicho. A las siete, si le va bien.

¿Si le iba bien? Ni que tuviese la agenda a reventar.

—Por supuesto. Perfecto.

—Se lo diré. A las siete. En el comedor. Ula se marchó con la misma discreción con la que había entrado y Cathy se quedó mirando el lugar que ocupara antes.

—Cenar. Con Stone —musitó. Dejó el libro sobre la mesa que había junto al sillón de piel y se levantó. ¡Iban a cenar juntos, como si tuvieran una cita de verdad!

—No empieces —se advirtió—. Sólo está siendo amable. No es una cita.

Sabía que no lo era, pero dado que su experiencia en esas cosas era bastante precaria y se limitaba sólo a lo que había visto en la televisión y leído en los libros, no pasaría nada si fingía que lo era.

Siempre que él no lo supiera…

Miró el reloj. Eran casi las seis, y tenía que ducharse y vestirse. ¿Y qué se iba a poner? Un empleado de Stone había ido a su casa y le había traído la mayor parte de su ropa, pero no tenía nada que pudiera encajar para una cena con un millonario. Tenía su vestido verde, se dijo mientras subía las escaleras. Pero le quedaba un poco justo y le tiraba en la cintura y en el trasero.

—Estaremos sentados —murmuró—. Con un poco de suerte, no se dará ni cuenta.

Sacó el vestido del armario y lo miró, sabiendo que la única alternativa era una falda y una blusa que ya estaban pasadas de moda cuando se las compró.

Con un suspiro, se quitó la camiseta y los vaqueros nuevos para probarse el vestido.

Al acercarse al espejo, tiró de la tela en la cintura. Fue una tremenda sorpresa comprobar que le quedaba suelta. Inspiró profundamente. Su tórax se expandió, pero el cuerpo del vestido no se resintió por ello. Con cuidado, casi negándose a creer, se dio la vuelta y contempló su perfil. El vestido le caía perfectamente por las caderas y las nalgas. No había tiranteces ni pliegues.

—¡Genial! —exclamó, sonriéndose en el espejo.

La comida ligera y el ejercicio habían merecido la pena.

—Señor Ward, allá voy.

Una hora más tarde, Cathy entraba en el comedor. Ula había dispuesto una gran mesa con dos servicios. El cristal y la plata brillaban. Había encendido varias velas, pero aparte de eso, había poca iluminación.

Durante un segundo, Cathy se dejó creer que aquella era la cena romántica con la que había soñado en la ducha: Puede que Stone se hubiese enamorado de su transformación y…

«¿Dónde vas?» se preguntó. «Hay poca luz porque Stone teme

mostrar sus cicatrices. Eso es todo».

—Buenas noches.

Se volvió hacia la voz que provenía de la entrada al comedor. Había dejado a un lado sus vaqueros y la camisa informal por unos pantalones de pinzas y una camisa de vestir. Menos mal que se le había ocurrido ponerse aquel vestido, y menos mal que le quedaba bien.

—Hola —contestó, y el estómago se le llenó de mariposas.

Stone se acercó a la mesa y separó una de las sillas, y Cathy tardó un segundo en darse cuenta de que era para ella. Tragó saliva con dificultad. Había visto a los hombres hacer esas cosas en las películas, pero no en la vida real.

Cuando le sirvió una copa de vino blanco, no sabía si gritar de alegría o desmayarse en silencio. Ninguna de las dos opciones le hacía gracia, así que hizo lo mismo que Stone y alzó su copa.

—Por la amistad —dijo él.

—Por la amistad —contestó ella, y tomó un sorbo. El vino era suave y fresco, y le gustaba el picorcillo que le producía en la lengua. Había tomado vino en otras ocasiones, pero seguro que el envasado en cartón que traían a las celebraciones de cumpleaños en la oficina no tenía nada que ver con aquel.

Ula trajo el primer plato, una ensalada verde con una mezcla de vegetales. Cathy ya se había acostumbrado al sabor de la comida baja en calorías que le preparaba el ama de llaves y, sonriéndola, tomó el tenedor.

Mientras masticaba, miró a su alrededor. La enorme habitación estaba iluminada sólo por dos candelabros, pero pudo ver una mesa de bufé en la pared frente a ella y un armario para la vajilla en la otra. A sus pies, una alfombra oriental que debía costar más de lo que ella había ganado en los tres últimos años.

—Pareces muy seria —dijo Stone—. ¿Quieres compartir tus pensamientos?

—Es que estoy algo fuera de mi elemento aquí —confesó—. A

veces tengo la sensación de estar en uno de esos tornados de la televisión o algo así. Yo soy sólo Cathy Eldridge, de North Hollywood. ¿Qué demonios hago yo en tu mundo?

—Recuperarte del accidente.

Stone la había acomodado a su derecha para que no pudiera ver sus cicatrices. Saber que estaban allí no era distracción lo suficientemente fuerte. Su atractivo era mucho más poderoso.

—Este no es mi sitio.

—Por supuesto que sí. Eres mi invitada.

—No es tan sencillo. Sigo sin comprender por qué haces esto. ¿Por qué no estás enfadado conmigo? —Tomó un sorbo de vino con la esperanza de que el alcohol le diese valor—. Te he mentido.

—Ya hemos hablado de ello, y te he dicho que no me importa —se acercó a ella—. Lo digo de verdad Cathy. Lo comprendo bien, quizás mejor que otras personas. ¿Acaso crees que yo no he deseado poder esconderme tras una máscara? En cierto modo, incluso es algo que hago todos los días. Esta casa es mi refugio, pero también mi prisión.

—No tiene que ser así. Sí, tienes cicatrices, pero no son tan terribles. Es verdad que yo esperaba que fuesen mucho peores. Ojalá no te encerrases aquí de este modo. No es saludable.

—En cambio, esta ensalada sí —dijo, y apartó un champiñón.

—Estás intentando cambiar de tema.

—Es más que un intento. No te preocupes por nada —le dijo—. Limítate a aceptar que estás aquí. Yo estoy encantado de haber podido ayudar.

—Y vaya si lo has hecho. Te has portado maravillosamente bien conmigo.

Debió notar algo extraño en su voz porque se la quedó mirando.

—No. No me pongas cualidades que no tengo. La razón por la que me escondo es porque soy casi una alimaña.

—No digas eso. Es mentira. Eres un hombre amable, generoso y…

Stone cubrió su mano con la suya, pero el gesto no era romántico, ni siquiera amistoso, sino que lo hizo a modo de advertencia.

—Soy muchas cosas, pero ni amable ni generoso. Esto que llevo aquí no son sólo cicatrices —añadió, señalándose la cara—, no lo olvides. Puedo ser peligroso, y si no lo tienes presente, estarás corriendo un gran riesgo.

Capítulo 8

Cathy releyó la cantidad que aparecía en el visor de la calculadora, pero por mucho que mirase las cifras, la cantidad siempre era la misma. Quedaba muy poco en su cuenta. Vivir con Stone mantenía al mínimo sus gastos, pero aun así tenía que seguir pagando la hipoteca y los gastos de mantenimiento de la casa. Su salario no era muy alto, pero la baja temporal lo era aún menos. Siempre podía utilizar el dinero de sus ahorros, pero ni siquiera estaba segura de que aquella mísera cantidad pudiera cubrir las facturas que le quedaban por pagar.

Dejó la calculadora sobre la superficie de cristal de la mesa y decidió no pensar más en ello. Las facturas seguirían esperándola al día siguiente. Hacía una tarde preciosa, y quería disfrutar de la luz del sol.

Estiró los brazos y se volvió para mirar al mar. El agua resplandecía a la luz del sol.

Pepper había trabajado duro con ella en la sesión de terapia, y los músculos le dolían un poco. Ya no le importaba sudar o agotarse durante los entrenamientos, ya que los resultados eran cada vez más notables. No sólo la rodilla se estaba recuperando, sino también el resto de sus músculos. Afortunadamente su estómago se había acostumbrado también a las raciones de Ula y su cabeza había dejado de pedirle chocolate cada cinco minutos. Sabía que aún le quedaba mucho para alcanzar el peso deseado, pero cada vez se sentía mejor.

—Pareces un gato retozando al sol.

Se volvió y vio a Stone caminando hacia ella. Se movía con una gracia envidiable. Había algo muy masculino en su forma de moverse, en su cuerpo alto y delgado. Los vaqueros viejos que llevaba se ceñían a sus caderas y la camisa blanca que llevaba remangada dejaba al descubierto unos brazos torneados. Era la clase de hombre con que soñaban las mujeres, y ella no era la excepción.

Sacó del bolsillo unas gafas de sol, se las puso y se acomodó en una silla de mimbre frente a ella.

—Te he visto sentada aquí fuera —dijo, sonriendo—, y me ha parecido que estabas tan a gusto que he decidido hacerte compañía.

—No sabía que salieras durante el día —dijo, y de pronto deseó haberse arrancado la lengua de un mordisco—. Lo siento, Stone —añadió rápidamente—. No pretendía que sonase así.

—Lo sé. La verdad es que no salgo mucho, y cuando lo hago prefiero las sombras de la noche, pero como mis cicatrices no parecen importarte…

—Y no me importan. Me gusta estar contigo. Es decir, que lo pasamos bien juntos —corrigió enseguida—. Y la verdad es que ya no me fijo en las cicatrices. Además, no son tan terribles como tú piensas.

Ula apareció en la escalera y les preguntó si querían algo de beber. Stone aceptó por los dos, y Cathy aprovechó el momento para recomponerse. En su presencia se sentía insegura. A veces, cuando hablaban de política o de libros, conseguía olvidarse de los nervios y era ella misma. Pero cuando recordaba sus diferencias, el hecho de que él había ido a la universidad y que tenía un negocio de beneficios multimillonarios, volvía a trabársele la lengua.

Stone se relajó en su silla. Era una satisfacción verlo tan tranquilo con ella. Apenas había pasado una semana desde que viera sus cicatrices por primera vez. Desde entonces, habían ido pasando más y más tiempo juntos. Compartían todas las cenas y la mayoría de las comidas.

Ula apareció con sus bebidas. Cathy tomó un sorbo de su soda baja en calorías y Stone apuró la mitad de su vaso de té helado antes de señalar unos papeles que había sobre la mesa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

Ella arrugó la nariz.

—Pagar facturas. O intentarlo al menos. Estoy de baja hasta que vuelva a trabajar dentro de un par de semanas. Menos mal que la letra de la casa no es alta. Es una casita pequeña y mi madre no hizo más que una hipoteca sobre ella. Menos mal.

Habló con desenfado, no fuera Stone a pensar que le estaba pidiendo dinero.

Stone dejó su vaso sobre la mesa.

—¿Te ha dicho el médico que puedes volver a trabajar dentro de dos semanas?

Había ido a verlo a principios de semana y asintió.

—De hecho me dijo que podía darme de alta cuando quisiera. Ha sido mi jefe quien me ha dado el tiempo extra. Quiere que esté totalmente recuperada cuando vuelva —sonrió—. Eddie es un poco gruñón, pero tiene un corazón de caramelo.

—¿Es eso lo que quieres?

—¿Qué quieres decir?

—Que si quieres volver a trabajar.

No entendía demasiado bien la pregunta, y el corazón se le cayó a los pies. Quizás estaba intentando decirle que había llegado el momento de que se marchase. Al fin y al cabo, había recuperado bastante movilidad y el médico le había dicho que podía reincorporarse al trabajo.

Qué desilusión. Ojalá estuvieran todavía en la oscuridad y no hubiera visto su expresión. Pero era comprensible. Quería volver a estar solo en su casa. Debería habérselo imaginado antes.

—He pensado aceptar esas dos semanas más de descanso —admitió. Volver a su turno nocturno no era una idea precisamente atractiva—, pero no esperaré tanto para dejar de darte la lata. Has sido incluso demasiado amable conmigo, y no quiero abusar de tu hospitalidad. Es más, creo que debería haberme ido antes. Lo siento. Es que he estado tan bien aquí que simplemente no me había dado cuenta.

Se encogió de hombros y carraspeó. Tenía que reprimir las lágrimas hasta que estuviera sola.

—¡No! —exclamó Stone—. No te he preguntado eso para que tú entendieras que quiero que te marches. Más bien al contrario. Quiero que te quedes conmigo tanto como quieras. Por lo menos, hasta que estés preparada para volver al trabajo. Y no admito discusión al respecto.

—Yo… es que…

La verdad es que quería alargar el tiempo con él lo máximo posible. Su mirada oscura era tan intensa que llegó a la conclusión de que podía creerle. Al fin y al cabo, era un importante hombre de negocios, y no habría llegado a donde estaba si no supiera decirle que no a la gente.

—A no ser que prefieras marcharte —añadió Stone—. No eres mi prisionera.

—No, no —se apresuró a contestar—. Estaré encantada de quedarme. Gracias por pedírmelo. Eres muy amable.

—Hagamos un trato: tú deja de decirme que soy muy amable, y puedes quedarte a vivir aquí permanentemente si quieres.

Estaba de broma, pero por un momento disfrutó de creer que fuese verdad. Que las fantasías que poblaban sus noches eran realidad y que Stone sentía algo más que amistad por ella.

—Eres muy amable —dijo—, pero dejaré de decírtelo.

—Entonces, ¿trato hecho?

Cathy asintió.

—Tengo catorce llamadas que hacer —dijo, y apuró el té—. Gracias por hacerme compañía.

Dio la vuelta a la mesa y antes de que Cathy pudiera imaginarse qué iba a hacer, sintió que la besaba en la frente. Después, desapareció.

Cathy lo vio entrar en la casa. Sabía que tenía la cabeza en otra parte, en sus negocios o a cientos de kilómetros de allí; sabía que el gesto había sido amistoso; incluso cabía la posibilidad de que ni se hubiera dado cuenta de lo que hacía. Pero ella sentía la presión de sus labios en la cabeza y la forma en que había apretado su hombro al pasar. Atesoraría el recuerdo y aquella noche, antes de dormir, se divertiría con su fantasía, imaginando que aquella caricia había significado mucho más.

—Me lo has prometido —dijo Pepper dos semanas más tarde mientras plegaba su mesa.

Cathy sonrió.

—Lo sé, y lo he dicho en serio. Sé que tengo que trabajar al menos cinco veces a la semana. Cuarenta y cinco minutos de ejercicios aeróbicos y el entrenamiento de pesos.

—Tres veces a la semana es la frecuencia ideal para eso —le recordó—. Podrás bajar a dos, pero más adelante, ya que hasta ahora has hecho un trabajo estupendo y no querrás echarlo a perder, ¿verdad?

Cathy negó con la cabeza. Acompañó a la terapeuta hasta la furgoneta y la ayudó a guardar sus cosas. Pepper se volvió y la abrazó.

—Has trabajado mucho y se nota, así que puedes estar orgullosa de ti misma, ¿vale?

—Lo haré.

Cathy esperó a que la furgoneta se perdiera de vista y después subió las escaleras hasta la casa.

Se detuvo en el recibidor. La verdad es que no sabía muy bien qué hacer. Tenía que tomar unas decisiones importantes en su vida, porque llevaba ya seis semanas en casa de Stone y no podía esconderse allí para siempre.

—Ya es hora de actuar como una adulta —se dijo, y se sentó en el último peldaño con las rodillas pegadas al pecho.

Aunque le gustaría mucho quedarse allí y disfrutar de la vida de los ricos, no era posible. El trabajo la estaba esperando.

Cathy arrugó la nariz. No deseaba volver a su antigua vida, tan aburrida. Había avanzado tanto en las últimas seis semanas… comía bien y hacía ejercicio. Se sentía bien consigo misma. Dormía de maravilla, y como guinda, había perdido casi diez kilos y dos tallas. Un par de kilos más, y todo resuelto.

Su mundo había dado un giro hacia mejor, y no quería perder la

inspiración. No quería volver a lo que había sido antes. Pero nada de todo aquello contestaba la pregunta: ¿y ahora, qué?

La universidad no era una posibilidad. Quizás unas cuantas clases… si seguía con su turno de noche, podría asistir a clase por la mañana y dormir por la tarde hasta la hora de trabajar. Durante la noche tendría todo el tiempo del mundo para estudiar. Después de las doce, el servicio tenía poco trabajo, y a Eddie nunca le había importado que leyese, así que estudiar sería simplemente utilizar su tiempo de un modo más productivo.

—Está decidido —dijo en voz alta, poniéndose de pie. Pero en lugar de subir las escaleras, suspiró. No quería marcharse. No porque la casa fuese bonita, o porque hubiese alguien que se ocupara de cocinar y limpiar, sino porque no quería separarse de Stone. Le gustaba. Bueno, algo más: seguramente se había enamorado de él. En cuanto se marchase, él la olvidaría, pero ella no podría olvidarlo jamás.

Pero ya no podía quedarse allí por más tiempo. Estaba en condiciones de volver a trabajar y no tenía ni una sola excusa más para quedarse.

—Como he dicho antes —repitió—, es hora de ser adulta. Y mejor que me vaya yo a que tengas que echarme.

Subió la escalera y en el segundo piso, tomó la dirección de su despacho. La puerta estaba entreabierta, llamó y entró.

Stone levantó la mirada del ordenador y sonrió.

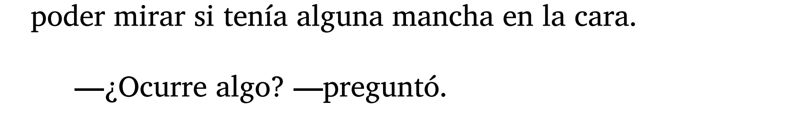
—Qué sorpresa. ¿Has terminado ya con Pepper?

—Sí, era nuestra última sesión. Me ha dejado instrucciones para que continúe con el programa de ejercicios y estoy decidida a hacerlo.

—Bien por ti —e hizo un gesto para que se sentara frente a él—. ¿Vienes sólo de visita? —preguntó.

—No. Tengo que anunciarte algo. Ya te he dado bastante la lata. Has sido muy generoso con tu casa y tu tiempo, pero necesito volver donde debo estar. Empiezo a trabajar el lunes.

Stone la miró con tanta intensidad que Cathy hubiera deseado



poder mirar si tenía alguna mancha en la cara.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Él sonrió, pero no fue más que le pálido reflejo de una sonrisa.

—No quiero que te vayas —dijo sin más.

Cathy parpadeó. ¿Habría oído bien?

—Pero es que ya no puedo seguir estorbándote.

—De eso, nada. Me gusta tu compañía —tomó un bolígrafo y lo hizo girar—. A veces esta casa es demasiado tranquila. No salgo mucho por razones obvias.

—No tendría que ser así.

—Esa no es la cuestión —le recordó—. Estamos hablando de tu marcha. ¿Estarías dispuesta a reconsiderarlo?

—Yo…

El corazón le latía desenfrenado en el pecho. ¿Qué le estaba diciendo? ¿Que de verdad iba a echarlo de menos? ¿Que había llegado asentir por ella lo mismo que sentía ella por él? ¿Que eran más que amigos?

—Stone, no sé qué decir —dijo, inclinándose hacia delante.

—Bien, porque todavía no te he hecho la oferta. Sé que tienes trabajo en el servicio de contestador, y eres muy buena en él. ¿Por qué no ibas a serlo? Eres una persona eficiente, incluso brillante, pero ese trabajo no supone ningún desafío para ti. Puede que me esté excediendo, pero creo que podrías ser mucho más.

Stone siguió hablando, pero ella no pudo oírlo. La creía brillante y eficiente. Genial. Una combinación de ordenador y perrito faldero.

Intentó que los sentimientos no se reflejasen en su expresión. ¿Por qué se habría hecho ilusiones? Había sido una estúpida. Stone no era como ella, y tenían muy poco en común. No la venía como una mujer, al menos no como una mujer que pudiera interesarle como pareja.

—Te estoy ofreciendo un trabajo —le oyó decir.

Eso llamó su atención.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—He dicho que te ofrezco un trabajo como ayudante personal. Hace mucho tiempo que necesitaba cubrir ese puesto. Quiero que sea alguien que actúe como nexo de unión entre la oficina y yo, que asista a reuniones y algún que otro viaje. Al principio puede que te sientas un poco como pez fuera del agua, pero creo que podrás hacerlo. Es más, estoy convencido de que serás muy buena.

—¿Un trabajo?

Stone frunció el ceño.

—Me gustaría de verdad que lo consideraras, Cathy, pero sólo si estás convencida de que es una buena oportunidad para ti. No pretendo insultarte, ni decirte lo que tienes que hacer.

—Lo comprendo —la cabeza le daba vueltas. ¿Un trabajo? ¿Con él?—. ¿Y querrías que yo hablase en tu nombre con la gente de tu empresa?

—Sí. Ahora mantenemos conferencias telefónicas, y seguiríamos con ellas, pero me gustaría que estuvieses allí como mi representante personal.

—No tengo estudios universitarios, y carezco por completo de experiencia en tu negocio.

—Ya lo sé. Tendrás que trabajar duro para ponerte al día. Es un reto y me gustaría que lo intentaras. Podríamos establecer un periodo de prueba de seis meses, tras el cual ambos evaluaríamos la situación.

Cathy apretó los dientes sólo para asegurarse de que no se quedaba boquiabierta. Aquello no era la declaración de amor que ella se había imaginado, pero sí un magnífico premio de consolación. ¿Trabajar con Stone? Sería excitante y diferente. Aprendería mucho. El horario iba a ser asfixiante, en eso no podía engañarse. Y ahora que hablaban de trabajo, todo en él había cambiado. Su postura era más rígida y su mirada más directa. Incluso su elección de palabras era más dura. ¿Podría soportarlo?

No estaba segura, pero sabía que no se lo perdonaría si dejaba pasar una oportunidad como aquélla.

—Creo que la idea tiene posibilidades —dijo, intentando un tono profesional.

Stone sonrió.

—Me alegro. Antes de que te decidas, tenemos que hablar de la logística. Preferiría que vivieras en la casa. Así estarías más accesible para mí. Estoy seguro de que podrías alquilar la tuya sin demasiada dificultad. De todas formas, si no te gusta la idea de vivir aquí, me gustaría que vivieras en otro sitio más próximo que North Hollywood.

¿Que quería que se quedara en su casa?

—Mm… no hay problema. Podría quedarme aquí.

—Bien. La empresa tiene un interesante paquete de beneficios sociales. Deberás concertar una cita con la directora de recursos humanos para hablar con ella directamente. Ahora sólo nos queda ponernos de acuerdo en el salario.

Stone le dio una cifra que la mareó. Iba a decirle que era demasiado, pero se tragó las palabras. ¿Qué sabía ella sobre cuál debía ser el salario del asistente personal del presidente de una importante compañía?

—Acepto.

—¿Es eso un sí?

Ella sonrió.

—Desde luego. Tienes razón en lo de que al principio va a ser una locura, pero quiero aprender y no me da miedo el trabajo duro. Soy honesta y alguien en quien se puede confiar, e intentaré dar un cien por cien todos los días.

Ahora sí que parecía un perro leal, pero ya no le importó. No sólo iba a quedarse con Stone, sino que iba a trabajar para él. Se ganaría su respeto.

—Lo notificaré a recursos humanos —dijo, se levantó y se acercó a ella. Cathy se levantó también y cuando él le tendió la mano, ella reaccionó por impulso y lo abrazó.

Incluso antes de llegar a rozarlo se dijo que no debía hacerlo, pero era ya demasiado tarde. Aun así intentó dar marcha atrás, evitar aquel momento, pero entonces sintió unas manos grandes y fuertes descansar sobre su espalda.

—Me gusta mucho más lo que has pensado tú —murmuró, e inclinó la cabeza hacia ella.

Aquel abrazo había sido algo espontáneo, un gesto de amistad sin preparar, y Cathy no tenía ni idea de lo que significaba para él aquel beso, pero cuando sus labios se rozaron, ya no le importó.

No tenía experiencia para compararlo con otros, pero a ella le pareció maravilloso. Stone no se movió mucho, ni intentó profundizar, pero para ella era suficiente estar en sus brazos, rozando sus labios.

Subió sus manos hasta sus hombros y los apretó, y en respuesta, él ladeó la cabeza y se acercó un poco más a ella. El aroma de su cuerpo la invadió, un olor limpio, masculino y quizás un poco peligroso.

Sus cuerpos apenas se rozaban y Cathy deseó poder sentirlo pegado a ella. En alguna ocasión había leído que el pecho podía doler de deseo y no lo había comprendido, pero en aquel momento lo entendió. Los senos le dolían. Incluso habría jurado que estaban inflamados, deseando sentirse apretados contra él. Una oleada de estremecimientos recorrió su cuerpo de pies a cabeza, alcanzando incluso aquel lugar secreto entre sus muslos. Pensó que…

Stone rozó su labio inferior con la punta de la lengua, e inmediatamente perdió la capacidad de pensar y la de respirar. Pero no le importó. Toda su energía, sus sentidos, estaban concentrados en aquel punto húmedo.

Stone volvió a acariciarla del mismo modo, como urgiéndola a acceder a sus deseos, y antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía, entreabrió los labios y él deslizó su lengua dentro.

Sabía mejor que el chocolate. No la atacó, ni dio la impresión de estar allí para localizar los puntos de interés de su boca, sino que se movió despacio, casi reverentemente, explorando con suavidad.

Seguramente el fuego era inevitable. Entre los estremecimientos, las chispas y Dios sabe qué otras sensaciones más, tenía la sensación de que de un momento a otro saldría ardiendo en llamas, de modo que cuando el calor abrasó su piel, ella simplemente se rindió y se apoyó contra él, obteniendo al fin lo que su pecho tanto deseaba. Pero el alivio fue muy breve porque al contacto con los planos duros de su pecho, sus pezones se endurecieron inmediatamente. Jamás había sentido algo así. No estaba segura de qué estaba ocurriendo ni de lo que significaba. Sólo sabía que no quería que Stone dejase de besarla.

Como si le hubiera leído el pensamiento, la abrazó con fuerza. Se había apoyado en él, pero Stone intentaba acercarla aún más. Era todo tan increíblemente perfecto… Sus cuerpos encajaban a la perfección, exactamente como se describía en algunos libros. Especialmente por la dureza que sentía contra su vientre. ¡Besarla había tenido en él ese efecto!

Debió emitir un sonido de placer, o indicar de alguna manera que algo había cambiado porque Stone se separó. Interrumpió el beso despacio, y tomó su cara entre las manos cuando separaba sus labios de los de ella.

—¡Guau! —exclamó Cathy sin pensar.

Afortunadamente él sonrió.

—Sí. Guau —y la sonrisa se desvaneció—. Lo siento. No suelo dar así la bienvenida a los empleados.

Sus palabras tuvieron el efecto de una ducha fría y Cathy se esforzó por no perder la sonrisa.

—Me imagino que a algunos chicos no les haría demasiada gracia —e hizo un gesto como quitándole importancia—. No te preocupes, Stone. Somos amigos, ¿no? Ha sido un beso muy agradable.

—Estoy de acuerdo. Y te prometo que no volverá a ocurrir.

Genial. Seguro que era de esa clase de hombres que regalaban batidoras y aspiradoras el día del cumpleaños. En fin… había sido una experiencia maravillosa que le daría mucho que pensar cuando estuviera sola en su habitación aquella noche. Mientras tanto, él nunca debería saber que las rodillas se le habían vuelto de gelatina y que los

senos le seguirían doliendo durante días.

Así que aquello era el deseo. Al menos había podido saber qué se sentía, ya que durante un tiempo había llegado a temer no experimentarlo ni una sola vez.

—Gracias por comprenderlo.

—Claro. No hay problema.

Salió de su despacho tras prometerle que cenarían juntos, y una vez en el recibidor, su buen humor desapareció y la confusión ocupó su lugar. ¿Qué había ocurrido exactamente? Si no quería hacerlo, ¿por qué la había besado de aquel modo?

—Menuda adulta estoy hecha —murmuró. Se sentía rara por dentro. Tensa y relajada al mismo tiempo.

Ahora trabajaba para él. Bien. Ya encontraría el modo de dejar a un lado lo ocurrido y trabajar para él. Quería aprovechar la oportunidad, y sería una idiota si la echaba a perder por dejarse atrapar por algo que, evidentemente, significaba cosas diferentes para ambos.

Stone le había dado las gracias por comprenderlo. Genial. El problema era que no lo comprendía. Y seguramente no llegaría a comprenderlo nunca.

Capítulo 9

Stone se acercó a su silla y se dejó caer en ella. Cada célula de su cuerpo le dolía por una necesidad que no podía controlar. Había deseado a mujeres antes, pero no recordaba haber sentido nunca aquel deseo incontrolable. Era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera la sensación de haberla tenido entre sus brazos y cómo el mundo había explotado por la pasión al besarla.

Qué idiota. Primero le pedía que trabajase para él. Una decisión inteligente. Al fin y al cabo, era una mujer brillante, enérgica y trabajadora. La forma en que había llevado su recuperación se lo había mostrado. Y además, tenía la sensación de que podía confiar en ella, y no había mucha gente de la que pudiera decirse lo mismo. Pero luego había tenido que echarlo todo a perder besándola.

Había sido por el abrazo. Algunas mujeres lo habían abrazado en otras ocasiones… bueno, siempre antes del accidente, aunque tampoco había tenido oportunidad de que ocurriera después, así que quizás hubiera sido esa la razón de que se descontrolase de aquel modo. El contacto inesperado con una mujer le había hecho vulnerable a las necesidades físicas, ya que, al parecer, aquella parte de él no estaba tan muerta como se había imaginado.

Inspiró profundamente. Había sido una reacción animal, una sensación física. Deseo o dolor, podían controlarse. Él tenía experiencia. Bueno, en controlar el dolor más que el deseo. Durante sus años de universidad, había tenido un rosario de novias más que encantadas de intimar con él, pero nada ni parecido a aquella necesidad. Su matrimonio con Evelyn había sido difícil por su falta de interés sexual, así que aquella experiencia con Cathy era territorio virgen para él, pero virgen o no, estaba decidido a conquistarlo.

Se empujó con un pie contra la mesa para darle la vuelta al sillón y quedar mirando a la ventana. El sermón estaba muy bien, pero el problema era que todo su ser seguía ardiendo. Parte del problema era que su cuerpo había presentido las posibilidades. Cathy había respondido al beso como si ella también sintiera la pasión que se había despertado entre ellos. Sin necesidad de cerrar los ojos, podía volver a aquel instante… abrazándola, besándola, cuerpos pegados, labios acariciándose…

No podía volver a hacerlo. Cathy tenía que quedar fuera de su alcance excepto como empleada y amiga. Tenía un corazón demasiado blando para él. Sólo veía las cicatrices externas, y eso no lo molestaba. No tenía la experiencia para poder saber que por dentro era poco menos que un monstruo, un caparazón vacío que había mentido y traicionado a la mejor persona de su mundo.

Si supiera la verdad… era un cobarde, porque no quería que la supiera. No podría soportar que lo dejara porque su vida carecería entonces de valor. El trabajo hacía tiempo que había dejado de ser un reto.

Así que no le contaría que se había casado con Evelyn por error, y que no había tenido la decencia de amar y desear a su esposa. Cómo al final, había permitido que le pillase en la traición y cómo por él, había muerto.

Tenía que ceñirse a su plan. Cathy se había recuperado físicamente y ahora, con aquel trabajo nuevo, podría también arreglar su vida. Después, tendría que dejarla marchar.

Dio la vuelta para quedar de nuevo frente a su mesa, presionó un botón del ordenador y volvió al trabajo, pero hubo de pasar casi una hora para que su cuerpo recuperase más o menos un nivel aceptable de normalidad y aquella noche, a pesar de una buena dosis de whisky, no consiguió dormir bien, y soñó que le hacía el amor a Cathy para despertarse cubierto de sudor y dolorido por la necesidad.

Cathy abrió las cortinas y contempló la mañana. Como siempre, el cielo estaba despejado y el océano ofrecía un profundo color azul.

—No tengo que marcharme —musitó con una sonrisa. Era demasiado maravilloso para ser cierto.

Mientras se duchaba y se vestía, preparó mentalmente una lista de todo lo que tenía que hacer. Había acordado con Stone que alquilaría la casa de North Hollywood, así que tendría que buscarse un agente que se ocupara de todos los trámites. Tenía también que recoger sus cosas, embalarlas y trasladarlas al pequeño trastero junto al garaje. Debería también buscar una oficina de correos cercana a donde pudieran remitirle el correo. Tantas cosas, pensó, feliz de estar ocupada.

Volvió al baño para maquillarse un poco. Era sábado, y empezaba a trabajar para Stone el lunes por la mañana. Pensar en un trabajo nuevo la asustaba un poco, pero estaba decidida a empeñarse en hacerlo lo mejor posible. Era una oportunidad perfecta, y no iba a desperdiciarla.

Sacó el colorete, se miró al espejo y se echó a reír. No necesitaba añadir color a sus mejillas. Ya lo tenía. Y su felicidad no era por el trabajo nuevo, sino más bien por aquel beso.

Con un suspiro, cerró los ojos e instantáneamente se trasladó a aquel momento en brazos de Stone. Su cuerpo empezó a temblar al recordarse tan cerca de él. Había sido el beso más increíble de toda su vida.

—No es que tenga mucho con qué comparar —dijo, abriendo los ojos.

Un par de besos en la universidad en aquellos tontos juegos, pero nunca había Salido con un chico. Siempre había sido tímida y algo solitaria, sobre todo por su madre. Era demasiado peligroso permitir que alguien se le acercase, así que había rechazado los pocos ofrecimientos que le habían hecho.

Pero ahora todo era distinto. El beso de Stone le había gustado y quería volver a repetirlo. Aunque eso era bastante poco probable, se dijo mientras se aplicaba el maquillaje. Iba a trabajar para él, y eso significaba que su relación sería puramente profesional. Ojalá encontrase una razón que pudiera explicar por qué no podía tenerlo todo.

Ula estaba en la cocina cuando Cathy entró.

—Buenos días —la saludó el ama de llaves, al tiempo que ponía sobre la mesa un plato de fruta en rodajas—. ¿Qué tal ha dormido?

—Fenomenal. ¿Y usted?

—Bien, como siempre.

Cathy tomó una rodaja de fresa.

—¿Se lo ha contado ya Stone?

Ula sirvió dos tazas de café y ocupó su sitio habitual frente a ella en la mesa. La cocina era grande, y los suelos y las encimeras brillaban a la luz de la mañana. Las ventanas daban al este y recibían toda la luz del sol. Plantas aromáticas crecían en una jardinera interior y varias plantas vigorosas y saludables colgaban del techo.

Los ojos de Ula brillaron por la curiosidad.

—El señor Ward no me ha dicho nada.

Cathy se inclinó hacia delante.

—No voy a marcharme. Stone me ha ofrecido trabajo como su ayudante personal. Empiezo el lunes, y me ha dicho que preferiría que me quedase a vivir en la casa —una buena dosis de su buen humor se desvaneció—. Espero que no le importe el trabajo extra que pueda suponer.

—Niña, se preocupa usted demasiado —Ula sonrió y dio unas palmadas en su mano—. Me alegro muchísimo. Nunca he podido entender por qué alguien tan brillante estaba encerrada en ese trabajo tan aburrido. El señor Ward es un jefe exigente, pero justo. Además, sospecho que ya se habrá dado cuenta de que su temperamento es el de perro ladrador pero poco mordedor.

Cathy se relajó en su silla. No se había dado cuenta de lo importante que era la opinión del ama de llaves hasta aquel momento. Ula no era una persona abierta y no dejaba entrever sus pensamientos, pero en las últimas semanas, Cathy se había dado cuenta de que su actitud se había dulcificado, y se alegraba de saber que contaba con su aprobación.

—Tengo mucho que hacer hoy —dijo Cathy, y le explicó lo del alquiler de la casa y de un apartado de correos.

Ula asintió.

—Quizás debería también comprarse algo de vestir. Todo lo que tiene le queda grande.

Además, supongo que el señor Ward querrá que vaya de vez en cuando a la oficina. Es uno de esos edificios enormes de cristal en la zona este, y todo el mundo se viste mucho allí.

Cathy no había pensado en ello.

—Tiene razón, Ula. Aún tengo unos cuantos kilos más que perder, pero podría comprarme un par de cosas de camino a casa. Hay un centro comercial que no está mal, así que me pasaré por allí —sonrió—. Gracias por la sugerencia.

—De nada. Su presencia en la casa le hará bien al señor Ward. Espero que a usted también.

—Pienso aprender todo lo que pueda.

Cathy sabía que la felicidad que sentía se le veía en la cara. Y no podía dejar de sonreír. Por primera vez en la vida, las cosas le iban bien.

—He leído el informe —dijo Stone por teléfono, y cuando Ula llamó a la puerta, le hizo un gesto para que entrase y dejara la bandeja del desayuno sobre la mesa—. Sí, ya sé lo que dice todo el mundo sobre las previsiones, pero yo no estoy de acuerdo. Creo que las acciones van a tener un precio de salida demasiado alto, y no voy a comprar. Esperaremos un mes y te apuesto lo que quieras a que ese precio se reduce al menos a la mitad. Entonces será cuando compremos —escuchó en silencio un par de minutos—. Bien. Si Johnson no está de acuerdo, que arriesgue su propio dinero, pero no el de mis inversores. No, no quiero hablar con él del tema. Ya —entonces Stone se dio cuenta de que Ula seguía en la habitación. Eso quería decir que tenía que hablar con él, lo cual era fuera de lo normal porque no solía interrumpir sus sesiones de trabajo—. Volveremos a hablar más tarde —dijo, y colgó—. Siéntate, Ula, y hablemos.

Ula se sentó frente a él. A pesar de su corta estatura, tenía una presencia formidable. Como siempre, su traje gris estaba perfectamente planchado e inmaculadamente limpio; no llevaba un solo pelo fuera de su sitio y su mirada era serena y firme. Habría sido una magnífica espía.

—No le va a gustar lo que tengo que decirle —anunció.

—A menos que me digas que te marchas, creo que podré con cualquier cosa que me digas.

—No, no me marcho. Me gusta mí trabajo. Se trata de Cathy.

Por alguna razón, sus palabras no le sorprendieron. Sabía que Ula había presenciado con interés el desarrollo de aquella peculiar relación.

—¿Qué le ocurre?

—Le ha ofrecido un trabajo —dijo, como si eso lo explicara todo.

—Lo sé. Como mi asistente. Necesito a alguien y ella es perfecta. Es brillante, digna de confianza y necesitaba un cambio.

—No tengo nada que decir en cuanto a que es un buen cambio para ella. Lo que yo cuestiono son sus motivos, señor Ward.

—Estoy intentando hacer lo correcto.

Ula lo miró con desaprobación.

—Está intentando enmendar el pasado y eso no está bien, señor Ward. Cathy no es Evelyn, y por mucho que haga ahora no va a conseguir devolverle la vida a su esposa.

Ula siempre hablaba con franqueza y aquella ocasión no era una excepción. Stone tuvo que tragar saliva para no mostrar sorpresa ni ponerse a la defensiva.

—Tan perceptiva como siempre, Ula —concedió—. Admito que hay ciertas similitudes entre la situación de Cathy y la de Evelyn, pero sé que son dos mujeres distintas. Nada podrá devolverme a Evelyn —ni consolarle por lo que había hecho—. Cathy sólo necesita un pequeño empujón en su vida, y yo puedo dárselo.

Ula se inclinó hacia delante.

—Señor Ward, tiene que pensar bien lo que está haciendo. Cathy es una joven encantadora, con todas las cualidades que ha descrito antes: brillante, trabajadora y alguien en quien se puede confiar. Es muy leal, pero también joven e inexperta. Para ella, usted es un hombre trágicamente romántico. Se enamorará de usted. Puede que ya lo esté. Entonces empezará a soñar sin saber que usted es incapaz de quererla, y eso le romperá el corazón y la obligará a marcharse. Sería

mejor que la dejase marchar ahora.

Las palabras de Ula lo sorprendieron profundamente. No quería pensar en que Cathy pudiera llegar a quererlo, porque él no quería amor. No quería sentir nada por nadie. Estar solo era mucho menos arriesgado.

—Estás exagerando. Somos amigos, nada más.

El recuerdo de aquel beso se entrometió, pero Stone lo apartó con determinación. Había sido un incidente que no iba a volver a repetirse.

—Sólo porque no quiera reconocer la verdad, no va a cambiar las cosas. No estoy diciendo que no deba quererla. Es usted un buen hombre en muchos aspectos, pero las cicatrices van mucho más allá de la mejilla, y los dos lo sabemos. Nunca será capaz de darle lo que ella se merece.

La verdad era tan fea como su cara. ¿Cuánto tiempo llevaría Ula viéndolo con aquella claridad?

—Cathy no es un juguete —continuó—. No puede jugar con ella hasta que se canse para después, tirarla a la basura. No creo que sea capaz de hacer algo así deliberadamente, pero es un problema potencial. Ha visto a Evelyn en ella, y quiere encontrar la forma de compensar lo que ocurrió antes.

—Estoy ofreciéndole una oportunidad, y sin ella, volverá a ese trabajo del servicio de contestadores que no puede llevarla a ninguna parte. ¿Es eso lo que quieres?

—¿Y qué pasará cuando se enamore de usted?

—No lo hará.

No podía. Él no era merecedor de ese amor, y no podía arriesgarse a sentir nada por ella. Había querido a Evelyn y, al final, él había sido la causa de su muerte.

Ula juntó las manos.

—No puede protegerla como si fuese la princesa de un cuento. No está bajo ningún hechizo y esto no es un castillo encantado. Necesita

saber la verdad. Lo merece. Al menos deje que sea ella quien elija.

—Ya ha elegido, y quiere trabajar para mí.

Ula lo miró en silencio y Stone se obligó a permanecer sentado cuando lo que necesitaba era pasearse por la habitación. Las palabras de su ama de llaves estaban dando en el blanco.

—¿Sabe la verdad sobre Evelyn?

—Sabe lo del accidente, si te refieres a eso.

—No. ¿Sabe que se culpa por lo ocurrido?

—En cierto modo.

—Ya. ¿Y sabe lo que sentía usted por su esposa?

—Sabe que estábamos muy unidos y que era mi mejor amiga.

Los ojos de Ula se oscurecieron demasiado y su expresión se endureció.

—Así que no va a decírselo.

—¿Decirle qué? Estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—¿Ah, sí? —Ula se levantó—. ¿Y qué hará cuando se enamore de usted? No creo que luego le dé las gracias por haberle destrozado el corazón, porque eso es lo que va a ocurrir, y los dos lo sabemos. Aunque quisiera hacerlo, usted no es capaz de quererla.

Y dicho esto, salió de la habitación.

Stone se quedó mirando la puerta y después volvió su atención al paisaje que tenía a la espalda. Por una vez, aquella extensión de mar y el cielo no fue un consuelo para él. Ula se equivocaba en muchas cosas. Aquello no era un cuento de hadas. No había castillo, aunque sí una bestia. Cathy era libre de entrar y salir a su antojo, y había decidido trabajar para él con los ojos bien abiertos. Le había ofrecido la oportunidad de su vida.

Y en cuanto a lo de enamorarse de él… no era posible. Él no era hombre capaz de inspirar esa clase de sentimiento. Era demasiado

retraído, estaba demasiado marcado para resultar atractivo para nadie.

¿Y el beso?, le preguntó una voz interior, pero él le restó importancia recordándose que había sido una reacción mezcla de gratitud y la unión de dos adultos que se encontraban en un momento determinado. Nada más.

Y eso tenía que ser cierto, porque Ula tenía razón en un punto importante: él no podría volver a correr el riesgo de amar.

Y volvió a su ordenador y empezó a trabajar, haciendo caso omiso de la quemazón que sentía en el estómago y que le dejaba en la boca un sabor sospechosamente parecido al de la culpa.

Capítulo 10

Cathy se detuvo junto a la puerta del despacho de Stone. A pesar de todo el tiempo que habían pasado juntos, estaba nerviosa. Seguramente porque aquel día era distinto. Había dejado de ser sólo una amiga, o alguien a quien él estaba ayudando a recuperarse del accidente. Aquella mañana era ya su empleada.

—Puedo hacerlo —susurró. Se había repetido aquella frase unas doscientas veces durante los últimos dos días. Hasta aquel momento no había logrado convencerse, pero terminaría por hacerlo. Alcanzaría el éxito porque la alternativa era impensable. El proyecto era demasiado importante para fallar.

Se pasó la mano por la parte delantera de sus pantalones. Se había comprado dos pares, junto con dos sencillas blusas y unos zapatos planos. Aquella ropa era completamente distinta a los vaqueros sueltos y las camisetas que solía llevar, y la combinación de alimentos bajos en calorías con el programa de ejercicios de Pepper hacían notar sus resultados. Entre eso y su nuevo corte de pelo, se sentía casi bonita, quizás por primera vez en su vida.

—Eso está bien —se dijo—, porque hoy voy a necesitar toda la confianza que pueda conseguir.

Llamó con firmeza a la puerta del despacho de Stone y entró.

Él ya estaba trabajando y al verla entrar, sonrió. Cathy sintió que el estómago se le contraía. Estupendo. Menudo comienzo. Cada vez que creía tener la situación bajo control, ocurría algo que lo cambiaba. Como en aquella ocasión, que sus nervios eran una mezcla de tensión del primer día y de recuerdos del beso que habían compartido.

—Buenos días —dijo él, y miró su reloj—. Apenas son las ocho, Cathy. No te esperaba tan pronto.

Ella se encogió de hombros.

—No estaba segura de a qué hora querías que viniera, y sabía que tú vendrías pronto.

Según Ula, apenas dormía. Y tampoco bebía ni comía mucho. El

trabajo era toda su vida, y ella había empezado a preguntarse si no se debería a que el trabajo era lo único en lo que podía confiar.

—¿Qué te parece si estableciéramos las ocho y media como la hora oficial de comenzar a trabajar? —sugirió, al tiempo que se ponía en pie—. Prefiero que te quedes hasta algo más tarde a que empieces temprano. Tengo gente en la costa este que se ocupa de la apertura del mercado, pero no la suficiente para cubrir las incidencias internacionales en el lejano Oriente. Por aquí.

Stone abrió una puerta lateral de su despacho y Cathy lo siguió a otra habitación.

—Trabajarás aquí —le dijo.

Cathy miró a su alrededor, admirada. La verdad es que no se había parado a pensar cómo sería trabajar para Stone, pero desde luego no se había esperado tener todo un despacho para ella sola.

Era más pequeño que el suyo, pero había un enorme ventanal y la vista era preciosa. Una mesa en forma de ele dominaba la habitación, y en el ala corta había un ordenador con impresora. En la pared más alejada había varios armarios para archivo, una fotocopiadora y un fax. Frente a la puerta por la que habían entrado, había otra puerta más.

—Por ahí se accede a la sala de conferencias —dijo él—. En caso de que necesites convocar una reunión aquí, resulta muy útil. Lo mejor sería que pudieras avisar a Ula con un día de antelación si necesitas que sirva una comida, pero aun así siempre se las arregla a las mil maravillas si ha de preparar algo sin previo aviso.

Cathy estaba boquiabierta, y la cabeza le daba vueltas. ¿Si ella quería convocar una reunión? Sí, claro; era algo que hacía todos los días. Montones de reuniones de ella y su ordenador portátil en el servicio de contestadores.

La duda la asaltó. ¿En qué había estado pensando? No sabía nada del mundo de las inversiones y de las finanzas. No podría salir de aquel callejón en el que se había metido, y Stone estaba loco si pensaba que iba a pasar la prueba sin estropearlo todo. Tenía que ser sincera con él y decirle que había cometido un error.

Pero no quería hacerlo. ¿Y si de verdad fuese capaz de hacerlo? ¿Y

si resultaba ser más lista de lo que pensaba, o el trabajo no era tan difícil? ¿Y si aquello era exactamente lo que pensaba, es decir, la oportunidad de su vida? No podía dejarla pasar. Quizás no volviera a presentarse.

—Empezaremos poco a poco —dijo Stone, acercándose al ordenador y dando una palmada sobre el monitor—. He pensado que esta mañana podrías contestar parte de mi correspondencia —sonrió—. Yo escribo mis propios memos y correspondencia electrónica, pero las cartas oficiales prefiero que me las hagan. Te he dejado algunas notas y ejemplos para que puedas ver el formato.

Y buscó entre los papeles que había dejado para mostrárselas. Cathy lo observaba. La camisa de color claro que llevaba realzaba su atractivo. Llevaba ya tanto tiempo con él que apenas notaba las cicatrices. Como siempre, verlo la dejaba sin respiración.

—No te lo he preguntado antes, pero ¿estás familiarizada con los ordenadores?

Cathy dio las gracias al cielo por haberse permitido el capricho de un ordenador portátil un año antes.

—Sí. Tenía un portátil, pero se achicharró en el incendio. Eddie lo ha llevado a reparar.

Se acercó a la mesa, se sentó y tras palpar el frontal de la máquina, encontró el interruptor y la puso en marcha.

—Bien —dijo Stone—. Cuando hayas terminado con las cartas, me gustaría que me organizases cierta información —señaló al montón de expedientes que había apilado en el suelo e hizo una mueca—. Ya sé que está hecho un lío. Llevo dos meses queriendo organizarlo, pero no he encontrado el tiempo. Me gustaría que diseñaras una hoja de cálculo con un archivo por cliente. No tengo ni idea de cuál puede ser la mejor forma de clasificar toda esa información, así que lo dejo en tus manos —miró a su alrededor—. Creo que eso es todo. Ah, hay un pequeño aseo al otro lado del vestíbulo. Ula se ocupa de que la nevera esté siempre llena. También hay café y tazas, y si quieres algo más, no tienes más que decírselo.

—Gracias, lo haré.

Stone volvió a sonreír.

—Entonces, te dejo manos a la obra.

Y se marchó.

Cathy se quedó mirando hasta que cerró la puerta entre los dos despachos y después se recostó en su silla y se cubrió la cara con las manos. ¿Y ahora qué? No tenía ni idea de por dónde empezar. Cuando se compró el portátil, la tienda en que lo compró le regaló un par de horas de formación para saber manejar los programas. Pero ¿una hoja de cálculo? Recordaba las instrucciones del profesor, pero sólo vagamente.

—Empieza con lo que sabes —se dijo—. Esto es un sí o un no, pero no hay soluciones intermedias. Bueno —y se enderezó en la silla—. Haré todo lo que pueda. Nadie puede pedirme más.

Tardó una hora en redactar las cartas e imprimirlas, quince minutos en buscar manuales de los programas y otro tanto en imprimir los sobres. Tras una rápida pausa para tomar café durante la cual descubrió que Ula le había dejado fruta fresca y un yogur desnatado, volvió a su despacho y se ocupó del montón de expedientes que había en el suelo.

La tarea resultó menos inaccesible de lo que se había imaginado. Diseñó una sencilla hoja de cálculo en la que podía almacenar la información que requerían las notas de Stone. Estaba concentrada con los datos de la tercera cuenta de cliente cuando la puerta que unía sus despachos se abrió y Stone entró.

—Pareces muy ocupada —dijo.

—Lo intento —y señaló el montón de expedientes que había colocado en un lado de la mesa—. No sabía si querías que te los llevase o debía esperar a que me los pidieras. No quería interrumpir.

—Buena idea —dijo mientras hojeaba las cartas—. Buen trabajo. Un estilo limpio.

Su elogio la subió por las nubes.

—¿Cómo has decidido hacer lo de estas cuentas? —preguntó, colocándose a su espalda para poder ver el monitor—. Mm…

Tomó el ratón y exploró la hoja de cálculo. Cathy esperó con la garganta cerrada y el estómago dando saltos. No era sólo por la proximidad de Stone, sino porque quería complacerlo con el trabajo.

—No se me había ocurrido clasificarlas de este modo —dijo—, pero me gusta. Es sencillo y claro. Tendré todo lo que necesite sin necesidad de ir recorriendo páginas. Bien hecho.

Cathy no pudo evitar sonreír.

—Gracias —rozó con el dedo los expedientes que le quedaban—. Tendré todo terminado hoy.

Él quitó importancia con un gesto de la mano.

—Ya terminarás mañana por la mañana. En recursos humanos insisten en que cada empleado nuevo cumplimente un montón de cosas. Puede que incluso haya un vídeo. La verdad es que no me acuerdo. Por otro lado está todo el montón de papeles que hay que rellenar para el ministerio, además de elegir el paquete del seguro que mejor te parezca.

—Como si fuera un trabajo de verdad —bromeó.

—Exacto —se sentó en la única silla que había frente a su mesa—. Hablando de trabajos reales, ¿qué tal se ha tomado Eddie tu marcha?

—No le ha hecho demasiada gracia, pero lo ha comprendido. Me dijo que si cambiaba de opinión, se lo dijera.

—Espero que no estés pensando en volver.

—Pues no, la verdad.

Ni en un millón de años.

Ula llamó a la puerta.

—He traído la comida. ¿Quieren pasar a la sala de conferencias?

Cathy miró su reloj. ¡Pero si habría jurado que había trabajado apenas dos horas! El tiempo había volado.

—No te importa acompañarme, ¿verdad? —preguntó Stone al

invitarla a entrar a la sala de conferencias.

—En absoluto.

Estar con él era siempre un placer para ella. Apenas tuvo tiempo de fijarse en la maravillosa vista que ofrecía el ventanal y en el mobiliario de madera oscura antes de que Ula le sirviera una deliciosa ensalada.

Stone llenó las copas con el té frío que les había traído en una jarra.

—Sé que no es asunto mío, pero de todas formas, te voy a preguntar.

—¿El qué?

—Es obvio que eres una mujer inteligente. ¿Por qué no fuiste a la universidad? ¿Por tu madre?

Cathy asintió.

—Cuando acabé en el instituto, estaba muy enferma, y tenía que ocuparme de ella. Estuvo en cama casi dos años, y cuando murió yo estaba agotada física y mentalmente, además de que tenía que pagar las facturas del médico, así que me puse a trabajar y dejé la universidad para los sueños —había tenido una vida solitaria, una trampa de la que no había conseguido escapar—. Poco a poco ese sueño fue haciéndose más lejano, hasta que un día me rendí, supongo.

Stone cubrió su mano con la suya.

—Tenemos un programa de asistencia para los empleados de la compañía —le dijo—, y en él se contempla el caso de los empleados que quieren ir a la universidad mientras trabajan. Cuando estés ya más familiarizada con tu trabajo y tus responsabilidades, creo que deberías informarte. Tienes mucho que ofrecer, y sería una pena que lo malgastases.

Cathy lo miró a los ojos. No sabía lo que había hecho para merecer su generosidad, pero se lo agradeció de todas formas.

—Gracias.

Y con eso bastó, porque Stone apretó su mano y la soltó, para proceder a ponerla al día en lo ocurrido aquella mañana en la bolsa. Cathy asintió y hasta fingió comprender de qué demonios estaba hablando.

Cathy llamó a la puerta.

—Adelante —contestó Stone.

Entró en su despacho con un montón de expedientes. Stone miró el reloj y vio que eran las tres y diez de la tarde. Solían mantener sus reuniones alrededor de las tres o tres y media.

—Has estado muy ocupada —dijo mientras ella dejaba los expedientes en la esquina de su mesa.

—Lo sé —contestó con una sonrisa—. Aquí tienes los detalles de la reunión —dijo, entregándole el primer expediente—. Max me los envió esta mañana. Se lee bastante bien, aunque la máquina sigue haciendo un ruido rarísimo. He llamado a los de asistencia técnica, y me han dicho que vendrán hacia las cuatro. Por otro lado, hay dos problemas de personal, ambos con ejecutivos, así que ahora son problema tuyo.

Dos expedientes más pasaron de la pila de ella a la de él. Stone se recostó en su sillón y entrelazó las manos bajo la nuca.

—Sigue, sigue.

—Es lo que pienso hacer, descuida, porque todo esto es para ti —otro expediente—. Esta es la investigación que he hecho vía Internet sobre la compañía que estás pensando adquirir. Su estructura es un poco frágil, pero no sé si eso es importante. Y esto es el informe del analista sobre TPO.

El último expediente pasó de su montón al de él.

Stone se echó a reír.

—Confiésalo, Cathy: cuando empezaste hace un mes, no sabías diferenciar el TPO de un modelo de lavadora.

Cathy se sentó en la silla que había frente a su mesa y sonrió.

—Tienes razón. Todavía no me he olvidado de la comida que compartimos el primer día. Tú no dejabas de hablar de la bolsa, y para mí era como si me hablases en arameo. Pero he estado leyendo todo lo que he podido. Un TPO es el primer ofrecimiento al público de una emisión de valores. Es cuando una empresa privada sale a bolsa por primera vez.

—Muy bien.

Pero su mejora en conocimientos no era el único cambio. Llevaba un vestido color crema que apenas le llegaba a las rodillas y que dibujaba perfectamente sus curvas, cuya contemplación solía dejarle a él en un estado bastante incómodo.

Empezaba a trabajar puntualmente a las ocho y media, pero se levantaba mucho antes. Solía verla salir de la casa hacia las seis y media para correr por los alrededores. Entre su nuevo corte de pelo, su renovada figura y la forma en que se maquillaba, había cambiado muchísimo en tan sólo tres meses. No quedaba ni rastro de la rolliza y triste joven que lo engañaba por teléfono.

—Me estás mirando sin pestañear —le dijo ella—. ¿Es que tengo algo entre los dientes.

—En absoluto. Sólo admiraba los cambios. Corres todos los días, ¿no?

Ella asintió con un ligero rubor.

—Le prometí a Pepper que no dejaría de hacer ejercicio. He perdido casi quince kilos y ahora utilizo la talla con la que siempre soñé —hizo una pausa y después se inclinó hacia delante, como confiando en él—. He estado pensando en ir a un gimnasio. Hay unos cuantos por aquí y quiero empezar a hacer pesas. Me gustaría tonificar los músculos un poco. Quizás trabajar la definición de los brazos.

Había ganado en clase y confianza, pero seguía siendo tan divertida como siempre. Le complacía haber tenido algo que ver en aquellos cambios. Su mundo se había abierto, y eso era lo que él pretendía. Curarla.

—Puedes utilizar mi sala de aparatos si quieres —le dijo—. Las

máquinas son muy sencillas, y si quieres puedo hacerte una demostración para que veas cómo funcionan.

Una lucecilla se encendió en sus ojos. Stone no sabía bien qué significaba, y no se atrevió a preguntar. ¿Afecto, quizás? Le gustaría que sintiera afecto hacia él, porque él ya lo sentía por ella. Trabajaban juntos y eran amigos, Ula se había equivocado. No había evidencia alguna de que Cathy se hubiera enamorado de él. Es más, Cathy lo veía como una combinación de hermano mayor y benefactor.

Ojalá sus propios deseos fuesen diferentes. Ojalá él fuese diferente. Ojalá la razón verdadera por la que no podía tener nada con Cathy fuese diferente.

—Gracias —dijo Cathy—. Me encantaría. Como está muy cerca, no tendré excusa para no ir, porque en el fondo, sigo siendo una perezosa.

—Todos lo somos. ¿Qué te parece si vamos hoy antes de cenar? A las seis, digamos.

—Perfecto —Cathy se levantó y salió hacia su despacho—. Allí nos veremos.

—En ese momento, me pareció una buena idea —murmuró Cathy entre dientes mientras subía la escalera hacia el tercer piso. Era la parte este de la casa, sobre el garaje, la que albergaba el gimnasio. Había tenido que preguntarle a Ula dónde estaba, y el ama de llaves, como siempre, había permanecido imperturbable mientras le daba las indicaciones.

Así que allí estaba ella, subiendo el último tramo de escaleras para hacer ejercicio con Stone. Las malas noticias eran que sabía perfectamente que el latido acelerado del corazón no tenía nada que ver con las escaleras. Hacía últimamente tanto ejercicio que unos peldaños no le afectaban, lo cual era al mismo tiempo buena y mala noticia. Después del tiempo que había transcurrido, era una lata que Stone siguiese afectándola de aquel modo.

O quizás fuese lógico. Pasaban parte del día juntos, compartían comida y cena. Charlaban sobre el mundo de los negocios, leían los mismos libros y de vez en cuando veían alguna película juntos.

—Es como estar casados, pero sin tanta parafernalia —se dijo alegremente. Pero también se perdían buena parte de lo bueno. Nada de amor, ni de sexo. Nada de compromiso.

Estaba segura de gustarle a Stone. Eran amigos. Él la consideraba una chica inteligente y buena compañía, pero ella quería más. Quería que sintiera algo por ella, porque ella lo sentía por él. Llevaba mucho tiempo sintiéndolo, y trabajar juntos había hecho crecer ese sentimiento. Pero estaba decidida a que él no lo averiguara. Sería demasiado humillante. ¿Y si sentía lástima por ella? La posibilidad le produjo un escalofrío. Mejor dejar las cosas como estaban.

Al llegar al descansillo del tercer piso, oyó música de rock que provenía del final del pasillo. La siguió y terminó entrando en una sala grande toda llena de espejos. Había varios aparatos de musculación sobre el suelo de madera. Había una cinta para andar y, en un rincón, una máquina de esquí de fondo. No era de extrañar que Stone estuviese en tan buena forma.

Él ya estaba allí, agachado delante de un equipo de música. Había cambiado los pantalones largos y la camisa por otros cortos y una camiseta. Cathy tiró de la suya, que le llegaba casi al borde de los pantalones de ciclista. Los fines de semana solía ir a nadar, así que tenía las piernas ligeramente bronceadas. Ahora utilizaba la talla que siempre había deseado y gracias al ejercicio, estaba en buena forma. Pero aquel hombre era Stone, e independientemente de las circunstancias, o de cómo fuera vestida, tenía la capacidad de hacerla sentirse inadecuada.

Él levantó la mirada y al ver su reflejo en el espejo, sonrió.

—Lo has conseguido.

Cathy se echó a reír.

—Esta sala está tan lejos que casi es otro país. He tenido que dejar migas de pan para encontrar el camino de vuelta.

—Yo te lo enseñaré.

—No me fío de ti —bromeó.

Él se levantó y se acercó a ella.

—Vamos, pequeñina, que voy a enseñarte cómo trabajan los chicos.

—No me hagas daño, y no te lo hagas tú tampoco —dijo, mirando todo aquel equipo.

—Eso jamás.

Al menos en eso, confiaba ciegamente en él.

—Empezaremos con pesas ligeras —dijo, acercándose a una máquina que parecía de tortura medieval—. Se trata de trabajar primero los músculos grandes, y después los pequeños. Mira, así es como funciona.

Y le hizo una demostración.

Cathy se acomodó en la posición que él le dijo.

—Lo difícil debe ser no mutilarse en un chisme así —comentó.

Pero no era tan difícil como parecía. Stone le iba enseñando los ejercicios. Después ajustaba el peso y el asiento para ella. Iban poco a poco. Cathy sentía cómo iban despertándosele los músculos y cómo protestaban por aquella actividad poco habitual. Stone era un profesor paciente, y debería estarle agradecida… y lo estaría… si dejara de tocarla.

Una mano en el brazo, sus dedos en la rodilla, una palmada en el hombro. Se estaba volviendo loca. ¿Cómo iba a poder concentrarse en lo que estaban haciendo? ¡Y el condenado iba casi desnudo! Los ojos se le iban a las nalgas, tan bien dibujadas por aquel pantalón corto, y a los músculos del abdomen que dejaba entrever la camiseta.

Hicieron un descanso unos treinta minutos después. Stone se acercó a un pequeño frigorífico que había en un rincón y sacó dos botellas de agua. Cathy la vació sin descansar hasta la mitad. Luego se acercó a la ventana.

Nunca se había asomado desde aquella parte de la casa. El mar quedaba detrás de ellos y de frente, árboles y un césped bien cuidado. En la distancia, otra gran propiedad.

Él se acercó y apoyó una mano en su hombro. Cathy no supo si desmayarse o gemir.

—¿Qué tal estás?

—Bien. Mañana será otro cantar.

—Date un buen baño esta noche. Te sentará de maravilla.

Genial. Ahora podía añadir a la lista de sus fantasías imaginarlo en una bañera. Si al menos ella fuese su tipo, tendría una oportunidad. Pero no era así. Stone era de esa clase de hombres que salían con mujeres que…

Frunció el ceño. Llevaba en su casa casi cuatro meses y que ella supiera, no salía con nadie. Evelyn había muerto hacía ya tres años. ¿Todavía no se había recuperado de su pérdida? Debía estar muy enamorado de ella.

—¿Vivías ya aquí con tu mujer? —le preguntó.

Él tomó un trago de agua y asintió.

—Evelyn fue quien encontró esta casa. Le encantaba. Cuando nos mudamos, fue ella quien la decoró. Había crecido en una familia muy modesta que vivía en una caravana, pero pasaba mucho tiempo en mi casa. Decía que llevaba años soñando con una casa perfecta, así que cuando compramos esto, ya tenía pensadas la mayoría de las habitaciones.

Cathy se sorprendió de no sentirse celosa por su relación con Evelyn. Seguramente porque aquella mujer era casi irreal. No se conocían, y no había rastro de ella en aquella casa.

—¿Dónde os conocisteis?

Stone se sentó en un banco de abdominales con al botella de agua colgando de una mano.

—Por cuestión de política, hubo un realojo de las caravanas en otra zona de la ciudad, y los niños vinieron a nuestro colegio. Una de esas experiencias de mezcla. Evelyn estaba a mi lado en clase, y yo me enamoré locamente de ella en el acto. Comíamos juntos, y el primer día del tercer curso ya éramos amigos —su mirada llegó a un lugar

que ella no podía ver—. Jamás dejamos de serlo.

—Me sorprende que tus padres aprobasen esa relación.

Stone se encogió de hombros.

—A mí, también. Pero siempre que hiciera lo que ellos esperaban de un heredero, no se metían en nada más. Es más, casi ni se ocupaban de mí. Evelyn fue mi verdadera familia. Después del instituto, fuimos juntos a la universidad, ella gracias a una beca. Era una mujer increíble. Tan brillante… No me dejaba pasar ni una.

Cathy se apoyó contra la pared. El amor era palpable en la voz de Stone, y eso le dolió un poco. A ella, nadie la había querido de esa manera. Ni siquiera sus padres.

—La echas de menos —dijo.

—Sí. Ahora ya lo llevo mejor, pero sigo echándola de menos. Era mi mejor amiga y llevábamos tanto tiempo juntos que cuando faltó, tuve la impresión de que el mundo no sería el mismo sin ella —se incorporó—. Jamás podré reemplazarla. Y no es que lo intente, pero era única.

Cathy asintió. El suyo tuvo que ser un matrimonio muy especial. Los años de amistad habrían añadido una dimensión más a su amor.

Terminó su botella de agua y la tiró a la papelera. Era una idiota. La amabilidad de él, sus sueños, incluso el cambio de circunstancias, no podrían cambiar la realidad. Estaba viviendo en un mundo de sueños.

Un sueño muy agradable, eso sí, y por el momento le bastaba. Estaba haciendo un buen trabajo y aprendiendo todo lo posible. Quería crecer como persona, pero todo tenía un precio, y para ella, ese precio era enamorarse de su jefe. Un hombre que seguía enamorado de una mujer que había muerto tres largos años atrás.

Capítulo 11

Cathy se detuvo al pie de la escalera. Como siempre, el corazón le latía más deprisa. Estaba empezando a acostumbrarse a la sensación. Trabajaba con Stone todos los días y se las arreglaba para actuar e incluso sentirse completamente normal. Pero en cuanto ocurría algo que rompía su rutina habitual, o salían de la cómoda relación empleada jefe, sus nervios se despertaban.

—No va a pasar nada —se dijo, apartándose el pelo de la cara. Se lo había cortado hacía poco y le encantaba cómo caía alrededor de sus mejillas. Después del corte, había pagado por una segunda lección de maquillaje e incluso se había comprado unos cuantos productos, y la práctica diaria le había otorgado la confianza suficiente para imitar lo que hacían los profesionales. El vestido era nuevo, una de las cosas que se había comprado para ensalzar su renovada figura.

Seguía saliendo a correr con regularidad, y unas cuantas semanas de pesas le habían ayudado a tonificarse.

Desde luego aquella época estaba siendo la mejor de su vida. Si conseguía acostumbrarse a ser permanentemente un manojo de nervios, todo iría bien.

Oyó pasos en el recibidor. Ula se acercó despacio a ella con algo largo y oscuro en las manos. El ama de llaves se detuvo delante de ella.

—Está muy guapa —le dijo, sonriendo.

—Es demasiado amable conmigo —contestó, ruborizada. Guapa era una exageración, aunque comparada con cómo era antes…

—Ese vestido es precioso.

Cathy se miró el vestido de punto color óxido que llevaba. Tenía manga larga y se le ceñía en la cintura y en las caderas. El escote delantero era pronunciado, y el de la espalda aún más, y el color realzaba los reflejos rojizos de su pelo y el verde de sus ojos.

—Gracias —dijo—. Me enamoré de él nada más verlo en la tienda. Nunca he tenido cosas así de bonitas y no pude resistirme.

—El señor Ward va a quedarse impresionado. Y con ese fin, tengo una contribución que hacer. Esta noche hace un poco de fresco, y he pensado que le podría gustar llevar esto.

Ula le mostró una maravillosa capa color verde caza. El forro era de seda y de un verde un poco más oscuro.

—Es preciosa, Ula, pero no puede prestármela. Es demasiado bonita.

La mujer se encogió de hombros.

—Yo nunca me la pongo. Además, hoy cumple veintinueve años y se merece algo especial.

Cathy quería protestar. Además, Ula ya le había preparado un pastel bajo en calorías que las dos habían compartido a la hora de la comida, y le había regalado un libro que sabía que quería. Pero no podía hablar, y no porque no supiera qué decir, sino porque tenía la garganta agarrotada por las lágrimas.

—Ha sido tan buena conmigo —dijo al fin.

—Qué tontería —dijo—. Y nada de llorar, o echará a perder el maquillaje. Además, empezaré a llorar yo, y no me gusta nada hacerlo, así que póngasela. A mí me arrastra, pero seguro que a usted le quedará perfecta.

Cathy tomó la prenda y se la colocó sobre los hombros. El forro de seda era suave y resultaba muy fresco contra el cuello y los hombros.

—Me siento como una princesa —dijo, y abrazó a Ula. Era increíble que al llegar aquella mujer le pareciese severa y fría. Ahora sabía que tenía un corazón cálido de bajo de una fachada de hielo.

—Páselo bien, Cathy. Y disfrute de su cumpleaños.

—Gracias.

La capa le daba la confianza que le faltaba para salir. Con un poco de suerte, Stone no se daría cuenta de que estaba nerviosa.

Salió a la noche. Eran poco más de las nueve. Cuando Stone la

había invitado a cenar fuera para celebrar su cumpleaños, sus dos únicas peticiones habían sido que fuera él quien eligiera el restaurante y que cenaran tarde. Comprendía que estuviera nervioso por salir, y dadas las circunstancias, su invitación lo había conmovido aún más. Ojalá pudiera convencerle de lo poco que significaban sus cicatrices para ella. Quizás si…

Un vehículo esperaba en la entrada circular de la casa y Cathy se quedó boquiabierta. Esperaba ver el BMW y a Stone al volante, pero lo que aguardaba era una limusina oscura y Stone de pie junto a ella.

—Pareces sorprendida —dijo con una sonrisa.

—Y lo estoy. Nunca me he subido antes a una limusina.

Stone abrió la puerta y la invitó a subir.

—Entonces, echa un vistazo. Son divertidas.

Mientras bajaba las escaleras, se recordó que aquello no era una cita, sino una cena con su jefe. Nada más. Pero al acercarse vio que iba vestido con traje y corbata, y el champán que les esperaba en hielo dentro de la limusina, y no pudo evitar hacerse ilusiones. No le cabía la menor duda de lo que iba a pedir al apagar las velas de la tarta.

Stone se acomodó junto a Cathy en el asiento de la limusina y abrió el champán. Quizás había exagerado un poco, pero no se había podido resistir. Sospechaba que en su vida anterior no había recibido demasiadas sorpresas agradables, y se merecía aquella y mucho más.

Llenó dos copas y le entregó una.

—Feliz cumpleaños.

Ella sonrió.

—Gracias, Stone. Has conseguido que esta noche sea muy especial.

—Pues todavía no ha empezado.

—Pero ya lo es.

A la luz tenue de la limusina, sus ojos parecían negros. Las sombras jugaban con las líneas de su rostro, realzando sus pómulos y sus

labios. La capa ocultaba sus formas, pero la había visto ya bastantes veces como para saber lo que su compromiso con el ejercicio y la dieta había conseguido. Siempre le había gustado, y siempre había disfrutado con su compañía; es más, siempre la había encontrado atractiva, incluso antes de que empezase con su programa de mejora, pero ahora había un brillo especial en ella. Él la admiraba antes porque sabía quién era por dentro; ahora cualquier hombre la desearía, basándose solamente en su aspecto.

Stone sintió algo primitivo despertar en su interior y tardó un instante en darse cuenta de que se trataba de los celos. Qué ridiculez. No había nadie de quien sentirse celoso. Además, a él Cathy no le interesaba en ese sentido.

Pero aquella mentira cada vez era más difícil de creer. Con estar cerca de ella le bastaba para excitarse. Pero ella no debía llegar a saberlo nunca. Primero por Evelyn, y segundo por ella misma.

—Hace una noche perfecta —dijo Cathy tras tomar un sorbo de su copa—. Mientras me vestía, me di cuenta de que se veían las estrellas desde la ventana de mi habitación.

Esa era la diferencia entre ellos. Ella, al mirar la noche, veía las estrellas, y él la seguridad y el refugio de la oscuridad.

— Tendremos que admirarlas cuando lleguemos al restaurante — dijo.

—No sales mucho, ¿verdad? Creo que no te he visto salir de casa desde que vivo en ella.

—Eso es cierto.

Cathy puso su mano sobre la de él.

—No tenías que hacer esto por mí.

Su roce era confiado, al igual que su expresión. Si supiera lo que el contacto de su mano estaba provocando en él, tendría miedo. En el último mes, su deseo se había vuelto insoportable. La necesitaba constantemente. Estar simplemente en la misma habitación que ella lo excitaba. Y no le gustaba el cambio. Preferiría que las cosas siguieran como al principio. Quería volver a estar muerto. No sentir nada era mejor que aquella constante agonía.

Pero no había forma de dar marcha atrás al tiempo. Ya encontraría la forma de controlar su cuerpo.

—Quería que esta noche fuese especial para ti —le dijo—. Los cumpleaños son sólo de tarde en tarde.

—Una vez al año, para ser exactos bromeó.

—¿No me digas? Hablé con Ula sobre lo que quería hacer y ella lo ha arreglado todo. Estaremos bien.

Cathy volvió a apretar su mano.

—Yo no estoy preocupada, Stone. Creo que esas cicatrices te preocupan más a ti que a todos los demás.

—Puede —fue todo lo que dijo.

¿Qué experiencia tenía ella con las miradas curiosas o asustadas, con los comentarios de los niños que no conocían la mentira?

La limusina tomó dirección a Hermosa Beach. Stone reconoció la zona y supo que estaban cerca del restaurante. Tal y como le habían indicado, el conductor aparcó en la parte de atrás y bajó del vehículo.

—Será solo un momento —dijo Stone.

El hombre volvió, efectivamente, en un instante y abrió la puerta de atrás.

—Todo está dispuesto, señor Ward. Si hacen el favor de seguirme…

Dentro los recibió un joven llamado Art que los condujo a un reservado con una mesa dispuesta para dos.

Flores, varias plantas en macetas y unas telas artísticamente dispuestas sobre las persianas conferían al lugar un aire íntimo. Una música suave hacía de telón de fondo.

Art se acercó a Cathy para hacerse cargo de la capa, y Stone sintió la tensión familiar del vientre nada más ver su vestido. Su estilo sencillo era engañoso, porque un escote redondo y amplio sugería el

inicio de sus pechos y el tejido se ceñía con elegancia a sus curvas. Art la miró con apreciación y Stone pensó en aplastarle su nariz griega e inmaculada.

Cuando fue a apartar la silla para que Cathy se sentara, Stone se interpuso.

—Ya me ocupo yo —dijo con frialdad.

Art tomó nota de la indirecta y les dejó sitio. Hasta aquel momento, apenas lo había mirado. Ula debía haberle advertido sobre las cicatrices, y aunque Stone apreciaba su consideración, por un momento deseó que no fuese necesario. Pero no. Aquella no era noche para esa clase de pensamientos. Era la noche de Cathy.

—El chef les ha preparado un menú muy especial, tal y como solicitó —dijo Art—. El champán está enfriándose. ¿Quieren tomarlo ahora?

—Por favor —contestó Stone y se sentó frente a ella, pero la mesa era lo bastante pequeña para poder mantener la intimidad. Además estaban solos, y no corrían peligro de que otros clientes curiosos pudieran oírlos.

Art asintió y se marchó.

—¿Qué te parece?

Ella se echó a reír.

—No hago más que acordarme de la frase de una película que vi hace años: no está mal ser el rey.

—Yo no soy un rey.

—Como si lo fueras —su sonrisa palideció—. En serio, Stone, te agradezco mucho todo esto. El tiempo que llevo contigo está siendo maravilloso. Casi no me puedo creer lo que me ha ocurrido en estos últimos meses.

La confianza en sí misma flaqueó, y aunque hubiera jurado que enrojecía, era difícil de decir con aquella luz tan tenue.

—Me alegro de haber podido ayudarte —dijo, sintiendo que el

orgullo crecía en su interior. Eso era lo que quería: cambiar su vida. Le había dado más de lo que tenía antes. Ahora le iba mejor por haberle conocido a él, y eso le complacía, aunque sabía que con el tiempo tendría que dejarla libre y seguir sin ella. No tenían futuro juntos.

Ese era al menos el plan inicial, pero estando en aquel momento allí, en aquel restaurante, con Cathy tan preciosa y la música de fondo, no estaba ya tan seguro. Aunque seguía teniendo la certeza de que tenía que marcharse, sabía también que iba a echarla de menos más de lo que había planeado. Más de lo que quería. Pero cuando llegase el momento, la dejaría marchar y terminaría por olvidarla, porque era sólo un medio para llegar a un fin. Una forma de compensar el pasado.

Pero tenían aquella noche, y el tiempo que les quedara después, y estaba decidido a aprovecharlo hasta el último segundo.

Art volvió con el champán y lo sirvió. Le preguntó a Stone cuándo quería que empezase a servirles la cena y él le contestó que les diera veinte minutos.

Cathy miró a su alrededor.

—No sé cómo has conseguido preparar algo así.

—Ha sido cosa de Ula.

Cathy se sonrió.

—Es una mujer increíble. Me sorprende que no hayas conseguido meterla en el negocio.

—Lo he pensado, no creas, pero prefiero tenerla en casa. Todo va como la seda con ella, y teniendo en cuenta el tiempo que paso allí, lo necesito.

Cathy apoyó los brazos en la mesa.

—No es cosa mía, y seguramente vas a enfadarte… —empezó.

—Pero vas a decírmelo de todas formas.

Ella asintió.

—No es tan malo. No voy a decir que la gente no notaría la diferencia, pero tú le das muchísima más importancia de la que le daría el resto del mundo.

Estaban hablando de sus cicatrices y Stone se resistió al impulso de tocárselas. Aquella noche no quería recordar que físicamente era una bestia. Quería ser un hombre corriente con una mujer preciosa.

—Tú no sabes lo que es —dijo al final cuando resultó obvio que esperaba una respuesta.

—Me lo imagino. Yo me he pasado una gran parte de mi vida escondiéndome por temor a lo que otras personas pudieran pensar. Al principio me preocupaba por mi madre, pero después fue ya por mí. Fíjate en nuestra relación, en cómo nos conocimos. Hace seis meses, jamás se me habría ocurrido pensar que pudieras llegar a estar interesado en mí como la persona que era. Por eso necesité crearme un mundo falso, para que pensases que era interesante e importante. No voy a mentir diciéndote que he superado por completo esos temores, pero he avanzado muchísimo.

Y era cierto. Al final, dejaría de necesitarlo, y se marcharía. Mejor para ambos. Aunque lo deseara, nunca podría darle lo que ella necesitaba. Con tiempo, ella también se daría cuenta, y encontraría a alguien que pudiese dar todo lo que ella le diese.

—Olvídalo, Cathy. No puedes cambiarme.

Ella asintió.

—Lo haré porque es mi cumpleaños y lo estamos celebrando, pero no pienses que no voy a volver a la carga —sonrió—. No tienes tanta suerte.

—Pues yo creo que sí. Al fin y al cabo, eres tú la que va a asistir mañana a esa reunión.

Cathy gimió.

—No me lo recuerdes. Llevo toda la semana intentando no pensar en ello. No puedo creer que me hayas convencido para que vaya.

—Yo no te he convencido. Asistir a reuniones en mi nombre entra en la descripción de tu puesto.

—Lo lamentarás.

—No. Estarás brillante.

Cathy levantó su copa.

—Por la brillantez. O por lo menos, porque no cometa ninguna metedura de pata.

Stone entrechocó su copa con la de ella y tomó un sorbo. Cathy no había estado nunca en sus oficinas, y Stone quería que estuviera presente en la reunión del día siguiente, aparte de que él lo estuviera también vía conferencia. Su equipo necesitaba una pequeña remodelación, y Cathy era la persona adecuada para hacerlo.

La canción terminó y empezó otra. Una canción instrumental y lenta que le hizo desear bailar con ella. Antes de darse cuenta de lo que hacía, estaba de pie.

—¿Me concedes este baile?

Cathy estaba demasiado sorprendida para aceptar verbalmente, así que dejó que Stone la levantase. Temblaba cuando él la abrazó. No tenía que dejarse llevar por el momento, pero era demasiado tarde para aquella clase de avisos. Si no estaba ya enamorada de Stone, aquella noche sellaría su suerte.

Cerró los ojos y apoyó la mejilla en su hombro. Estaban bien así, aunque él nunca querría verlo. Stone la confundía. A veces pensaba que la distancia entre ellos era por cómo la veía a ella y a su relación, pero en otras ocasiones, se preguntaba si no sería por sus cicatrices.

Seguramente no habría forma de averiguarlo, así que, mientras, disfrutaría de los buenos tiempos e intentaría no pensar en el futuro.

Fueron recorriendo la habitación al ritmo de la música. Stone no dijo nada; simplemente la abrazaba con delicadeza. Si pudieran estar así para siempre, solos los dos, la noche y la música…

Enamorarse de él había sido inevitable. Stone era un guerrero herido, un hombre que se consideraba a sí mismo una bestia, y cuyo único lazo con el mundo exterior era ella. ¿Cómo resistirse a algo así?

Alzó los brazos para rodearle el cuello, y él la abrazó por la cintura. Estaban tan juntos que podía oír el latido de su corazón y, contra su vientre, la prueba indiscutible de que la deseaba.

Pero eso no tenía por qué significar nada más aparte de una reacción natural a su proximidad, pero era más de lo que había tenido antes.

Despacio, con cuidado, consciente de que él podía separarse y destruirla con una palabra, le besó en el cuello.

Stone contuvo la respiración con un gemido audible. Su cuerpo entero reaccionó a aquel mínimo contacto de sus labios y ello le obligó a maldecir entre dientes. Empujándola suavemente por la barbilla, levantó su cara hacia él, pero antes de que pudiera besarla, Art apareció con sus ensaladas.

Se separaron a regañadientes y volvieron a la mesa, y tras un momento de conversación mundana sobre qué aliño deseaban para la ensalada, Art volvió a marcharse. Cuando se quedaron solos, hablaron del trabajo y de los libros que estaban leyendo.

Cathy comprendió por fin lo que estaba ocurriendo. Stone era, por encima de todo, un hombre. Podía creerse un monstruo y estar aún lamentando la pérdida de su esposa, pero tenía necesidades físicas. Por razones que Cathy no podía comprender, pero que la hacían muy feliz, deseaba acostarse con ella. También sabía que él jamás daría el primer paso. No sólo vivía en su misma casa, sino que trabajaba para él. Jamás se aprovecharía de esa situación. Él no iría en su busca, pero ella sí que podía hacerlo… si estaba dispuesta a jugárselo todo.

Partió un rollito por la mitad y tomó un bocado. A eso se reducía todo, ¿no? ¿Estaba dispuesta a correr el riesgo? ¿Sería capaz de meterse en esa situación con los ojos abiertos, consciente de que él sólo quería una aventura pasajera? Porque no sería más que eso, durara lo que durase. Al final, terminaría por perderlo.

No tenía sentido hacerse aquellas preguntas. Por supuesto que merecía la pena. Estaba cansada de no saber, de esconderse de la vida. Quería más. Quería vivir. Quería que Stone fuese su primer hombre.

Pero no sería aquella noche. Necesitaba aclarar algunas cosas, estar preparada. Pero pronto, sería pronto.

—Sé lo que estás pensando —dijo él.

Cathy se echó a reír.

—Lo dudo.

—Te estás preguntando si te voy a hacer algún regalo.

—Pues no —hizo un gesto hacia el restaurante—. Este es mi regalo, y es maravilloso.

—Pero eso no es todo.

Del bolsillo de su chaqueta sacó una pequeña caja. Cathy se quedó mirándola.

—Gracias —dijo, y la voz le tembló por que estaba conteniendo las lágrimas.

—Aún no la has abierto.

—Ah, sí.

Le costó un poco abrirla, pero al final lo hizo. Sobre una cama de terciopelo blanco, había unos pendientes cuadrados de esmeraldas rodeados de brillantes. Centelleaban a la luz de las velas.

Apenas podía hablar.

— Son increíbles.

—Pues no te atrevas a decir que son demasiado o alguna de esas tonterías que soléis decir las mujeres en momentos como estos. Quería que tuvieras algo bonito, y ya está.

La aspereza de su voz lo delató y Cathy puso una mano sobre la de él.

—Entonces, no lo diré. Son el regalo más perfecto que me han hecho en toda mi vida. Gracias, Stone, Los conservaré siempre.

—Eso está mejor —masculló.

Se quitó sus sencillos aros de oro y se colocó las esmeraldas.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Son muy bonitos —contestó, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa?

—Estaba pensando que necesitabas estar en un sitio especial para llevarlos.

—Este sitio es especial.

—No me refiero a eso.

—Stone…

—No es nada. Es que esta es la primera vez que salgo a cenar desde… —se encogió de hombros—. Desde hace mucho.

Desde que Evelyn murió, se dijo ella en silencio.

—Deberías salir más. Llevo meses diciéndotelo.

—Lo sé. No es que me guste, pero tengo obligaciones sociales que llevo meses dejando de lado. Puede que haya una forma de hacerlo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

Stone sonrió.

—Una fiesta de disfraces. Yo seré el fantasma de la ópera.

Los dos se echaron a reír, y aún seguían cuando Art volvió con sus platos. Él los miró extrañados, pero ellos lo ignoraron.

—No puedo hacerlo —susurró Cathy a través del teléfono móvil, aunque estaba sola en el coche y nadie podía oírla.

—Entonces, ¿por qué has accedido? —preguntó Stone.

Cathy miró a su alrededor. Estaba en el aparcamiento.

—Si no vas a ser medianamente razonable, prefiero no tener esta conversación contigo.

—Cathy, todo va a salir bien. Te están esperando, saben que eres una mujer inteligente y se desharán en atenciones para que te sientas cómoda.

Cathy cerró los ojos.

—Ojalá pudiera creerte.

—Después de la reunión, serás tú quien informe directamente al jefe, a quien muchos de ellos no conocen en persona, así que querrán que me hables maravillas de ellos.

No se le había ocurrido pensarlo así.

—Ah, pues eso me gusta.

—Me lo imaginaba.

—Gracias por prestarme el BMW.

—Pensé que conducirlo te asustaría lo suficiente para que no pudieras pensar en la reunión.

Cathy se echó a reír.

—Y ha funcionado como esperabas… hasta que me has deshecho con tu lógica, claro.

—Respira hondo. Estás fantástica, conoces el tema y si alguno de los presentes te molesta, tienes el poder para despedirlo.

—¿De verdad?

—Claro.

—Yo nunca haría algo así.

—Lo sé, pero recuerda que eres tú quien manda. Si alguien se sale del tiesto, lo fusilas. O me lo dices a mí, que seguramente es mejor.

—Ya. Bueno, señor Ward, muchas gracias por el apoyo moral.

—Llámame en cuanto vuelvas al coche. Quiero saberlo todo.

—Te lo prometo. Hasta luego. Colgó y sonrió. Sabía que Stone conseguiría serenarla. Por eso lo había llamado. Por eso y para oír su voz. Ojalá estuviera allí con ella. La reunión sería mucho más fácil estando juntos. Pero Stone, de Ward International, no asistía a las reuniones. Al menos, ya no.

Recogió su maletín, una sorpresa que la esperaba en su mesa aquella mañana, y su bolso. Tras cerrar el coche con la alarma, tomó el ascensor hasta el piso veinticinco.

Mientras el pequeño habitáculo ascendía, comprobó su traje. Era una mezcla de lino que parecía caro pero no se arrugaba. Llevaba una blusa del mismo color, al igual que los zapatos. Llevaba más de un mes viendo revistas de modas y tiendas. Ir de un solo color reforzaba su autoridad. Cualquier otra cosa habría sido demasiado… sexy.

Cathy sonrió. ¿Quién iba a pensar que eso pudiera llegar a ser un problema para ella? Pero lo era. Con su nueva imagen, atraía la atención de los hombres algunas veces, y no quería que eso ocurriera en la reunión. Quería dar la impresión de llevar años en el negocio.

La puerta del ascensor se abrió y salió a una zona de recepción grande y bien decorada. No se había dado cuenta de que la firma de Stone ocupaba toda la planta, y el estómago se le cayó hasta los pies, pero aun así, se obligó a sonreír y se irguió ligeramente.

Antes de que pudiera acercarse a la recepcionista, dos hombres de unos treinta años se acercaron a ella.

—¿Señorita Eldridge? —preguntó el más alto de los dos. Ambos eran altos, con los ojos azules e iban bien vestidos.

—¿Sí?

—Soy Eric McMillan, y él es Bill Ernest. En esta ocasión somos nosotros los encargados de la presentación del trimestre. Encantado de conocerla.

Mientras se estrechaban la mano, Cathy se dio cuenta de que no iba a ser capaz de retener sus nombres.

—¿Encontró bien el edificio? —preguntó Bill.

—No ha sido difícil, teniendo en cuenta las enormes letras con que se ha puesto el nombre de la calle sobre el edificio.

Pretendía que fuese una broma para rebajar la tensión, pero en lugar de sonreír, Bill pareció asustado.

—Claro. No pretendía decir que no fuese a encontrarlo.

—Lo sé. Era una broma.

—Ah… claro.

Cathy inspiró profundamente. Estaban tan nerviosos como ella, pero por diferentes razones. Ella estaba aterrorizada ante la posibilidad de cometer algún error que no sólo hablase mal de Stone, sino que pudiera descubrir que no había ido a la universidad y que tampoco había trabajado antes en el sector. Para ellos, ella era una desconocida, una emisaria enviada por el gran jefe, alguien que era sus oídos y que podía decir lo que quisiera sobre ellos.

Poder, pensó. ¿Quién iba a imaginarse que llegaría a tenerlo alguna vez?

Pero aquella agradable sensación duró sólo hasta entrar en la sala de reuniones. La mesa era muy grande y todos los asientos estaban ocupados. Los presentes se volvieron hacia ella y la miraron.

Cathy intentó mantener inalterada su expresión.

—Buenos días —dijo, y afortunadamente la voz no le tembló.

Hubo un murmullo general en respuesta. Eric, o quizás Bill, le presentó a todo el mundo. Cathy asintió y ni siquiera intentó recordar sus nombres. Ya lo haría la próxima vez. Aquella mañana ya era bastante con sobrevivir a las primeras horas.

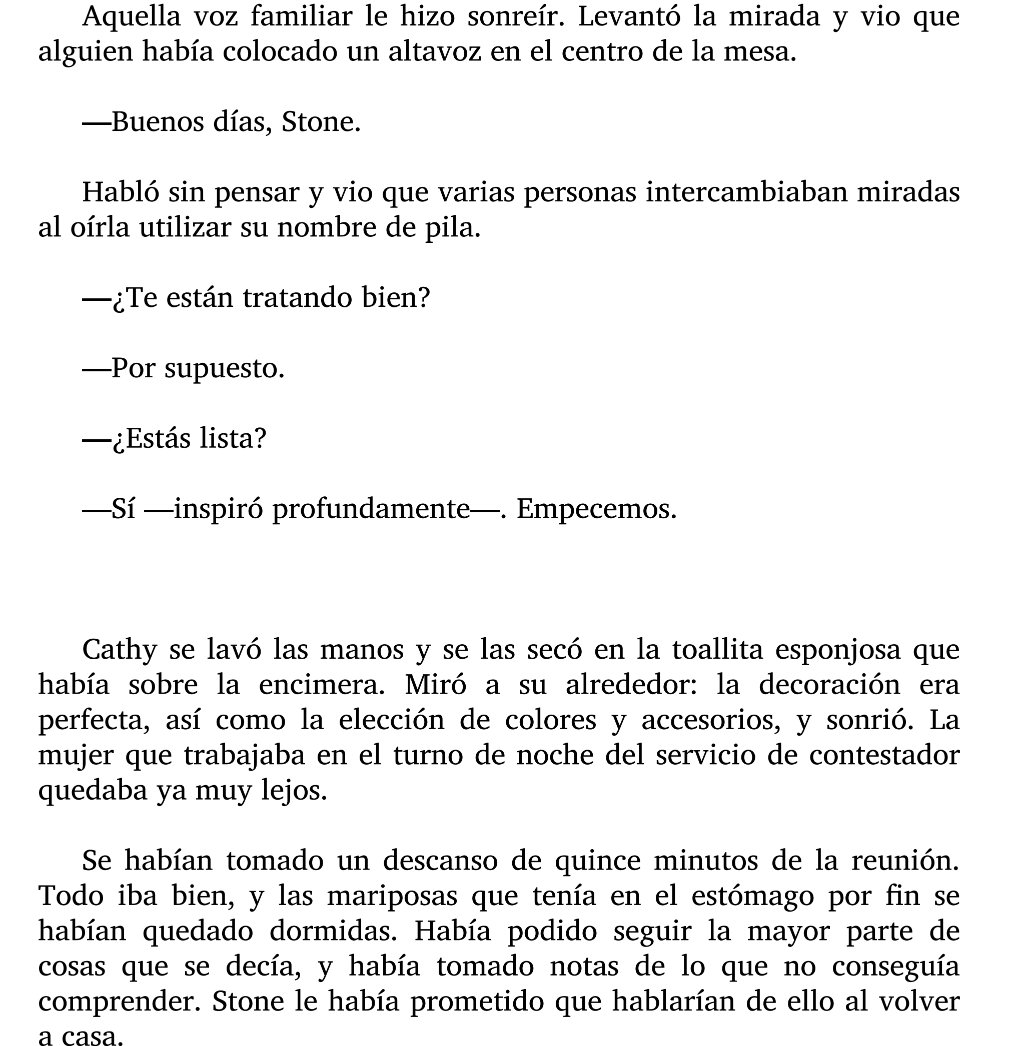
La mesa era muy ancha, de modo que dos personas podían acomodarse en la cabecera. Cathy se encontró junto a Eric. Sabía que era él porque había un informe delante de él con su nombre.

—Seguiremos el orden del día —dijo Eric, señalando el informe—. El señor Ward ya tiene una copia del informe. Se le entregó esta

mañana.

—Bien.

—Hola, Cathy.



Aquella voz familiar le hizo sonreír. Levantó la mirada y vio que alguien había colocado un altavoz en el centro de la mesa.

—Buenos días, Stone.

Habló sin pensar y vio que varias personas intercambiaban miradas al oírla utilizar su nombre de pila.

—¿Te están tratando bien?

—Por supuesto.

—¿Estás lista?

—Sí —inspiró profundamente—. Empecemos.

Cathy se lavó las manos y se las secó en la toallita esponjosa que había sobre la encimera. Miró a su alrededor: la decoración era perfecta, así como la elección de colores y accesorios, y sonrió. La mujer que trabajaba en el turno de noche del servicio de contestador quedaba ya muy lejos.

Se habían tomado un descanso de quince minutos de la reunión. Todo iba bien, y las mariposas que tenía en el estómago por fin se habían quedado dormidas. Había podido seguir la mayor parte de cosas que se decía, y había tomado notas de lo que no conseguía comprender. Stone le había prometido que hablarían de ello al volver a casa.

Al salir del cuarto de baño, pasó por una pequeña sala de espera y de pronto recordó que se había dejado el bolso junto al lavabo. Dio media vuelta para ir a buscarlo y vio que alguien entraba casi al mismo tiempo.

Hizo una pausa a la espera de que la otra mujer dijese algo, hasta que se dio cuenta de que no había nadie más allí, excepto ella. Estaba

viendo su propio reflejo en un espejo de cuerpo entero.

Aunque sabía que había perdido mucho peso y que su nuevo corte de pelo mejoraba su apariencia, los cambios habían ocurrido gradualmente y no se había mirado comparándose con cómo era antes. Su reflejo le mostró a una mujer alta y delgada, vestida con un traje impecable, unos zapatos elegantes, un precioso corte de pelo y un maquillaje perfecto.

Una profunda alegría la llenó y elevó una breve oración de gracias. Gracias a Stone por haberle dado la oportunidad de cambiar, y por el hecho de que había tenido el valor y la convicción necesarias para aprovechar al máximo aquella oportunidad.

Capítulo 12

Cathy subió corriendo las escaleras hasta el segundo piso y se apresuró a llegar al despacho de Stone. Él salió al recibidor con una sonrisa.

—¡Has estado genial!

—Gracias —ambos entraron en el despacho—. Estaba tan asustada porque pudieran pensar que era una impostora, o una idiota, pero no ha sido así.

—Claro que no. Eres inteligente, te expresas muy bien y estás bien informada.

Dejó el bolso y el maletín sobre la silla y ambos se sentaron en el sofá.

—Me halagas —suspiró—, pero me gusta. Puedes seguir si quieres.

Y volvió a sonreír. No había dejado de hacerlo durante el camino de vuelta a casa. Había salido todo perfecto.

—Bueno, ¿y qué te ha parecido? —preguntó al sentarse junto a ella.

—Pues que tienes un buen equipo. Trabajan duro para ti, y al mismo tiempo, les inspiras un temor casi religioso. Aunque supongo que eso te gusta.

—Y no te equivocas.

Los dos se rieron juntos como colegiales. Aunque a Cathy le había gustado tener la oportunidad y había sido divertido salir y enfrentarse a sus temores, se sentía maravillosamente bien estando de nuevo allí. En su casa, en su presencia, aquel era su mundo.

Le fue haciendo preguntas sobre los diferentes asistentes a la reunión, preguntas que ella fue contestando lo mejor que pudo, intentando aunar nombres y rostros. Mientras hablaban, reparaba en su forma de mover las manos, en cómo ladeaba la cabeza intentando inconscientemente ocultar su mejilla herida.

Había llegado a quererlo. El día de su cumpleaños se lo había imaginado y en aquel momento sólo tuvo que confirmarlo. Quería que estuviese orgulloso de ella, y no sólo porque trabajase para él, sino porque era la parte más importante de su vida. No quería imaginarse el mundo sin él, a pesar de saber que era inevitable.

Stone la abrazó brevemente.

—Lo has hecho muy bien, y estoy muy orgulloso de ti.

Cathy tuvo una décima de segundo para tomar la decisión. Sabía que no pasarían de lo meramente físico, al menos en el caso de Stone. Los sentimientos no entrarían en juego, ni sería algo permanente. Stone le ofrecería sólo una aventura, y si a ella le bastaba, aquél era el momento.

En un acto que sería uno de sus más valientes y decididos, dejó las manos apoyadas en sus hombros. La expresión de Stone cambió. El corazón de Cathy aumentó su ritmo y las mariposas volvieron a adueñarse de su estómago. Si él la rechazaba, sobreviviría, superaría el dolor que no era fatal y por una vez en su vida lamentaría haber dado un paso en lugar de haberse limitado a aceptar las cosas con pasividad. Entonces lo besó en la boca.

Esperó el calor abrasador que los había devorado la última vez, pero sólo hubo una dolorosa pausa durante la cual tuvo tiempo de preguntarse si llegaría a responder, o si la apartaría de su lado. El corazón se desató cuando llegó a la convicción de que no iba a besarla. La humillación la sepultó. Se había equivocado. No estaba interesado en ella.

Cathy se separó con las mejillas al rojo vivo.

—Lo siento —dijo—. Debes pensar que soy…

La voz se le apagó. No sabía qué estaría pensarlo, y no quería saberlo. Qué tonta había sido. Quería morirse. Quería huir y no volver a verlo. Y por encima de todo, deseaba poder dar marcha atrás en el tiempo sólo cinco minutos y poder volver a tomar aquella decisión.

Intentó ponerse de pie, pero las piernas le temblaban. Volvió a intentarlo ayudándose con las manos, pero de pronto Stone la sujetó por un brazo.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó. Su voz resultó baja y áspera. Para él el momento había sido tan repugnante que apenas podía hablar.

—Lo siento —dijo de nuevo.

—¿Por qué?

Cathy lo miró. Algo oscuro y peligroso palpitaba en la profundidad de sus ojos grises. Un músculo latió en su mejilla.

—Creía que estabas interesado en mí. No me refiero a algo sentimental —añadió rápidamente, ya que no quería ir más allá de lo necesario en su humillación—. Es que anoche, cuando bailamos, yo pensé que…

Se encogió de hombros.

—Yo estaba excitado —dijo él.

Ella asintió.

—Por eso pensé que me deseabas.

Las dos últimas palabras apenas fueran audibles. Una hora antes, estaba en la cima del mundo, llena de confianza en sí misma y en sus posibilidades. Ahora lo único que quería era arrastrarse hasta debajo de una roca y morir.

—No puedo… mi pasado… —intentó decir—. Hay cosas que no puedo explicar.

—Lo sé. No esperaba nada más, Stone. Pensé que sería agradable.

Por primera vez desde que lo había besado, su expresión se suavizó.

—Si fuera sólo agradable, estaríamos haciendo algo más.

Ella no contestó. Al fin y al cabo, no tenía marco de referencia.

—Si quieres que deje de trabajar para ti, no tienes más que decirlo, que yo lo comprenderé. Yo preferiría no tener que dejarlo pero…

aunque, si estás dispuesto a darme otra oportunidad, prometo no volver a hacer algo así. Lo siento mucho.

Él soltó su brazo y posó la mano en su mejilla.

—Cathy, no sé si sabes lo que estás diciendo. Es como si creyeras que estoy enfadado o que me has insultado.

—¿Y no es así?

—Claro que no. Me halagas. No puedo prometerte mucho, pero claro que te deseo. De eso no tengas duda. Pero es que yo sé que esto no es lo que tú quieres de verdad.

Parte de su humillación cedió.

—He sido yo quien te ha besado. ¿Cómo no va a ser lo que yo quiero?

Él la miró durante un momento.

—Estamos hablando de ser amantes.

Gracias a Dios que ya estaba colorada; así no pudo notar el color que volvió a enrojecer sus mejillas. Esa palabra. Ningún hombre se la había dicho antes. Amantes.

—Sí —murmuró.

Stone se levantó sin decir nada, y cuando ella fue a pronunciar su nombre, él puso un dedo sobre sus labios y la tomó de la mano. Salieron del despacho y tomaron un pasillo para detenerse frente a una puerta cerrada.

—¿Estás segura? —le preguntó—. Porque, una vez hayamos entrado y empiece a acariciarte, no podré parar.

Cathy miró la puerta. Así que aquél era su dormitorio. Sabía que estaba en aquella zona de la casa pero no había querido indagar.

Podría haberle contestado de mil formas distintas. Podría haberle explicado que quería que fuese él quien le desvelase los secretos que hay entre un hombre y una mujer. Podría haber intentado decirle que lo quería y que llegar a la intimidad con él era casi rozar la perfección.

Podría haberle contado la cantidad de noches que había pasado despierta en su cama recordando aquel beso y deseando repetirlo.

Pero las palabras se le enredaron en la cabeza, así que se limitó a hacer girar el pomo de la puerta y a entrar.

Tuvo una breve impresión de una cama grande, un ventanal con una vista perfecta del mar y el sol que iluminaba la gruesa moqueta. Entonces Stone la abrazó, y cuando sintió sus manos, todo lo demás pereció. Cuando la besó, pereció su capacidad para pensar.

En cuanto sus labios se rozaron, un temblor le recorrió el cuerpo. Stone era todo calor, humedad, pasión, fuerza; la abrazaba como si no pudiera saciarse de ella. Eso era lo que quería, recapacitó. No sólo la intimidad, sino el deseo. Quería sentir su deseo por ella. Ningún hombre se había sentido así por ella y al sentir su erección, los temblores se transformaron en escalofríos.

No sabía dónde acariciarlo primero. ¿Los brazos? ¿Los hombros? Al final, lo rodeó por la cintura y apoyó la otra mano en su nuca.

Tenía el pelo suave y fresco, un contraste notable con el calor de su cuerpo. Cuando Stone acarició su espalda hasta llegar a apretar sus nalgas, Cathy gimió entre sus labios, e involuntariamente lo empujó con las caderas.

Había demasiado en lo que pensar, se dijo algo asustada. No era capaz de seguirle el rastro a lo que estaba ocurriendo. Las señales de su cuerpo, los lugares en los que él la acariciaba, atascaban su cabeza de información: las caricias de su lengua, su sabor, sus gemidos, el dolor de sus propios pechos, el calor de sus muslos, la humedad de su lugar más secreto.

—Te deseo —le susurró Stone al oído, y aquel aire cálido la estremeció. Acompañó la respiración con un beso que la hizo desear derretirse allí mismo—. Te deseo —repitió—. Quiero tenerte desnuda, en mi cama. Quiero estar dentro de ti. Quiero llenarte y darte tanto placer que no puedas pensar en nada más.

Sus palabras crearon una imagen que al mismo tiempo la excitó y la asustó. Stone era un hombre fuerte, capaz de concentrarse en extremo, y no se había dado cuenta de que, cuando hicieran el amor, toda su atención estaría puesta en ella.

—Cathy —murmuró, y la besó en la boca—. Dulce Cathy.

Stone le quitó la chaqueta del traje y la tiró sobre la silla, y sin separarse de sus labios, le desabrochó el primer botón de la blusa. El ritmo de la respiración de Cathy se aceleró, aunque no toda su reacción se debía a la pasión. Iba a acariciarle los pechos. Lo sabía, y lo deseaba desesperadamente. Quizás así consiguiera suavizar las palpitaciones que sentía allí. Pero ¿y si no le gustaban? ¿O y si le hacía daño? ¿En qué demonios estaba pensando? Todo aquello era un error, y tenía que decírselo. En cuanto dejasen de besarse.

Pero tan concentrada estaba en ese beso que apenas se dio cuenta de cuando terminó de quitarle la blusa y se la sacó de la cinturilla de la falda.

Stone rompió el beso para bajar a su cuello. Cathy hubiera querido protestar, pero es que la piel que iba besando resultaba ser tan sensible como sus labios, así que ya lo haría más tarde. Dentro de un par de segundos.

Avanzó por su hombro y Cathy tuvo la vaga sensación de que bajaba los brazos y que la blusa caía al suelo.

Fue besándola después por el pecho hasta llegar a su seno. La respiración subió aún más, pero ya no sentía ningún temor. Sólo la esperanza de que calmara el dolor, de que supiera darle lo que acababa de saber que necesitaba.

Stone lamió el valle entre sus pechos y ella se estremeció pronunciando su nombre. Pero de pronto, desapareció. Cathy abrió los ojos y le vio cerrando parcialmente las cortinas, de modo que quedase luz pero no tan brillante. No estaba segura de si aquello lo hacía por él o por ella, pero no le importó.

Mientras estaba de espaldas a ella, se quitó los zapatos y las medias. En todos aquellos sueños románticos, jamás había encontrado una forma erótica de quitarse las medias, pero se dejó la falda.

Al acercarse a ella, Stone se sacó la camisa de los vaqueros y sentado en el borde de la cama, se quitó los zapatos y los calcetines. Luego le ofreció su mano, y ella la aceptó para unirse a él en la cama.

—¿Hasta qué punto estás asustada? —le preguntó él, pasándole una mano por el pelo.

—Entre aterrorizada y petrificada.

Stone sonrió.

—Muy sincera —y la besó en la punta de la nariz—. Llevo mucho tiempo sin hacer el amor, y hasta es posible que haya olvidado cómo hacerlo.

—No esperarás que me lo crea, ¿verdad? —preguntó, pero su confesión le hizo sentirse algo mejor. Quizás así no se diera cuenta de su inexperiencia.

Stone se echó a reír y la besó, y mientras lo hacía Cathy sintió sus manos en el cierre del sujetador en la espalda, y tuvo que contener la necesidad de cruzar los brazos para mantenerlo en su sitio. Aunque aquel no era ni el sitio ni el lugar para la modestia. Al fin y al cabo, había sido ella quien había iniciado todo aquello, así que cuando sintió que él metía un dedo bajo la hombrera, se relajó y dejó que la bajase para deshacerse de la prenda.

El aire era fresco comparado con el calor de sus pechos. Menos mal que tenía los ojos cerrados porque la estaba besando. Stone la invitó a tumbarse sobre la cama. Desgraciadamente eso significaba que tenían que dejar de besarse, pero intentó no pensar en ello.

De pronto, sintió su mano sobre las costillas. «Ha llegado el momento», se dijo, esperando no hacer algo estúpido, que no fuese horrible y que…

Su mano cubrió uno de sus senos con una caricia suave y segura. Con la palma envolvió su pecho mientras con el pulgar y el índice acariciaba su pezón endurecido.

El placer le resultó tan intenso como inesperado, pero no fue nada comparado a cuando cubrió su otro pecho con la boca. Su respiración caliente le advirtió lo que iba a venir, pero aun así se quedó sin aire al sentirlo. Incapaz de contenerse, se agarró a su pelo como si quisiera retenerle allí. Era demasiado perfecto.

—Por favor —susurró, aunque en realidad no supiera qué estaba pidiendo. Pero Stone parecía saberlo.

—Sabía que contigo sería así —dijo, mirándola a los ojos—. Sabía

que seríamos perfectos juntos.

«¿Y lo somos?», hubiera querido preguntar, pero no lo hizo. Si él lo decía, sería verdad.

Toda voluntad la había abandonado y no se molestó en protestar cuando le quitó la falda y las braguitas. Tenía la piel ardiendo y donde quiera que él la tocaba, ardía en llamas. Se arquearon el uno contra el otro y mientras él la sujetaba por el pelo, sintió la presión de su sexo en la cadera y se sintió llena de un poder únicamente femenino. Era ella quien le había hecho aquello. Él la deseaba. Nunca nada había sido como aquel momento.

Sintió entonces como una de sus manos se deslizaba entre sus muslos, y sus piernas se abrieron para él.

Fue acariciando el interior de sus muslos hasta que por fin alcanzó su lugar más femenino.

—Estás tan mojada —susurró antes de volver a apoderarse de uno de sus pechos con la boca. Su tono era reverente y su cuerpo estaba tenso, así que debía ser algo bueno.

Stone se movió despacio, descubriéndola, permitiendo que ella descubriera lo que estaba haciendo. Deslizó un dedo dentro de ella y se imaginó cómo sería sentir dentro su sexo. Entonces salió de su interior y empezó a describir círculos a su alrededor, buscando. Hubiera querido ayudarle, pero no sabía qué buscaba. Hasta que lo encontró.

Fue como si alguien la hubiese conectado a una fuente de puro placer. Sus dedos provocaban sensaciones mágicas, sentimientos, calor, deseo… algo que no había creído posible. Hasta la última célula de su cuerpo se concentró en aquel punto.

—No pares —le rogó, aferrándose a su brazo.

Su sonrisa estaba llena de satisfacción.

—No lo haré, te lo prometo.

El mundo empezaba a darle vueltas. Hubiera querido aferrarse a algo, pero no sabía a qué. La tensión era insoportable, y al mismo tiempo no quería que cesara.

Stone la acarició, hablándola, animándola a seguir, y ella siguió su voz, confiando en que él supiera adónde se dirigían.

—Ríndete a ello —susurró—. Déjate llevar.

No sabía qué quería de ella.

—No sé qué…

Y de pronto, lo supo. Su cuerpo entero se cargó de tensión y se sintió subir y subir hasta que no lo quedó otro lugar adónde ir que no fuera el cielo. Se sintió de pronto flotando en la nada, en el placer más exquisito y en una paz que no había sentido en su vida entera.

Después, cuando su cuerpo se relajó y la última de las sacudidas cesó, apoyó la cabeza en su pecho y le pidió que la abrazara un rato.

Stone la acurrucó contra su cuerpo. Aún temblaba.

—Me encantaría atribuirme todo el mérito por lo que ha pasado —dijo—, pero es que eres una mujer muy apasionada.

Después de un instante, se levantó, se quitó el resto de la ropa y, antes de tumbarse junto a ella de nuevo, se tomó un momento para contemplar su cuerpo desnudo.

—Eres preciosa —dijo, acariciando sus pechos redondos como lunas y su vientre plano.

Ella se echó a reír.

—Bien me lo he ganado.

—Ya lo veo. Me gustas ahora, pero ya te deseaba antes —dijo.

—No es posible.

—Sentí la atracción en el hospital —se encogió de hombros—. Quería que supieras que es algo más que tu físico.

Cathy sonrió.

—Lo sé. Llevábamos dos años siendo amigos antes de conocerlos.

Debió ser mi brillante personalidad.

—Vaya hombre… yo intentando ser amable, y tú poniéndomelo difícil.

—Ah, lo siento. No me había dado cuenta de que era eso lo que pretendías.

Stone sonrió.

—Me lo vas a pagar.

Pensó en hacerle cosquillas, pero en cuanto rozó su pecho, la pasión ocupó el lugar del juego y su erección se flexionó dolorosamente.

—Te deseo —dijo, antes de reclamar su boca.

Sabía que estaba preparada, así que se colocó entre sus muslos.

—No va a durar demasiado —dijo—. Te prometo hacerlo mejor la próxima vez.

Ella le abrazó.

—No me importa lo que pueda durar. Sólo quiero que me hagas el amor.

Era imposible resistirse a una invitación como aquella, así que la penetró.

—Estás ardiendo y tan tensa que voy a perderme ahora mismo —murmuró.

Empujó con tanta intensidad que apenas sintió la barrera romperse, pero sintió a Cathy contener una exclamación de dolor.

Entonces se dio de bruces con la realidad. Con la realidad y la verdad. Cathy era virgen. Aunque se dijo que debía parar, no pudo. Estaba ya demasiado lejos. Un par de movimiento más y se vació dentro de ella.

La cordura volvió a él poco a poco y se quedó donde estaba, dentro de ella, sobre ella, saboreando la intimidad e intentando no dejarse

llevar por el miedo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó con toda la gentileza que pudo.

—No importaba —contestó ella.

Menos mal que al menos no fingía desconocer de qué le estaba hablando.

—Pero a mí sí me importaba. Habría hecho las cosas de otra manera.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

Él se quedó pensativo un instante.

—Eso no importa. La cuestión es que me hubiera gustado saberlo.

—Para haber podido evitarlo. No era una pregunta.

—Pues no. No lo habría evitado.

Desgraciadamente no era tan noble. Stone se tumbó junto a ella.

—Lo siento, Cathy. Tu primera vez no debería haber sido así.

—Claro que sí —replicó ella—. Ha sido exactamente como yo lo deseaba. No olvides quién empezó.

Stone la abrazó y la besó en la boca. No iba a olvidar nada de lo que había ocurrido aquella tarde. Su virginidad había sido una sorpresa para él, aunque sabiendo lo que sabía sobre su pasado, quizás no debería haberle sorprendido tanto.

—No te enfades —susurró Cathy—. No podría soportarlo.

—No estoy enfadado, sino que me siento honrado. Ha sido un honor.

Stone sonrió y le hizo apoyar la cabeza en su hombro. Ella se acurrucó.

—Gracias —murmuró—. Gracias por hacer que mi primera vez

haya sido tan maravillosa.

Ella abrazó con fuerza, pero no pudo hablar. ¿Qué podía decir? No podía deshacer lo que acababa de pasar, y excepto por el hecho de que ella era virgen, no querría dar marcha atrás.

Pero la virginidad era algo demasiado importante como para dejarlo a un lado. Una vez más, había vuelto a ser el primer hombre de una mujer. Sabía que había hombres que nunca experimentaban algo así, y él lo había hecho en dos ocasiones. Evelyn primero y Cathy después.

No quería pensar en su mujer, no, teniendo a Cathy entre sus brazos. Pero la línea divisoria entre ambas estaba empezando a desvanecerse, y no es que no pudiera distinguirlas, sino que le costaba trabajo recordar la reglas básicas. No debería estar disfrutando, sino corrigiendo el pasado, y no repitiéndolo. ¿Qué iba a ocurrir ahora? ¿Qué esperaría ella de él?

Cathy inspiró profundamente.

—No sé por qué, pero de pronto tengo un sueño tremendo.

—No pasa nada. Yo no voy a moverme de aquí. Seguiré abrazándote.

—Eso es lo que siempre he deseado —murmuró, y se acurrucó aún más cerca. Hubo un par de minutos de silencio y después susurró—: te quiero.

Stone se obligó a no reaccionar físicamente. Cathy parecía estar ya medio dormida y seguramente ni se había dado cuenta de que había pronunciado aquellas palabras en voz alta.

Pero no por eso dejó de creerlas. Ula había estado en lo cierto. Aunque él había intentando convencerse de lo contrario, su ama de llaves había visto lo evidente. Cathy se había enamorado de él. Le había entregado el corazón a un hombre marcado que había jurado no volver a amar.

¿Y ahora, qué? ¿Debía dejarla marchar, o retenerla a su lado? Si la dejaba marchar, la echaría terriblemente de menos, pero quererla le era imposible. No podía permitírselo, y aun que así fuera, ya no sería capaz de hacerlo.

No sabía qué hacer, así que la abrazó con fuerza y se prometió no herirla del mismo modo que había herido a Evelyn.

Capítulo 13

—La verdad es que cuando me lo dijo, yo creí que estaba de broma —confesó Cathy.

Ula levantó la mirada de la lista que estaba revisando.

—Cuando el señor Ward me habló por primera vez de la fiesta, sentí deseos de preguntarle si se encontraba bien.

Las dos sonrieron.

—Ahora es demasiado tarde para que cambie de opinión —dijo Cathy, señalando la lista de invitados que habían contestado a sus invitaciones.

—Nadie le ha visto desde hace años, y todos sienten una tremenda curiosidad —contestó Ula—. Y aparte está la cuestión de su nueva asistente. Desde que asistió a esa reunión hace dos semanas, todo el mundo quiere saber quién es. No se imagina cuánta gente me ha preguntado al llamar para aceptar la invitación.

Cathy bajó la cabeza, en parte por puro placer, y en parte por sus nervios. Se alegraba de que la reunión hubiese salido bien y de haber dejado en buen lugar a Stone y a sí misma, y aunque no le importaría volver a encontrarse con esas mismas personas, estaba segura de no ser capaz de recordar ni uno solo de sus nombres, y no tenía ni idea de cómo llenar esos pequeños huecos de charla. Aparte de Stone, no iba a conocer a nadie.

Puedes hacerlo, se dijo. Era su nuevo método. Cada vez que algo amenazaba con desbordarla, se recordaba lo lejos que había llegado. En los últimos cinco meses, su vida entera había cambiado, y no iba a dejarse acobardar por una fiesta.

Al volver a mirar la lista de invitados, suspiró.

—Con la cantidad de gente que va a venir a la fiesta, espero pasar desapercibida. Por cierto, ¿dónde vamos a meter a tanta gente?

Ula hizo un gesto con la mano.

—Lo he hecho ya montones de veces. Se dispondrán unas carpas en los jardines. El tiempo es perfecto para eso. Un servicio de aparcacoches se ocupará de los vehículos, y ya he contratado un restaurante para que se ocupe de la comida y el servicio. Y lo mejor es que ya no tiene que buscar traje.

Cathy sonrió. El vestido sin hombros color crema y oro que se había comprado estaba en el escaparate de la primera tienda a la que se acercó, y nada más probárselo, supo que estaba bien. Ni siquiera habían tenido que subirle el bajo.

—¿Se ha comprado la máscara?

Cathy asintió.

—La recogí ayer, junto con la de Stone.

Mientras que la de él era grande para que le cubriera la mitad de la cara, la suya era una pequeñez de seda y lentejuelas que apenas le cubriría los ojos.

—No puedo creer que de verdad vaya a asistir a un baile de máscaras —comentó, riéndose.

—Pues imagínese cómo me siento yo —contestó Ula, y se levantó para volver a llenar de café la taza de ambas—. Durante tres años, esta casa ha estado cerrada como un mausoleo, y de pronto, el señor Ward se decide a dar una fiesta —su expresión se suavizó—. Como hacíamos antes.

—¿Daban muchas fiestas Evelyn y él?

—Algunas. La recepción de su boda fue en el club de campo, pero en cuanto se vinieron a vivir aquí, la casa se transformó en un lugar abierto. Celebraban fiestas por Navidad y barbacoas en verano. A Evelyn no le gustaba demasiado lo de las fiestas, pero lo hacía por complacer al señor Ward. Habría hecho cualquier cosa por él.

—Lo quería mucho, ¿verdad?

Ula la miró y volvió a colocar la jarra de la cafetera en su sitio. La breve pausa le confirmó a Cathy que estaba midiendo con mucho cuidado sus palabras.

Comprendía bien su reticencia a hablar, porque no sólo no quería traicionar la confianza puesta en ella, sino que se sentía atrapada en medio de una situación nueva.

Cathy y Stone llevaban dos semanas siendo amantes. Tras aquella primera tarde, él le había pedido que se trasladase a su habitación, y ella había aceptado encantada, así que cada tarde, se retiraba a su dormitorio y hacían el amor, y cada noche, dormían juntos, sus cuerpos satisfechos y enredados.

Aunque Ula no conocía los detalles, era conocedora del cambio de circunstancias. No había hecho ningún comentario, aunque había dejado la ropa limpia de Cathy en uno de los cajones de la cómoda de Stone sin que nadie se lo sugiriera.

—No importa —dijo Cathy—. No pretendía ponerla en un aprieto. Esta situación es un poco confusa para todos.

Ula asintió.

—Sé que tiene preguntas; algunas no me importa contestarlas, pero otras tendrá que hacérselas al señor Ward. Y en cuanto a Evelyn, sí, lo quería. Lo había querido desde que eran niños. Él era todo lo que ella siempre había querido.

Cathy lamentó haber hecho la pregunta. No es que le sorprendiera la información, pero le resultó extraño oírla, seguramente porque no sabía cómo competir con el pasado de Stone. Porque en realidad era una competición, pero que ya había sido ganada por Evelyn.

—Las cosas habrían sido diferentes si hubieran tenido hijos —dijo Ula—. Los dos querían tenerlos, pero no tenían prisa. Después, ella falleció —el teléfono sonó—. Otro invitado que confirma la asistencia. Son los de última hora.

Cathy se quedó mirándola sin pestañear. La sangre se le había acelerado de tal modo que tuvo la sensación de que iba a desmayarse.

Niños. ¡Niños! Stone y ella no habían hablado ni una sola vez de utilizar métodos anticonceptivos.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Era virgen, y no tenía experiencia, y Stone llevaba años de soltería. Los dos estaban sanos, pero ¿qué habían hecho de su buena cabeza y de su responsabilidad

como adultos?

No podía dar marcha atrás, pero sí podía mejorar el futuro. Concertaría una cita con el ginecólogo para que le recetara un anticonceptivo, y problema resuelto.

Stone se ajustó la máscara intentando convencerse de que lo estaba pasando bien, pero no lo consiguió. La verdad es que había dado la fiesta por Cathy, intentando que tuviese algo divertido que esperar, y para de mostrarle que no estaba completamente fuera del mundo, y puede que un poco para presumir. No había reparado en gastos.

Ninguna de las razones era de peso, y no estaba orgulloso de ellas, y al ver el tumulto de gente, incluso deseó no haberlo hecho. No quería tener a toda aquella gente en su jardín, ni quería tener que soportar sus miradas, y las preguntas que se suponía que no debía oír. Pero lo más difícil eran las palabras y las miradas de la gente que de verdad sentía algo por él. Loa amigos que habían intentado estar en contacto después del accidente. Los amigos que él había rechazado negándose a hablar con ellos por teléfono y a responder sus notas.

—¿Stone?

Se dio la vuelta y vio a Meryl Windsor acercándose a él. A pesar de la máscara y la falda de vuelo de su vestido, la reconoció.

—Hola, Meryl —la saludó, estrechando su mano.

Ella lo besó en la mejilla.

—¿Cómo demonios me has reconocido? Han pasado años, y estaba segura de llevar un disfraz infalible.

—Recordaba perfectamente tu voz.

—Demasiados años en un internado inglés. No podré dejar de pagar por ello ni en toda mi vida —suspiró dramáticamente y luego se echó a reír—. Ni siquiera mis profesores de inglés aprobaban mi sentido del humor.

—Yo lo he echado de menos —dijo, intentando ser amable, pero luego se dio cuenta de que de verdad era así.

Era una mujer alta y pelirroja que llevaba años felizmente casada. Su marido había sido un buen amigo suyo.

—¿Cómo está Ben?

—Bien. Me ha pedido que le disculpe, pero por cuestiones de trabajo está en París.

—¿Y cómo es que no lo has acompañado?

Meryl siempre viajaba con su marido.

—Es que los niños acaban de empezar el curso y no podía dejar pasar la oportunidad sin hacerles unas cuantas fotos —su sonrisa era descarada—. Pero por suerte para ti, llevo un bolso demasiado pequeño para poder camuflarlos dentro, porque si no, te habría torturado con ellos sin piedad. Soy una madraza.

—Lo recuerdo.

Meryl se acercó y pasó la mano por su brazo.

—Ay, Stone, cuánto te hemos echado de menos. Yo no me había rendido. Seguía enviándote postales en las vacaciones y llamando por teléfono para interesarme por ti.

—Me lo ha dicho Ula.

La carpa era grande, con una pequeña barra de bar en un rincón, junto a una plataforma de madera para bailar. Unas mesas redondas en las que había sentada un montón de gente rellenaban el resto del espacio y Meryl le llevó despacio hacia la salida de la tienda.

—Stone, ¿por qué insistes en hacerte el mártir? Nadie te culpa por lo que ocurrió. Estoy segura de que ni siquiera Evelyn.

Meryl había sido siempre una persona franca y directa, pero que no conocía todos los hechos. Ojalá no fuese así. Ojalá pudiera creerla.

—¿Sigues colaborando con organizaciones humanitarias? —le preguntó.

—Un cambio de tema no demasiado sutil —protestó, pero aun así

le habló de los esfuerzos que estaba haciendo para recaudar dinero para el hospital infantil.

Al principio escuchó sus palabras, pero después algo llamó su atención. Miró hacia la puerta y vio que Cathy había entrado en la carpa. Estaba rodeada por un grupo de admiradores, y le costó trabajo asimilar que una mujer tan increíblemente hermosa formase parte de su vida.

La luz intensa iluminaba sus cabellos y realzaba el tono rojizo, y el vestido sin hombros hacía que su piel pareciese de satén. La pequeña máscara escondía sólo sus enormes ojos verdes. Era una imagen maravillosa, y tan intenso fue el deseo que lo sobrecogió.

—Hay que ver, Stone; ni siquiera finges escucharme —protestó Meryl con un suspiro—. Por lo menos Ben disimula mejor.

—Lo siento —se disculpó—. Estaba…

—Sé exactamente lo que estabas haciendo —Meryl hizo un gesto con la cabeza hacia Cathy—. ¿Quién es? ¿Por fin te has decidido a dejar atrás el pasado?

—Es… —no sabía bien cómo explicarlo. Cathy era una amiga, alguien que trabajaba para él, y también un proyecto, una forma de compensar lo que había hecho en el pasado—. Es mi asistente —dijo al fin.

—Ah, la mujer misteriosa. He oído hablar de ella —y le dio una palmada en el brazo—. Exijo que me la presentes, así que en cuanto Ben vuelva de París, quiero que los dos vengáis a cenar con nosotros.

Stone murmuró algo ininteligible que Meryl tomó como un sí, aunque no era lo que él pretendía. No iba a ir a ningún sitio con Cathy. La fiesta era un caso especial en el que la máscara le ofrecía protección. Pero en casa de Meryl las cosas serían distintas. Luces brillantes y niños que se asustarían. No, no iba a ir a verlos, pero tampoco quería estropearle la noche diciéndoselo.

Cuando un atractivo joven vestido de torero reclamó a Meryl para bailar, Stone se retiró a un rincón tranquilo desde el que poder observar la fiesta. Cathy no dejaba de mirarlo, pero le había hecho varios gestos de que siguiera circulando y disfrutando de la fiesta.

Para él era un placer observarla. Disfrutaba con ver cómo los jóvenes flirteaban con ella porque sabía que no tenían nada que hacer, algo innoble e injusto, ya que no pretendía una permanencia emocional con ella.

Pero por aquella noche podía disfrutar con la imagen de otros hombres físicamente perfectos que intentaban capturar su atención, cuando aún llevaba su huella sobre la piel, renovada apenas un par de horas antes de la fiesta.

Estaba jugando a un juego peligroso y lo sabía. Le estaba siendo difícil mantener la distancia, y era consciente de que tendría que cambiar. Tendría que aprender a retirarse, porque había ido perdiendo perspectiva. Todo aquello era por su esposa, y sin embargo y sin que pudiera explicárselo, había llegado a ser por sí mismo también.

Cathy se movía por la fiesta con un desparpajo que no sentía. Cada vez que intentaba acercarse a Stone, él se alejaba para que pudiera disfrutar de la fiesta. Como si estar con él le impidiera divertirse. ¿Pero es que todavía no se había dado cuenta de que estar con él era toda la diversión a la que aspiraba? ¿Cómo alguien tan brillante en los negocios podía ser tan obtuso con las mujeres?

Dejó el vaso de agua que se estaba tomando y se encaminó hacia la salida. Al final de un camino iluminado se llegaba al lavabo de señoras, al que entró para revisar su maquillaje. Era una estancia enorme, con una zona de descanso y dos cuartos de baño independientes. Se tocó el pelo y abrió el pequeño bolso para sacar el lápiz de labios. La puerta se abrió y entraron dos mujeres. Sus disfraces eran muy elaborados, obviamente alquilados en algún lugar de postín. Las dos eran altas, delgadas y muy guapas, y seis meses antes, Cathy habría desaparecido inmediatamente, pero en aquel momento se enfrentó a sus miradas en el espejo con una sonrisa.

—¿Está ocupado el lavabo?

—No, no. Están vacíos.

Cathy volvió su atención a la barra de labios. El color era un coral algo oscuro que al principio no le había gustado demasiado, y había sido la insistencia de la chica de la perfumería la que…

—Está tan guapo como siempre —dijo una de las mujeres con la voz ligeramente ahogada por la puerta—. Con esa máscara y la capa, parece el protagonista de *El fantasma de la ópera*.

Cathy miró por encima del hombro. Ambas mujeres estaban usando el lavabo, y al parecer se habían olvidado de que no estaban solas, o les importaba poco no estarlo. En cualquier caso, como estaban hablando de Stone, se sintió con derecho a escuchar.

—Una figura trágica —dijo la otra—. Es una pena que se retirara de esa manera tras la muerte de su mujer.

—¿Cómo era ella?

—No te creas, que no era nuestro tipo.

—¿Ah, no?

—No. Muy corriente. Al parecer llevaban años siendo amigos y de pronto, un buen día, se casaron.

—Qué romántico, ¿no?

—De eso nada. Los padres de él insistían en que se casase con una mujer de su círculo, y al parecer él no estaba dispuesto a aceptarlo, así que se casó con Evelyn.

—Ah, eso, Evelyn. No me acordaba de su nombre. Nos vimos unas cuantas veces. Parecía muy dulce, pero nada atractiva. De todas formas, no congeniamos demasiado. No sabía que no era de buena familia.

—Y eso no es lo peor. Ella lo adoraba, mientras que él…

El ruido del agua al caer ahogó las palabras que siguieron y Cathy casi gritó de frustración, pero el agua le recordó que no iba a seguir sola mucho tiempo, y quitándose una horquilla del pelo, se concentró en arreglar aquel desastre menor para disimular.

Las mujeres salieron juntas y parecieron dudar un poco al verla, pero Cathy se hizo a un lado para hacerles hueco y les ofreció una sonrisa distraída.

La rubia comenzó a lavarse las manos.

—Él no la quería —dijo en voz baja—. Nunca pasó de ser su amiga. Yo creo que para él era una especie de proyecto… ya sabes, una forma de ayudarla a mejorar. Él sabía que ella lo quería, claro, pero eso sólo sirvió para que la compadeciera.

Cathy casi se atravesó el cuero cabelludo con la horquilla. No sabía qué pensar. Aquella mujer no podía estar diciendo la verdad. Stone había querido a Evelyn; es más, su duelo por ella duraba ya años.

—Entonces, ¿por qué se apartó de todo? —preguntó la otra mujer —. Esta es la primera fiesta que da desde hace años, y nadie le ha visto en ninguna parte desde el accidente.

—No es por ella, sino por las cicatrices. No olvides que él también estaba en el accidente. Qué propio de un hombre esconderse así cuando muchas mujeres encontrarían muy sexy algo así. Ahora, claro, si eres mujer y tienes el más mínimo agujero en la cara, los hombres salen corriendo como alma que lleva el diablo.

Las dos salieron el baño riéndose, y Cathy se quedó mirando la puerta sin saber qué pensar. No podían hablar de Stone… aunque sabía muy bien que era así. Pero él quería a Evelyn. Ella era todo su mundo. Eso era lo que él le había dicho.

Terminó de arreglarse el pelo y se sentó en una de las sillas que había frente al espejo. La cabeza le daba vueltas. ¿Sería verdad todo aquello?

Un proyecto, había dicho la rubia. Alguien por quien sentía lástima. Alguien a quien podía ayudar.

La sangre se le heló en las venas. No podía ser cierto, y aunque lo fuera, ella no era Evelyn. Pero el paralelismo estaba demasiado claro. Ella también era corriente, pobre y estaba sola en el mundo.

—Dios, que no sea así —susurró.

Un grupo de mujeres entraron en el lavabo y la miraron con extrañeza. Cathy se puso de pie y salió. Tenía que escapar y pasear un rato por el jardín hasta que la cabeza se le aclarara y pudiera volver a pensar. Tenía la sensación de que el mundo entero se tambaleaba y que ella era incapaz de mantener el equilibrio. Cualquier cosa menos lástima, pensó. Podría soportarlo todo menos eso.

Salió al recibidor y al jardín. Retazos de música se escapaban de la carpa y estaba a punto de escabullirse cuando oyó que alguien la llamaba.

Eric, uno de los hombres de la oficina de Stone, se acercaba sonriendo.

—Están tocando un vals, Cathy. ¿Quieres bailar?

Pero antes de que pudiera encontrar una forma educada de decirle que no, sintió más que oyó acercarse a Stone.

—Me temo que la señorita me tenía prometido este baile —dijo, tomando su mano, y Cathy sonrió a Eric a modo de disculpa.

—Te he estado observando —dijo cuando entraron en la carpa—. Temía que no te encontrases bien.

—Estoy bien. Es que tenía un pequeño problema con el pelo.

—El pelo y tú estáis preciosos esta noche —murmuró al tomarla en los brazos.

La música era preciosa y fácil de seguir. Había más parejas bailando y Cathy intentó dedicarse a contemplar sus disfraces, a absorber aquella maravillosa escena, lo que fuera con tal de evitar pensar en lo que acababa de saber, porque no tenía sentido hablar con Stone en aquel momento. Más tarde, cuando estuvieran solos, buscaría la verdad.

Pero ni siquiera el placer de estar en sus brazos era suficiente para dejar de pensar. ¿Hasta qué punto sería cierto lo que había oído? ¿Sería ella otro proyecto para él? Se recordó que eran amantes, y que al menos deseaba tenerla en la cama. No podía fingirse esa clase de pasión. ¿Sería bastante? No tenía respuesta para esa pregunta, pero tuvo la sensación de que iba a tener que bastar. Igual que la de Evelyn, su historia no iba a tener un final feliz.

Capítulo 14

Stone estaba contemplando cómo Cathy se quitaba las horquillas del pelo. Ya se había quitado el vestido y el maquillaje, y llevaba una bata corta color melocotón a juego con un camisón también corto.

Se estiró bajo las sábanas y la esperó con impaciencia. Aunque le gustaba verla así, preparándose para dormir, aquella noche estaba ya excitado y esperándola. Quería tener la entre los brazos, pegada a su cuerpo; quería besarla y saborearla. Quería deslizar la mano entre sus muslos y encontrarla ya húmeda, esperándolo.

—Pensar en ello no me hace la espera más fácil —murmuró entre dientes.

Cathy lo miró.

—¿Qué decías?

Terminó de quitarse las horquillas y empezó a pasarse el cepillo.

—Nada. Hablaba solo.

—Ah.

Volvió su atención al espejo y Stone frunció el ceño. Había algo diferente en ella aquella noche. En lugar de bromear, estaba callada.

—¿Ocurre algo?

Cathy dejó el cepillo, apagó la luz del tocador y se acercó a la cama, pero en lugar de meterse bajo las sábanas con él, se sentó con las rodillas bajo la barbilla.

—He oído cosas en la fiesta —dijo.

Así que era eso…

—No me sorprende. Muchos de ellos llevaban años sin verme. Puede que incluso pensasen que había muerto.

Eso le valió una sonrisa.

—Estoy segura de que se alegraron de comprobar que no es así.

—No estés tan segura. A mis competidores les encantaría —se colocó una segunda almohada bajo la cabeza—. Dime qué te ha molestado.

Cathy inspiró profundamente.

—Yo no diría que me haya molestado. Es que… sé que no es asunto mío.

—No tengo demasiados secretos.

—Oí a dos mujeres hablar sobre Evelyn. Una de ellas la conocía, y la otra sólo la había visto un par de veces. Dijeron que no estabas de luto por ella, porque nunca la habías querido.

Entonces fue Stone quien dudó. No debería sorprenderle que la gente hablase. Al fin y al cabo, él era buen material para el chismorreo. Llevaba años siéndolo, y el tiempo que había pasado en soledad le habría hecho aún más interesante… al menos, para determinado tipo de personas.

En el fondo, siempre había sabido que la verdad terminaría por aflorar, y Cathy era una parte tan importante de su vida que no podía seguir manteniéndola oculta, siempre y cuando no tuviera que decirle todo.

—Supongo que ha llegado el momento de hablar de ello —dijo con desenfado, pero será mejor que te acomodes, porque es una historia larga.

Dio unas palmadas sobre la almohada, pero ella contestó que no con la cabeza.

— Estoy bien aquí.

—Sabes que Evelyn y yo éramos amigos —empezó—. Tras la universidad, empecé a trabajar en el negocio de mi familia. Evelyn siguió estudiando para obtener un título de postgrado. Mis padres se dieron cuenta de pronto de que tenían un hijo que andaba por los veinticinco años y que había que casar. Celebraron unas cuantas fiestas e invitaron a todas las chicas que ellos consideraban adecuadas.

Yo sabía que se esperaba de mí que eligiese a una de ellas.

Recordó aquellos días. Era verano, por que Evelyn estaba mucho por su casa. Sus padres no querían invitarla a ella, por supuesto, pero sabían bien que no podían excluir a su mejor amiga.

—No pensé que fuese tan importante —admitió—. Yo nunca había estado enamorado, pero había tenido un montón de novias, y pensé que simplemente sería más de lo mismo. Pero el matrimonio es algo serio, y pasado un tiempo llegué a la conclusión de que no iba a permitir que me obligaran a escoger a alguien simplemente por quién fueran sus padres y por cuánto dinero pudiese aportar a la familia. La tensión se hizo tremenda entre mis padres y yo.

Recordaba bien las discusiones, los ruegos de su madre, la ira fría de su padre. Recordaba perfectamente la ocasión en que su padre lo llevó aparte para informarle de que los Ward llevaban generaciones casándose por el bien de la familia. Fue entonces cuando se dio cuenta de que sus padres no se habían casado por amor.

— Yo quería más —le explicó—. Al menos es así como empezó. Entonces, ya por puro espíritu de contradicción, me decidí a elegir a alguien que a ellos pudiera parecerles bien. Una tarde, me estaba quejando a Evelyn de la situación. Nombré todas las cualidades que quería encontrar en una mujer: alguien inteligente, buena conversadora, con un gran sentido del humor. Recuerdo que estábamos sentados en la playa. Me había tomado la tarde libre. Ella me miró y con una sonrisa me dijo: «alguien como yo». Entonces supe que tenía razón.

—Y le pediste que se casara contigo —concluyó Cathy.

—Sí. Y ella aceptó —Stone se frotó los ojos—. No sé en qué estaba pensando. En cierto modo, me parecía casi una broma, pero cuando ella empezó a hablar, me di cuenta de que iba en serio, y creí que yo también.

El pasado volvió como tantas veces.

—Dijo que estaríamos bien juntos, y yo supe que tenía razón. Siempre nos habíamos llevado bien. Nos gustaban las mismas cosas, compartíamos los mismos sueños, así que decidí seguir adelante, al menos durante un tiempo. Mis padres se pusieron furiosos y reaccionaron de la peor manera posible: prohibiéndome que me casara

con ella.

Cathy asintió.

—Y eso sólo sirvió para que tú te empeñases aún más.

—Tenía veintiséis años, pero tampoco puedo eludir mi responsabilidad.

Él era el culpable de lo ocurrido, porque había tenido ante las narices tantos signos…

—Estuvimos saliendo bastante tiempo después de comprometernos —dijo—. Más de un año. Fui yo quien insistió en que fuera así. Supongo que una parte de mí mismo sabía que lo que estábamos haciendo no estaba bien, pero no supe cómo pararlo o cómo mejorarlo —se aclaró la garganta—. Un par de meses después de sellar nuestro compromiso, me di cuenta de que Evelyn estaba enamorada de mí. Llevaba años estándolo. Casarse conmigo había sido su mayor deseo.

—Y tú no querías hacerle daño —dijo Cathy con suavidad.

Él asintió.

—Era tan importante para mí, que pensé que sería capaz de hacerlo funcionar. Yo la quería, pero como a una amiga, y en aquel tiempo no pensé que hubiera mucha diferencia. Estaba equivocado.

Había muchas cosas que no iba a contarle a Cathy. Cosas personales que Evelyn y él habían compartido. Todavía recodaba la primera vez que hicieron el amor, pero ese recuerdo no era como el de la mayoría de los hombres. Sabía que ella era virgen y había estado posponiéndolo todo lo posible. No es que tuviera problemas excitándose con ella, pero la pasión no había llegado a encenderse. Tras unas cuantas ocasiones, se dio cuenta de que empezaba a evitarla físicamente, y fue la inexperiencia de ella lo que le impidió darse cuenta de lo poco que hacían el amor, comparados con otras parejas. Al final, no había sido capaz ya de fingir.

—El matrimonio resultó ser un desastre —dijo—. Ella era incapaz de encontrar una razón que lo explicase, y yo me sentía culpable constantemente. Intenté solucionarlo, pero no sabía cómo. En lo único que podía pensar era en que yo había sido su único hombre y que nunca la había deseado a ella de ese modo.

Cathy se apretó las rodillas contra el pecho y se recordó que había sido ella quien había iniciado aquella conversación. Por razones que ya no podía recordar, había querido conocer toda aquella información, pero ahora lo lamentaba. Cuanto más le contaba, más real se volvía Evelyn. O peor: más similitudes encontraba entre sus situaciones.

Quería a Stone y sabía que él no la quería a ella. Pertenecían a mundos diferentes. Ella era virgen en su primer encuentro. La única diferencia era que no estaban casados y que él la deseaba físicamente… al menos, por el momento.

El cuerpo le dolía. Era como si los huesos se hubieran salido de su sitio. Le dolía respirar y tenía los ojos como llenos de arena. Sus palabras la laceraban como dagas. No importaba que no fuese Evelyn, porque ambas eran demasiado parecidas.

El amor no correspondido es una de las historias más antiguas del mundo, se dijo. Dios, cómo detestaba ser un cliché. La pena era que no había podido elegir. No había podido evitar querer a Stone, lo mismo que no podía dejar de respirar. Era involuntario.

—¿Estás bien? —preguntó él—. Te has puesto pálida.

«No debe saberlo nunca», pensó.

—Sólo estaba pensando en lo que me has contado. Siento que las cosas no salieran bien entre Evelyn y tú. Debía ser una mujer encantadora.

—Te habría gustado.

Seguramente no, a pesar de que tenían algo en común. Y no creía que a Evelyn ella le hubiera gustado. Habrían sido competidoras en un juego que ambas estaban destinadas a perder.

Stone apartó la sábana y dio una palmada en la sábana.

—Ven a la cama —dijo.

Ella asintió, se quitó la bata y se unió a él. Aquella historia era mucho más larga, pero no iba a presionarlo para que se la contara.

Stone la abrazó.

—¿Preferirías que no te hubiese hablado de Evelyn? —preguntó.

—No, en absoluto.

Él le apartó unos mechones de la cara y la besó.

—Te deseo —murmuró junto a su boca.

Más tarde, cuando ambos habían estado perdidos en el abismo de la pasión y habían encontrado el camino de vuelta a la realidad, Cathy estaba tumbada boca arriba en la oscuridad. Stone dormía a su lado. Aún tenían las manos entrelazadas.

Se dijo a sí misma que no importaba; que ella no era Evelyn y que su relación era muy diferente. Pero las palabras no le ofrecieron ningún consuelo, porque no eran verdad. Sí que importaba. No había forma de ignorar el pasado, ni la verdad inherente a la historia de su esposa. Él no la amaba, del mismo modo que no la amaba tampoco a ella. Y sin embargo, las dos lo habían querido. Al final, ese desamor había destruido a Evelyn. ¿Qué le ocurriría a ella?

Stone cerró el expediente.

—Ya basta por ahora —dijo, y miró el reloj de la pared—. Ula traerá la comida en un momento. Me ha dicho que ha preparado esa ensalada de pollo y mango que tanto te gusta.

Cathy sonrió.

—Es un encanto, pero no tengo hambre. ¿Podrías decirle que me la guarde para más tarde?

Stone frunció el ceño.

—¿No vas a comer?

—Puede que más tarde. Quiero ir a correr.

Y se levantó.

El principio del mes de septiembre estaba siendo caluroso, pero

soplaba una agradable brisa del océano. Cathy llevaba una falda corta y una blusa sin mangas, y ambas cosas mostraban con perfección su figura. Stone se encontró deseándola. No importaba el número de veces que hicieran el amor: él seguía sintiendo necesidad de ella. Pero Cathy entró en su despacho sin mirar hacia atrás, y de pronto no estuvo seguro de qué le diría si se lo proponía.

Algo había cambiado entre ellos. Lo venía notando desde un par de días después de la fiesta. Intentaba convencerse de que era cuestión hormonal o de presión de trabajo, pero ya no se lo creía. ¿Sería por lo que le había contado sobre Evelyn? ¿Estaría celosa?

No, no podía ser. Le había explicado lo de su matrimonio, y sabía ya que no quería a su mujer, al menos del modo que se espera. Desde luego, nunca la había deseado del modo en que la deseaba a ella. Eso tenía que saberlo. Su relación sexual era maravillosa para ambos, y ella siempre estaba preparada para él. Eran perfectos juntos. ¿Cuál sería entonces el problema?

Quizás estuviera sintiendo la misma confusión que él. Le gustaba tenerla a su lado, y a pesar de sus intentos por evitarlo, había llegado a sentir algo por ella. No estaba preocupado porque pudiera llegar a quererla, ya que nunca volvería a querer a nadie, pero tampoco deseaba perderla. No estaba muy claro qué clase de situación estaba viviendo.

Alguien llamó con los nudillos a la puerta. Por un instante, pensó que era Cathy que volvía, pero después se dio cuenta de que habían llamado a la puerta que daba al recibidor, y no del otro despacho.

—Adelante —llamó.

Ula entró. Como siempre, estaba perfecta con su vestido gris.

—He dispuesto la comida.

—Gracias. Cathy va a salir a correr, así que comerá un poco más tarde.

Ula asintió.

—Me he cruzado con ella en el recibidor y me lo ha dicho.

Hizo una pausa y él supo que tenía algo más que decir.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, ya que sería absurdo intentar evitar lo inevitable.

Dio un par de pasos en la habitación. A pesar de su estatura, o mejor de su falta de ella, era imponente.

—No puede seguir haciendo esto mucho más tiempo —le dijo, mirándolo a los ojos.

No estaba seguro de a qué se refería con «esto», pero tenía la impresión de que Ula iba a darle todos los detalles, así que se recostó en su sillón y permaneció en silencio.

—Ella no es un juguete —dijo Ula.

Ella era Cathy, por supuesto.

—Lo sé. Yo la respeto. Trabaja para mí y hace un gran trabajo.

Sabía que todo, aquello no tenía nada que ver con el trabajo, pero era la única carta que podía jugar.

—La chica está enamorada, y la está tratando como si sintiera algo por ella, cuando al final va a tener que enfrentarse al dolor. Debe dejarla marchar ya.

—No es así —protestó, intentando no recordar la primera vez que habían hecho el amor. Cuando se dormía, Cathy había susurrado un «te quiero». Después no había vuelto a repetirlo, y casi había conseguido convencerse de que no había pronunciado aquellas palabras en realidad… o bien, si lo había hecho, que no había puesto el corazón en ellas.

Desgraciadamente, ni siquiera él podía convencerse de una cosa así. Sentía algo por él lo bastante fuerte como para salir malherida. No quería que lo quisiera, porque él no merecía la pena, y por otro lado, sabía bien que no debía dejarse llevar por los sentimientos.

—Yo nunca le he dicho que pudiera esperar nada —dijo a la defensiva, tanto ante sí mismo como ante Ula.

—Se merece algo mejor. Ha sido maravillosa con usted, y así es como se lo paga, utilizándola como si no fuese una persona de carne y

hueso, merecedora de consideración.

—No es eso —protestó, aunque en el fondo sabía que podía tener razón.

—Es exactamente eso, y no sé que es peor: si que se esté mintiendo a sí mismo tratando de ocultarse la verdad, o que esté tan ciego e inmerso en sí mismo y en sus propios problemas que no sea capaz de ver lo que está ocurriendo en realidad.

Cathy se quedó mirando aquel pequeño vaso de plástico.

—¿Tengo que hacerlo?

La enfermera de pelo rizado sonrió.

—Eso me temo.

—Si es que he ido al baño justo antes de salir de casa.

—Hay una fuente de agua fría al final del pasillo —sugirió la enfermera—. Podría probar a beberse un par de vasos.

—En fin… primero probaré a ver lo que puedo hacer yo sola.

Cuando terminó, la enfermera la condujo a una consulta y le entregó una bata de papel.

— Estoy segura de que conoce ya la rutina —dijo—. El aire acondicionado sigue estropeado, así que puede dejarse los calcetines puestos.

—Ah, vale. Mucho mejor.

Cathy entró tras la cortina. Aunque detestaba ir al médico, sabía que era importante someterse a una revisión anual. Y quería que le recetasen anticonceptivos.

Dobló su ropa y se puso la bata. Como siempre, se sentía ridícula e indefensa en aquella camilla, y para distraerse, pensó en Stone. Su buen humor se desvaneció, y sólo entonces se dio cuenta de que había sido un error.

¿Cuánto tiempo pasaría hasta que Stone se diera cuenta de que algo iba mal? Seguramente ya lo sabía, pero le estaba dando tiempo. Además, no podía culparle de nada, porque se había metido en aquella relación sabiendo que nunca se enamoraría de ella, y que estar con él y perderle después siempre sería mejor que haberse quedado con la duda. No podía olvidarlo. Lo había prometido.

—Una promesa fácil de hacer cuando no sabes lo mucho que va a doler mantenerla —admitió.

A veces el dolor era tan intenso que no le dejaba respirar. Creía saber lo que hacía al iniciar aquella aventura, pero ahora no estaba ya tan segura. Seguía queriéndolo, y si acaso, sus sentimientos eran ahora más fuertes. Sería cuestión de tiempo el que se cansara de ella. Y entonces, ¿qué? ¿Qué sería de ella? ¿Adónde iría? ¿Podría seguir trabajando para él? ¿Querría él seguir teniéndola como asistente?

Unas preguntas demasiado peligrosas. Le gustaba su trabajo y no quería pensar que había creado aquel puesto por lástima. Por lo menos quería que respetase su capacidad. Quizás podría…

La puerta de la consulta se abrió y entró la doctora. Era una mujer de pelo gris y expresión agradable.

—¿Cathy? Soy la doctora Chastin, pero llámame Maddy, por favor. ¿Qué tal estás?

—Bien. Un poco nerviosa. Creo que a nadie le guste pasar por esto, pero sé que es necesario. Ah, le he dicho a la enfermera que me gustaría que me recetases anticonceptivos.

—Sí, me lo ha mencionado —la doctora se sentó en un taburete junto a la camilla—. ¿Mantienes una relación estable?

—Sí. Soy monógama, si es eso a lo que te refieres.

—Sí, pero no por las razones que te imaginas.

La doctora tenía una expresión bondadosa y las líneas de alrededor de sus ojos y su boca sugerían un carácter alegre que hacía que Cathy se sintiera muy cómoda.

— Es un poco tarde para anticonceptivos —le dijo, tomando su

mano entre las suyas—. Siempre hacemos la prueba de orina a nuestros pacientes, y la tuya ha dado positivo. Estás embarazada.

Capítulo 15

Cathy no recordaba demasiado sobre el resto de la consulta. Cuando tuvo de nuevo consciencia de sí misma, estaba ya sentada al volante de su coche con un puñado de folletos sobre cuidados prenatales. También había concertado una cita para su revisión. Tendría que ir con mayor regularidad al médico ahora que iba a tener un niño.

¡Un niño! Dios del cielo, estaba embarazada.

Se llevó la mano a su vientre aún plano. Había una vida creciendo en su interior y ni siquiera lo sabía.

Cathy dejó los folletos en el asiento de al lado y se abrochó el cinturón de seguridad. Lo que tenía que hacer era irse a casa y hablar de ello con Stone, pero la verdad es que todavía no estaba preparada. La cabeza le daba vueltas. Necesitaba tiempo para asimilar lo que estaba ocurriendo.

Salió del aparcamiento sin tener un destino particular en la cabeza. Diez minutos más tarde, vio una librería grande en la acera, cambió de carril, aparcó y entró. Tras unos minutos de búsqueda, encontró la sección de cuidados durante el embarazo, escogió varios volúmenes y se los llevó a una silla que había en un rincón.

No sabía qué debía buscar, así que los hojeó todos. Varios de ellos tenían imágenes por ultrasonidos, dibujos hechos con líneas e imágenes por ordenador de los diferentes momentos del desarrollo. Los miró, pero no sintió ninguna conexión con ellos. Estar embarazada tenía tanto sentido para ella como haber sido abducida por alienígenas.

Eligió uno que le pareció contener información comprensible. Tanto si quería creerlo como si no, iba a ser responsable de otra persona, e iba a tener que aprender qué hacer para cuidar de su salud y la de la nueva vida que crecía en su interior.

Pagó el libro y volvió al coche. Tenía que ir a casa y hablar con Stone.

¿Y qué iba a decirle? ¿Y qué contestaría él? Un estremecimiento le

confirmó que tenía miedo. Es más, estaba aterrorizada.

Sabía que quería estar con ella. Sabía que había pasión entre ellos, pero ¿qué más?

¿Había algo más? En el fondo de su corazón temía que si le pedía más, simplemente se separaría de ella.

Se mordió un labio e intentó controlar las lágrimas. Todo iba a desmoronarse. Lo presentía. Stone no había querido a Evelyn, a pesar de que ella lo había amado desesperadamente. Habían crecido juntos, y se conocían de años. Si Evelyn no había sido capaz de conseguir que se enamorase, ¿qué esperanza podía tener ella?

La historia se repetía, y él la dejaría marchar sin pensárselo dos veces.

Al llegar a casa y aparcar el coche, intentó decirse que estaba lanzándose a conclusiones precipitadas. Al fin y al cabo, Stone podía sorprenderla.

—¿Ah, sí? —Se dijo en voz alta—. ¿Dándose cuenta de pronto de que no puede vivir sin mí?

Imposible. Sencillamente imposible.

Pero tenía que averiguar la verdad. Se lo debía a sí misma y a él… bueno, a los tres.

Guardó los folletos en la bolsa junto con el libro y entró. Quizás si trabajaba un rato, conseguiría despejarse y aclarar los pensamientos, así que se dirigió a su despacho y contempló aquel mobiliario ya familiar.

Otra farsa. Se había estado engañando a sí misma. Ella no era una ejecutiva, sino la amante de un hombre rico que jugaba a tener un trabajo real para justificar su presencia en su vida. Ahora era una amante embarazada. No había nada único en aquella historia… incluyendo el hecho de que Stone iba a querer deshacerse de ella lo antes posible.

El dolor era tan intenso que le costaba respirar. Todo iba a terminar, y ella no podía hacer absolutamente nada para impedirlo.

Una voz en su interior le dijo que también podía ocultarle el embarazo, al menos durante un tiempo. Quizás…

No. No iba a jugar ese juego. Quería ser honesta por lo menos. Su relación había empezado con un montón de mentiras, pero terminaría con una verdad. Había sobrevivido sin él la mayor parte de su vida, y podría volver a hacerlo. Y en cuanto al bebé, ella se ocuparía de cuidarlo. Ya no era la persona débil e insignificante que había sido seis meses atrás. Había madurado y cambiado. Ahora era fuerte, y no podía olvidarlo.

Inspiró profundamente para hacer acopio de fuerzas, llamó a la puerta que separaba su despacho del de Stone y entró.

Él estaba trabajando en el ordenador. Cuando la vio entrar, sonrió. El sol se reflejaba en su pelo oscuro y su mejilla inmaculada estaba de cara a ella; como siempre, su belleza masculina la impresionó.

—¿Qué tal la cita con el ginecólogo? Espero que no haya intentado propasarse.

Cathy se sentó frente a él e intentó sonreír.

—En absoluto. Para empezar, la mayoría de médicos son buenos profesionales, y para terminar, era ginecóloga.

—Ah. Me alegro. En serio, supongo que eso te hará más fácil el reconocimiento. ¿Todo ha ido bien, entonces?

—Estoy perfectamente bien.

Se miró las manos. Normalmente solía llevar vestidos, o falda y blusa para trabajar, pero aquella mañana se había puesto unos pantalones y una blusa. Con el generoso salario de Stone, se podía permitir ropa bonita. Había pagado lo que le faltaba del crédito de la casa, había ahorrado algo de dinero y se había comprado un coche nuevo, de modo que no iba a necesitar mucho. Menos mal, porque no iba a tenerlo.

—Cathy, ¿qué pasa?

Con qué facilidad podía leerle el pensamiento. Sería una de las cosas que echase de menos. Eso y la risa, sus conversaciones sobre el negocio, la pasión, los abrazos, el hecho de que alguien supiera dónde

estaba todos los días y pudiese echarla de menos si llegaba tarde.

—He estado pensando en nosotros —dijo—. En el futuro. ¿Adónde crees que nos va a llevar esta relación nuestra? Me refiero a la personal, no a la profesional.

Stone guardó el archivo en el que estaba trabajando y se volvió de frente a ella. Ojalá ella tuviese la misma capacidad que él para leerle el pensamiento, porque su expresión era perfectamente indescifrable.

—Lo que quieres saber es si veo esto como algo que puede durar indefinidamente, ¿no?

Su voz era baja y formal, casi como si se estuviera dirigiendo a un grupo o haciendo una presentación.

Ella asintió.

—Sí, eso es.

—Ya —entrelazó las manos y las apoyó sobre la mesa—. Tú me importas, Cathy. Creo que eso ya lo sabes. Somos buenos amigos, trabajamos bien juntos y estamos bien viviendo juntos. Creo que eso es importante.

Tenía la sensación de estar siendo atravesada por cientos de flechas diminutas. En cierto modo, no había forma de continuar aquella conversación, pero había una parte de sí misma que necesitaba oírle decir las palabras.

—Tú no me quieres —dijo.

—No.

Algo dentro de ella murió y la invadió una terrible frialdad. La habitación le dio una vuelta y después se detuvo.

—No es culpa tuya —añadió—, y te ruego que no te lo tomes como algo personal. Es que yo no podría querer a nadie, pero si las cosas pudieran cambiar, estoy seguro de que sería contigo. Lo siento.

Sí; ella también lo sentía.

—Pues a mí me parece algo muy personal —consiguió decir.

Menos mal que la voz no le había temblado.

—Cathy, no. No lo tomes así. Yo… —la voz le falló—. Es por Evelyn.

Aquello no tenía sentido.

—Tú nunca la quisiste, y sé que no estás de luto por ella. Me lo dijiste tú mismo.

—Lo sé, y es verdad, pero debería haberla querido. Se lo debía —hizo una mueca—. Estaba celosa. Cuando dejé de… —carraspeó—. La parte física de nuestro matrimonio se deterioró rápidamente y después de un tiempo, ella se convenció de que había alguien más. No lo había, pero no conseguía que me creyera.

Sus ojos oscuros contemplaron un pasado que ella no podía ver.

—Intenté enamorarme de ella. Si lo conseguía, todo se arreglaría, pero aprendí que eso es algo que no se puede forzar. Respetaba a mi mujer, disfrutaba con su compañía y la quise con tanta intensidad como jamás he querido a otra persona, pero como amiga. Nada más. Entonces fuimos a aquella maldita fiesta. Ojalá pudiera decirte que estaba tan borracho que no me enteraba de nada, pero no es verdad. Yo no tenía intención de ir más allá después de que me besara, pero le dejé hacer. Permití que otra mujer me arrinconara y me besara. Después la besé yo —se frotó los ojos—. Y lo peor de todo es que me excitó.

Bajó las manos y la miró.

—Eso es lo que Evelyn vio. Me vio besar a otra mujer, y cuando me separé, vio que estaba excitado. La última vez que habíamos intentado hacer el amor, yo no había conseguido una erección, pero allí estaba, listo y dispuesto para hacerlo con otra mujer.

Cathy no quería oír nada más. Conocía el fin de la historia y estaba segura de hasta qué punto tenía que ver con ella. Stone tenía razón. En cierto modo, aquello no era una cuestión personal, pero lo importante era que, por mucho que ella lo quisiera, él no sentía lo mismo.

—No necesito decirte que nos marchamos inmediatamente —continuó—. Yo estaba demasiado borracho para conducir, así que

Evelyn condujo. En cuanto llegamos a la autopista empezamos a discutir. Ella tenía por fin la prueba que había estado buscando; sus temores sobre mi supuesta infidelidad estaban confirmados. Intenté explicárselo, pero no quiso escucharme. Lo único que quería saber era que ella no podía excitarme y que aquella mujer sí. La había destrozado. Siempre la había querido y al final, le hice más daño del que le habían hecho en toda su vida.

Guardó silencio durante unos minutos; fue Cathy quien tomó el hilo de la historia.

—Esa fue la noche del accidente.

No era una pregunta.

—Murió en el acto, pero yo sobreviví. Evelyn murió pensando que la había traicionado. Lo único que quería era que nos quisiéramos, y ésa era la única cosa que no pude darle. Jamás podré compensar eso, y me voy a volver loco.

Las piezas del puzzle encajaron a la perfección. Cathy creía comprender el final de la historia, pero se equivocaba. La cuestión no era que Stone no la quisiera por no haber querido a Evelyn. Eso era muy sencillo. Quería compensar lo ocurrido entre su mujer y él. Quería compensarla, pero como ella ya no estaba, había encontrado a alguien a quien ayudar. De una forma un tanto extraña, había ocupado el lugar de Evelyn en su vida. Debía pensar que, haciendo obras de caridad, podía compensar el pasado.

—Crees que soy Evelyn —dijo.

—Por supuesto que no. No tenéis nada en común.

Cathy se levantó porque la necesidad de moverse era imperiosa y tras cruzarse de brazos, se acercó a la ventana.

—No sé cómo no lo he visto antes —dijo, más para sí misma que para él—. Hay tanto parecido…

—No os parecéis en nada.

—Dime en qué somos diferentes.

—Yo te deseo —dijo, como si bastase la pasión. Como si el hecho

de que quisiera tenerla en su cama compensase el hecho de no quererla.

—Eso no es suficiente. Me has utilizado como medio para alcanzar un fin. No soy más que un proyecto para ti, y no una persona real.

Pensó en el hijo que llevaba dentro. Si no era real, ¿qué pensaría del bebé? La idea le hizo estremecerse.

—Cathy, tú no lo entiendes.

Se volvió bruscamente hacia él.

—Lo entiendo perfectamente. Has estado jugando con mi vida, y eso no se puede hacer, Stone. No puedes sacar a una persona de su mundo, cambiar sus circunstancias y después no aceptar la responsabilidad por lo que has hecho. ¿Qué te creías, que iba a aceptar todo esto y después, un buen día, marcharme y no volver a pensar en ti?

—No, claro que no. No había pensado nada de eso. Tú me importas. Creía que éramos amigos. Sólo quería ayudar.

—Y al mismo tiempo, deshacerte un poco de la culpabilidad que sientes por lo de Evelyn.

Su expresión se endureció.

—Nada cambiará lo que ocurrió con ella.

—Tienes razón —espetó, mirándolo fijamente—. ¿Por qué no me habré dado cuenta antes? Nada cambiará lo que sientes por el pasado. Supongo que los dos hemos actuado sin pensar.

Él habló, pero ella ya no le escuchó por que la necesidad de escapar era imperiosa. Salió del despacho, entró en el suyo, recogió el bolso y se marchó. No sabía adónde se dirigía, pero tenía que salir de allí como fuera.

Stone estaba sentado solo, en la oscuridad. No quería ver la habitación que habían compartido. En las sombras podía fingir estar en cualquier otra parte menos en el dormitorio en el que habían

pasado horas tan felices juntos. Desgraciadamente la oscuridad no podía ocultar el aroma de su perfume, al igual que tampoco podía borrar lo que se habían dicho el uno al otro.

Sabía que le había hecho daño. Sin querer, había hecho precisamente lo que intentaba evitar. Había pensado que podían ser simplemente amigos, pero Cathy había tenido razón en todo lo que le había dicho. Se había inmiscuido en su vida sin pensar en las consecuencias.

Cathy se había dado cuenta de que pensaba en ella como un proyecto, y si no podía compensar el pasado, al menos podría conseguir que cobrase sentido. Había tardado un tiempo en darse cuenta de que ella era una persona con su propio destino, pero para entonces ya era demasiado tarde. Ya eran amantes.

Había actuado de un modo egoísta e irreflexivo. Ula había intentado advertirle, pero él no había querido escuchar. Había hecho lo que no tenía que hacer, aunque para ello sus razones fuesen poderosas, y ahora Cathy estaba pagando el precio.

¿Por qué había salido todo tan mal, cuando él sólo pretendía ayudar? ¿Por qué no se había dado cuenta de lo que estaba haciendo?

Se quedó sentado en silencio durante un rato, esperando que llegase la respuesta, que por fin llegó hasta él. En un momento de revelación seguido por un profundo desprecio de sí mismo, se dio cuenta de que era un cerdo egoísta que se creía más listo que nadie. Había dado por sentado que sabía lo que hacía y que trabajaba por conseguir un bien mayor, cuando en realidad lo había hecho todo por su propio interés y por el de nadie más.

Miró el reloj. Era casi medianoche. Llevaba horas fuera. ¿Y si no volvía? ¿Y si volvía? ¿Qué iba a decirle? Podía disculparse, pero eso no sería nada después de lo que había hecho.

Como si sus pensamientos hubieran tenido el poder de conjurarla, oyó sus pasos en el pasillo, y encendió la luz justo cuando ella entró en la habitación.

Estaba despeinada y tenía ojeras. A pesar del poco maquillaje que le quedaba a sus mejillas, parecía pálida y cansada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, medio levantándose, pero ella,

con un gesto, se lo impidió.

—No sé cuáles son tus planes respecto al trabajo —le dijo desde la puerta—, pero no me importan.

Sabía que no iba a querer saber nada de él como amante, pero no se había imaginado que dejaría también el trabajo.

—Creía que te gustaba tu trabajo —dijo—. A mí me gustaría que te quedases. Eres muy buena.

—También soy muy buena en tu cama, pero eso no quiere decir que esté dispuesta a seguir haciéndolo —espetó con rabia—. No pienso ser la querida de ningún hombre, ni siquiera la tuya.

Si pretendía dejarle clavado, lo había conseguido.

—Por favor, quédate —le dijo antes de poder contenerse.

—No. No puedo.

—No quieres, que no es lo mismo.

—Déjate de semánticas, Stone. Hubo un tiempo en el que habría aceptado tu ofrecimiento. Me habría quedado aun sabiendo que no había futuro aquí. Pero he cambiado. Me creo digna de mucho más. Tú me lo has enseñado. La próxima vez, ten más cuidado con quién te traes del arroyo.

—No, no ha sido así, y lo sabes. No intentes convertirte en un objeto. Llevábamos dos años siendo amigos antes de que todo esto empezase, y para mí eso tiene un valor, aunque para ti no lo tenga.

—Estoy de acuerdo en que eras una parte importante de mi vida; demasiado importante diría yo. Por eso me ha resultado tan fácil caer aquí. Pero ahora necesito más. Necesito encontrar mi propio camino, mi propio lugar.

—Tu lugar está conmigo.

—¿Cómo qué? ¿Como empleada? ¿Como la mujer que se ocupa de tus necesidades físicas? No pienso ser tu puta.

Eso le obligó a levantarse de la silla.

—Nunca te he tratado mal. Has tenido mi confianza, mi respeto y mi afecto desde el día que llegaste, y no fui yo quien empezó lo nuestro. Jamás lo habría hecho, porque no quería ponerte en una posición difícil.

Cathy perdió la energía para la lucha, se apoyó en el marco de la puerta y cerró los ojos.

—Tienes razón. Lo sé. Has sido decente conmigo, pero también es cierto que me has utilizado para sentirte mejor. He sido un proyecto a través del cual desahogar tu culpa.

No debería sorprenderle que hubiese sido capaz de casar las piezas, pero aun así le resultó doloroso que se hubiera dado cuenta.

—Cathy, yo…

Pero no le dejó hablar con un movimiento imperioso de la cabeza.

—Querías arreglar mi vida y lo has hecho —dijo, mirándolo a los ojos—. Gracias por toda tu buena intención. Quizás debería haber bastado, pero no ha sido así. Estás intentando arreglar el pasado, aunque ese no es el verdadero problema. Tu verdadero conflicto es que sientes terror por llegar a querer a alguien. Quisiste a Evelyn y crees que fue ese amor lo que la destruyó, y te prometiste a ti mismo que eso no volvería a ocurrir. La pena es que tener eso como meta en la vida es francamente triste.

Era como si hubiese podido leer la oscuridad de su alma.

—Tú no destruiste a Evelyn —siguió—. Ojalá pudiera convencerte de eso, pero no puedo. Te equivocaste al casarte con ella sabiendo que no podías amarla del modo en que un hombre debe querer a su mujer, pero ella también se equivocó. Se equivocó por retenerte a su lado e intentar que la culpa te empujara a quererla. Y como tú ya sabes bien, uno no puede obligarse a querer a nadie.

Dio un paso hacia él, pero no se acercó.

—Y yo también lo sé —dijo con suavidad—, porque llevo meses queriéndote y esperando que tú llegases a quererme —se encogió de hombros—. Pero no ha sido así, y no hay nada que pueda hacer al respecto. No es culpa tuya ni mía. Simplemente ha sido así, y ahora la

cuestión es que queriéndote como te quiero, saber que tú nunca llegarás a quererme me hace imposible seguir aquí. Crecí cuidando de mi madre, y perdí casi todos mis sueños por el camino. Gracias a ti, he conseguido recuperarlos, y no pienso volver a perderlos, así que tengo que empeñarme en hacerlos realidad. Creía que íbamos a poder hacerlo juntos, pero tendré que contentarme con seguir sola.

Con qué facilidad hablaba… él apenas podía mantenerse en pie, y ella parecía estar perfectamente. Casi como si todo aquello no tuviese importancia.

Ella lo quería. Seguramente ya lo sabía, aunque no había querido verlo. Había entrado en su vida y ahora iba a marcharse. ¿Cómo iba a sobrevivir sin ella?

—Cathy, no… no tiene que ser así.

—Tiene que serlo. Tú quieres vivir con tu dolor y tus cicatrices. Estás muy cómodo aquí, escondido como un animal herido. Ya sabía los riesgos que corría al enamorarme de ti. Sabía que era probable que nunca llegaras a sentir lo mismo por mí, pero de todas formas, permití que ocurriera. Corrí el riesgo. Ha debido ser el primer acto de valentía de mi vida, y me sentí bien —se irguió para continuar—. Ahora duele. Me duele respirar, hablar, estar aquí delante de ti como si no me estuviera muriendo por dentro, pero lo estoy haciendo. Voy a sobrevivir; yo estoy dispuesta a correr el riesgo y tú no.

—Yo también he corrido riesgos —dijo, en un débil esfuerzo por defenderse, cuando en el fondo sabía que todo lo que le había dicho era verdad… ella era valiente, y él un cobarde.

—No estoy hablando de negocios —replicó—, sino de la vida personal. Tú te escondes para no enfrentarte a la responsabilidad de lo que sientes o de lo que haces con los demás. No es que no te permitas querer a nadie… es que ni siquiera te permites quererte a ti mismo.

Sus palabras le dieron de lleno.

—He aceptado la responsabilidad por lo que te he hecho a ti. Me equivoqué y lo siento. No era mi intención hacerte daño.

—Ya, pues lo has hecho —miró a su alrededor—. Echaré de menos este lugar. Ha sido una fantasía preciosa —volvió su atención sobre él —. Llamaré a Ula por la mañana y le pediré que me haga el equipaje,

y vendré por él más tarde, si te parece bien.

Stone dio un paso hacia ella. No podía marcharse. Así, no. No sin darle otra oportunidad.

—No te vayas. Aún podemos conseguir que esto funcione.

—No, no podemos. Además, sería demasiado doloroso para mí estar contigo todos los días y saber que no me has querido. Necesito empezar de nuevo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Adónde vas a ir?

—Eso no es asunto tuyo. Tú ya has hecho lo que querías hacer: arreglar mi vida. Enhorabuena.

—Cathy, no te vayas así. Déjame por lo menos que te haga un cheque. Necesitarás dinero para empezar. Podrías montar un negocio o algo así. Estaría encantado de poder financiarte.

Su mirada se volvió fría como el hielo, y en aquel momento vio en sus ojos algo que no había visto nunca: en aquel momento, lo odiaba.

—Si piensas que todo esto tiene algo que ver con el dinero, es que no me conoces en absoluto.

Capítulo 16

Cathy se sentó en la cama que había ocupado durante los primeros meses de su estancia en casa de Stone. Se llevó las rodillas al pecho y apretó con fuerza, pero sabía que no iba a poder contener los sentimientos que iban a romperla en mil pedazos.

Todo su ser le dolía. Sólo respirar le producía más dolor del que había sentido en toda su vida. No dejaba de repetirse que ella ya sabía que iba a ser así, que ya sospechaba que no sentía nada por ella… al menos no del mismo modo que ella. Pero pensarlo y oírlo eran dos cosas muy distintas.

Ojalá pudiera llorar. Quizás así se sentiría mejor. Quizás así podría empezar a sanar, pero por el momento las lágrimas no acudían a ella. Sólo el dolor y la sensación de que iba a necesitar más de una vida para sobreponerse al dolor de querer a Stone.

Aunque intentaba no pensar en ello, sus palabras reverberaban en su cabeza. Había llegado a ofrecerle dinero, como si fuese una mujer que hubiese comprado. Como si de verdad fuese una puta. Quizás eso era lo que más le dolía. Podía comprender que una persona no se enamorase de otra, pero tener que soportar que la tratase así… eso le quitaba su cualidad de persona ante sus ojos, y era más de lo que podía soportar.

Se tumbó de lado en la cama y volvió a apretarse las rodillas. Un plan. Necesitaba un plan. «Piensa en lo que vas a hacer ahora», se dijo. Quizás consiguiera distraerse.

Primero tenía que salir de allí. En cuanto fuese capaz de respirar, tenía que marcharse. Era más de las doce, así que no se molestaría en llevarse muchas cosas. El bolso, quizás un par de prendas. Ya llamaría a Ula por la mañana. Cathy esperó sentirse humillada, pero no fue así. No sabía qué pensaría Ula sobre lo que había ocurrido, pero en el fondo sabía que su corazón la comprendería.

Después tendría que ocuparse de que algún servicio de esos de mensajería viniese a buscarlo.

Segundo: tenía que tomar unas cuantas decisiones sobre su futuro. Un trabajo y algunas clases en la universidad. Por lo menos el tiempo

que había pasado con Stone le había enseñado que le gustaba el mundo de los negocios.

Tendría que empezar a ahorrar porque estaba embarazada de mes y medio y el niño iba a necesitar…

El inesperado sollozo le desgarró la garganta. Un hijo. Dios, iba a tener un hijo. Las lágrimas rodaron por su sien y le humedecieron el pelo. Se llevó una mano a la boca y la otra al vientre donde crecía una vida en ciernes.

No estaba segura de qué significaban aquellas lágrimas. Aunque no tenía pensado quedarse embarazada, siempre había deseado tener una familia. Lo mejor hubiera sido tener un marido a su lado, pero había descubierto hacía poco que era una mujer fuerte, así que a los dos les iría bien solos.

Las lágrimas cedieron. Al final, tendría que decirle a Stone la verdad. Se merecía saber de su hijo, aunque seguramente sería absurdo. No había querido saber nada de ella, así que lo más probable era que tampoco le importase el niño. De todas formas, tenía que decírselo, pero no en aquel momento. Necesitaba unos cuantos días para recuperar fuerzas.

Cuando después de un buen rato se quedó sin excusas, se incorporó y se levantó. Estaba temblorosa y cansada, lo cual no era de extrañar, teniendo en cuenta por lo que había pasado aquel día.

Sacó una pequeña maleta del armario y la llenó con lo que creyó que iba a necesitar hasta que tuviese el resto de sus cosas. No tardó mucho. Entonces, llegó el momento de marcharse.

Caminó hasta las escaleras, pero en vez de bajar, y a pesar de saber que era un error, pasó de largo y se adentró en el pasillo que conducía hacia el despacho de Stone, en el que brillaba aún la luz.

No se había ido a dormir. No era extraño. Apenas dormía. Sabía que no quedaba nada que decir, pero quería verlo por última vez, así que inspiró profundamente y entró en su despacho.

Stone estaba sentado tras su mesa, con la mirada perdida. Tenía las arrugas de alrededor de los ojos y la boca más marcadas, y sus cicatrices parecían especialmente pronunciadas.

Enfocó la mirada al verla entrar y reparó en su maleta.

—Te marchas.

— Sí. Enviaré a alguien por mis cosas.

La miró a la cara, y ella sintió su atención como si fuese un roce, como si le hubiese tocado la mejilla.

—No te vayas —le rogó—. No me dejes. No tiene que ser así, Cathy. Lo que tenemos es muy especial, y no quiero perderlo. Y creo que tú tampoco.

No se había dado cuenta de que aún esperaba lo imposible hasta que sus esperanzas se estrellaron contra el suelo. Le había pedido que se quedase porque compartían algo especial y no quería perderlo. Ya era algo, claro, pero no lo que ella quería. No era amor.

—No puedo —le contestó—. Quiero más que eso. He aprendido que me merezco más. Tengo que ser más que tu proyecto de salvación multiuso.

—Eso no es justo. Aunque tengo que admitir que las razones que me empujaron a ayudarte eran complejas, tú haces que parezca que tu persona no tenía importancia, y eso no es verdad. Yo siento algo por ti.

—Amistad.

—Sí.

—Soy una amiga con la que acostarse.

—Somos amantes.

—Amantes sin amor.

Stone bajó la mirada. Aquello no tenía sentido, se recordó Cathy. No podía cambiar sus sentimientos.

—Te deseo lo mejor, Stone. Espero que puedas conseguirlo. Te quiero lo bastante para desear que seas feliz, pero eso no va a ocurrir hasta que te permitas querer a alguien, y para eso necesitas liberarte de tu pasado. Espero que consigas hacerlo, pero lo dudo. La

compasión que sientes por ti mismo lleva acompañándote demasiado tiempo y creo que en el fondo tienes miedo de superarla. Vives esta vida a medias con la esperanza de compensar lo que le ocurrió a Evelyn. Pero la verdad es que el accidente no fue culpa tuya. Pero si admites eso, tendrías también que perdonarte a ti mismo y admitir que no haberla querido no fue algo abominable. Por alguna razón, has decidido que Evelyn era perfecta… y por lo tanto tienes que ser tú el culpable de todo —se encogió de hombros—. Pero, al fin y al cabo, ¿qué sé yo? Buena suerte, Stone, y procura no recluirte en tu preciosa prisión hasta el final de tus días. Hay un mundo ahí fuera que todavía tiene mucho que ofrecerte.

—¿Volveré a verte?

Hubiera querido decir que no. Sería mucho más fácil para ella cerrarle definitivamente la puerta de su vida, pero era una decisión que no sólo le incumbía a ella. Dentro de unos días, tendría que hablarle del bebé.

—Sospecho que sí —dijo, y se marchó.

Stone la vio alejarse. Cuando la puerta se cerró, se dejó caer en su sillón intentando convencerse de que era lo mejor. Cathy se estaba acercando demasiado, y si permitía que aquella situación continuase, sólo conseguiría herirla más. Mejor que siguiera adelante con su vida ahora que aún podía.

Y en cuanto a él… bueno, se sobrepondría si ignoraba la angustia que sentía por dentro, el agujero negro que ocupaba el lugar de su corazón.

Pero a medida que fue avanzando la noche y el silencio se hizo más profundo, la sensación de que la vida se le estaba escapando se hizo más intensa. No quería volver al vacío en el que había habitado antes de conocer a Cathy. No sólo no iba a volver a verla, sino que además había perdido el derecho a ser su amigo. Ella era su único nexo de unión con el mundo, y ahora no le quedaba nada.

—Cathy —dijo en voz alta, echándola ya de menos más de lo que creía posible.

La había deseado tanto que no se había dado cuenta de que parte de ese deseo era no dejarla marchar de su lado.

¿Y qué quería decir eso? No podía ser que albergase un sentimiento profundo por ella. No podía ser… amor.

Amor. Pronunció mentalmente aquella palabra una y otra vez. No sabía qué significaba querer a una mujer. No lo había experimentado nunca y, además, no le estaba permitido. Después de lo que había hecho, no.

Siempre volvía al pasado. A Evelyn. Al horror de aquella noche.

—Lo siento —le dijo a la oscuridad—. No debería haberme casado contigo. Ahora me doy cuenta. Debería haberte dicho la verdad, y no hacerte concebir esperanzas.

Cathy le había dicho que no había sido una crueldad no querer a Evelyn, y se preguntó si sería cierto. Aunque, qué mas daba… al final, había terminado por traicionarla.

Aquellos pensamientos le llenaban la cabeza. Revisó el pasado una y otra vez, intentando encontrar dónde había fallado, hasta que de pronto se dio cuenta de que la luz no provenía de la lámpara de sobremesa, sino que se derramaba a través del cristal de la ventana. El día. Su primer día sin ella.

Un rato después, oyó pisadas por el pasillo. Ula entró en el despacho, se acercó a su mesa y lo miró fijamente.

—¿Se ha marchado?

Stone asintió.

—Ya.

Su ama de llaves siempre tan imperturbable, parecía estar teniendo dificultades para contener las lágrimas.

—Lo siento —dijo él—. Quería marcharse, y yo no he podido hacer que se quedara.

—Claro que habría podido —espetó Ula—. Siempre hay otra posibilidad. Lo que pasa es que así era más fácil, ¿verdad?

Stone tuvo la misma sensación que si le hubiese dado una bofetada.

—Cathy se merece algo mejor que yo.

Ula elevó hacia el cielo la mirada.

—Eso lo sabemos todos, pero por alguna razón, es a ti a quien quiere. Te quiere a ti, Stone Ward. Es perfecta para ti, pero eres demasiado testarudo y estás demasiado atrapado en el pasado para verlo.

Stone se rozó la mejilla, reconociendo el patrón familiar de sus cicatrices.

—No tengo nada que ofrecerle. No puede quererme así.

—Entonces, cambia. Yo quería a la señorita Evelyn como si fuese mi hija. Sé que tuvisteis problemas. Tú lo hiciste mal por un lado, pero ella por otro. Olvídalo. Supéralo. Guarda los buenos recuerdos en tu corazón y deja ir al resto. Si sigues viviendo así, hubiera sido mejor que murieras en el accidente.

Su ira y su frustración eran tangibles. Temblaba delante de él.

—No te atrevas a abusar del regalo que te ha sido concedido —le ordenó—. Ya has malgastado bastante tiempo, y es un tiempo que no recuperarás. Puedes ser feliz durante los años que te queden, o puedes ser un miserable. Por una vez en tu vida, no seas un idiota y haz lo que tienes que hacer.

Y tras dar media vuelta, salió.

Stone se levantó como para seguirla, pero volvió a sentarse en su sillón. ¿Tendría razón Ula? ¿Tendría razón Cathy? ¿Habría sido un imbécil, un cobarde que se escondía tras el sentido de culpa? ¿Tendría miedo de correr riesgos sólo porque era un cobarde? ¿Estaría dispuesto a perder a alguien tan maravilloso como Cathy sólo porque tenía que correr un riesgo? No podía ser, ¿o sí? Porque si era cierto que se estaba ocultando sólo por miedo, tendría que planteárselo y realizar algunas modificaciones en su forma de actuar. No podía seguir comportándose como un cobarde.

Cathy aparcó frente a su casa de North Hollywood. Habían pasado

ya dos semanas y aquel lugar seguía sin parecerle su hogar. Quizás nunca volvería a serlo.

Recogió la compra y entró. Al volver allí, se había pasado cuatro días limpiando a fondo la casa. Había revisado la mayor parte de las cosas de su madre, una tarea que llevaba años posponiendo. Después había confeccionado unas cortinas nuevas para la cocina, se había comprado un edredón barato para la cama y una jardinera para la ventana del salón. A ella y a su bebé les gustaría ver crecer las flores cada día. Después, había vuelto a su antiguo trabajo.

Entró en la cocina y empezó a colocar la compra. Tenía una sensación extraña, como si se estuviera moviendo dentro del agua. El mundo parecía ser ahora en blanco y negro.

—Tiempo —se recordó mientras guardaba la leche en la nevera—. Necesito un poco más de tiempo para sobreponerme. Después, lo olvidaré, y al final, volveré a sentirme como antes —una pausa y una sonrisa—. Bueno, casi.

No quería volver a su vida de antes. Era demasiado horrible. El destino le había ofrecido una segunda oportunidad y no iba a desperdiciarla. Pero a veces era tan difícil…

Cuando terminó de colocar las cosas, se sentó a la pequeña mesa de la cocina y sacó el catálogo de la universidad. Era demasiado tarde para inscribirse oficialmente en el curso, pero la universidad tenía un programa especial para adultos que querían seguir las clases. Si había suficiente espacio, no tenían más que pagar una pequeña cantidad y podían asistir a las clases. Ya había elegido tres asignaturas a las que quería asistir. Empezaban aquella tarde. Por otro lado, tenía unos ahorrillos, un seguro de enfermedad decente y la casa estaba pagada. Mirándolo bien, era muy afortunada.

Sólo le quedaba una cosa por hacer.

Miró el teléfono. Ya llevaba demasiado tiempo posponiéndolo, y no quería admitir la razón, ni siquiera ante sí misma. No había llamado a Stone para hablarle del bebé porque esperaba que fuese él quien se pusiera en contacto con ella.

—Qué ilusiones más tontas —dijo en voz alta. Pero era un sueño al que se había aferrado con todas sus fuerzas. Cada noche, al llegar a casa esperaba encontrar parpadeando la luz de su contestador. Incluso

había llegado a pensar que la llamaría al servicio de contestador, pero habían pasado ya catorce días y Stone no había intentado ponerse en contacto con ella.

Inspiró profundamente.

—No hay momento como el presente —se recordó, y miró el reloj. Apenas eran las diez de la mañana. Podía llamar a Stone y llegar perfectamente a su primera clase. Había cambiado el turno y trabajaba por las tardes, de modo que podía asistir a clase tres días por semana.

Marcó el número intentando ignorar el temblor de las manos y el nudo que sentía en el estómago. No tenía ni idea de qué iba a decirle.

—Residencia Ward.

A pesar del miedo, sonrió.

—Hola, Ula. Soy Cathy.

—Ya era hora. Dijo que se mantendría en contacto y yo la creí.

—También usted podría haberme llamado —protestó.

—Lo sé, pero no quería recordarle esto si estaba intentando dejarlo atrás.

Sabía que «esto» era Stone.

—Te agradezco la preocupación.

—¿Cómo está?

—Bien —Cathy la puso al día—. Gracias por enviarme mis cosas. No tenía que hacerlo. Yo podría haberme ocupado.

—Quería ayudar, y eso era todo lo que podía hacer.

Charlaron unos minutos más y después Cathy reunió el valor suficiente para preguntar:

—Necesito hablar con Stone, Ula. ¿Podría ponerme con él?

El ama de llaves guardó silencio un instante y Cathy empezó a preguntarse si no le habría dado instrucciones de que no quería hablar con ella.

—No puedo —contestó—. El señor Ward no está.

Cathy se quedó mirando el auricular como si de pronto hubiese oído hablar en una lengua desconocida.

—¿Qué quieres decir?

—Que se ha ido. Cathy, lo siento. No sé qué decir. Hace cinco días, bajó con dos maletas. Me dijo que iba a marcharse y que cuidase de la casa mientras él estuviera fuera. Yo pensé… —la voz le tembló—, yo pensé que iba a ir a buscarla.

Cathy creyó que no iba a poder soportarlo. Stone no se había molestado en ponerse en contacto con ella y ahora se había marchado.

—¿No sabe dónde está? —preguntó inútilmente.

—No. No tengo la más remota idea, se lo prometo. Este hombre en un absoluto… —hizo una pausa y suspiró—. No importa. Ojalá pudiera ayudarla. Sé lo que siente, y ha sido maravillosa con él. Podría haberle ayudado a recuperarse si él se lo hubiera permitido. Va a lamentar haberla perdido.

Ojalá estuviera en lo cierto, pero en aquel momento, sus palabras no le sirvieron de consuelo. Los ojos se le llenaron de lágrimas. No le había hablado a Stone del bebé y ahora se había marchado.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Ula. Cathy negó con la cabeza, pero después se dio cuenta de que no podía verla.

—No —balbució—. Yo sólo… tengo algo importante que decirle. Si sabe algo de él, ¿podría decirle que me llame?

—Por supuesto. Lo siento mucho Cathy. Espero que no deje de llamar de vez en cuando.

—Lo intentaré.

No podía ser más sincera, porque en aquel momento dudaba de que fuese capaz de hablar con Ula o con cualquier otra persona.

—Tengo que irme. Cuídese.

Y colgó.

No supo cuánto tiempo estuvo sentada allí. Stone se había marchado. No iba a ir a buscarla. No iba a llamar. Había desaparecido de su vida. Nunca le había importado.

Al final, apoyó los brazos en la mesa, bajó la cabeza y lloró hasta que ya no le quedaron lágrimas.

Cuando por fin se levantó, vio que eran las once y media. Tenía que marcharse si quería llegar a clase. Recogió el bolso y el catálogo, pero se detuvo. ¿Qué sentido tenía ir a clase? ¿A quién quería engañar? ¿La universidad, ella? Era demasiado mayor. Esperaba un niño. Tardaría demasiado.

—Olvídalo —se dijo en voz alta—. Ve a trabajar, vuelve a casa, espera a tu hijo. Eso es suficiente. No necesitas hacer nada más. Fíjate cuánto tiempo sobreviviste antes sin hacerlo.

Sin pensar, se acercó al armario de la cocina, lo abrió y arrugó la nariz. Pan integral, galletas bajas en calorías, sopa. Ni una sola galleta de verdad, ni una tableta de chocolate. Necesitaba chocolate, y lo necesitaba ya.

Tomó el bolso y salió. En la puerta, reparó en que habían traído el correo; sacó los sobres e iba a lanzarlos sobre la mesita del recibidor cuando una caligrafía que le resultaba familiar llamó su atención. Era la letra de Stone.

El corazón le dio un vuelco. Abrió el sobre. ¿Qué sería? ¿Una nota? ¿Un billete? ¿Una explicación?

Dinero. Un montón de billetes de cien dólares. Contó. Cinco mil. Había una cuartilla doblada con una sola frase: «Recibirás la misma cantidad cada mes».

El bastardo ni siquiera se había molestado en firmar con su nombre.

Cathy miró el dinero. Así que esa era su forma de pensar en ella. Bien. Ahorraría el dinero para su hijo. Quizás empezaría a guardar

para cuando llegase el momento de ir a la universidad.

Miró a su alrededor como si de repente no recordase adónde iba. Ah, por chocolate. Frunció el ceño. Eso no era lo que quería. No quería comer. Quería tener una vida. Y por Dios que iba a tenerla.

Catorce semanas más tarde, Cathy aparcaba frente a su casa, sonriendo de oreja a oreja. Estaba cansada, pero era más feliz de lo que lo había sido desde hacía meses.

Lo había conseguido. Acababa de hacer el último examen final. Había completado el primer semestre de universidad.

—¿No estás orgulloso de tu mamá? —le preguntó al bebé, poniéndose una mano en el vientre. Estaba embarazada de cinco meses, y el embarazo ya no era fácil de ocultar. La verdad es que no le importaba. Sus compañeros de clase no la habían discriminado por estar embarazada y ser soltera. Es más, habían sido bastante amables con ella.

La verdad es que la universidad era dura. Le encantaba el mundo de las finanzas y toleraba en la economía, pero ¿a quién podía interesarle ser contable?

Estaba agotada. Entre estudiar, los exámenes e ir a trabajar cuando más cansada estaba…

—Merece la pena —le dijo a su niño—. Tú también la merecerás.

Paró el motor y bajó del coche. Eran casi las nueve de la noche. Se había unido a un grupo de estudiantes para ir a cenar tras los exámenes finales a un restaurante italiano. Había disfrutado mucho con la conversación y las risas. No había tenido mucho de ambas cosas en su vida.

Eddie, su jefe en el servicio de contestador, estaba tan orgulloso porque hubiese conseguido finalizar el primer semestre que le había dado la noche libre, y la verdad es que se lo agradecía enormemente. Se iba a meter en la cama y pensaba dormir doce horas seguidas.

Al acercarse a la casa, una sombra se movió. La sorpresa fue demasiado grande para sentir miedo. La sombra volvió a moverse y se

convirtió en un hombre. Entonces, supo.

Stone había vuelto después de tanto tiempo. No sabía qué pensar, ni qué decir. Había seguido enviándole dinero todos los meses, dinero que había ahorrado en su mayoría. Había hablado con Ula en varias ocasiones pero no tenía noticias de él.

Se quedó allí de pie, en el camino de acceso a la casa, sin saber qué sentía en realidad. No estaba furiosa, ni siquiera triste, aunque sentía rodar las lágrimas por las mejillas. A pesar de todo, no había sido capaz de dejar de quererlo, y ese amor se movió en su interior, llenándola con un calor que no había sentido desde hacía mucho tiempo. El mismo amor que había experimentado antes, pero con una diferencia: que los últimos cuatro meses le habían enseñado a ser fuerte. Habría sobrevivido sin él, y continuaría así.

—Hola, Cathy.

Stone se acercó a ella. La noche estaba cuajada de estrellas, pero no había luna, de modo que el momento fue igual que cuando se encontraron por primera vez en su casa.

—Stone… qué sorpresa.

—¿Estás enfadada?

—Debería estarlo, seguramente, pero no, no lo estoy —dio un paso hacia la casa—. Entremos para que me expliques por qué estás aquí.

—¿Así, tan tranquilamente?

—¿Qué esperabas? ¿Una escena?

—No. Supongo que me has olvidado por completo, y no te culpo. No merezco otra cosa.

—Es verdad, no la mereces, pero desgraciadamente no he olvidado. Eso sí, he aprendido a vivir sin ti —una brisa fresca le hizo estremecerse—. Vamos, que hace frío.

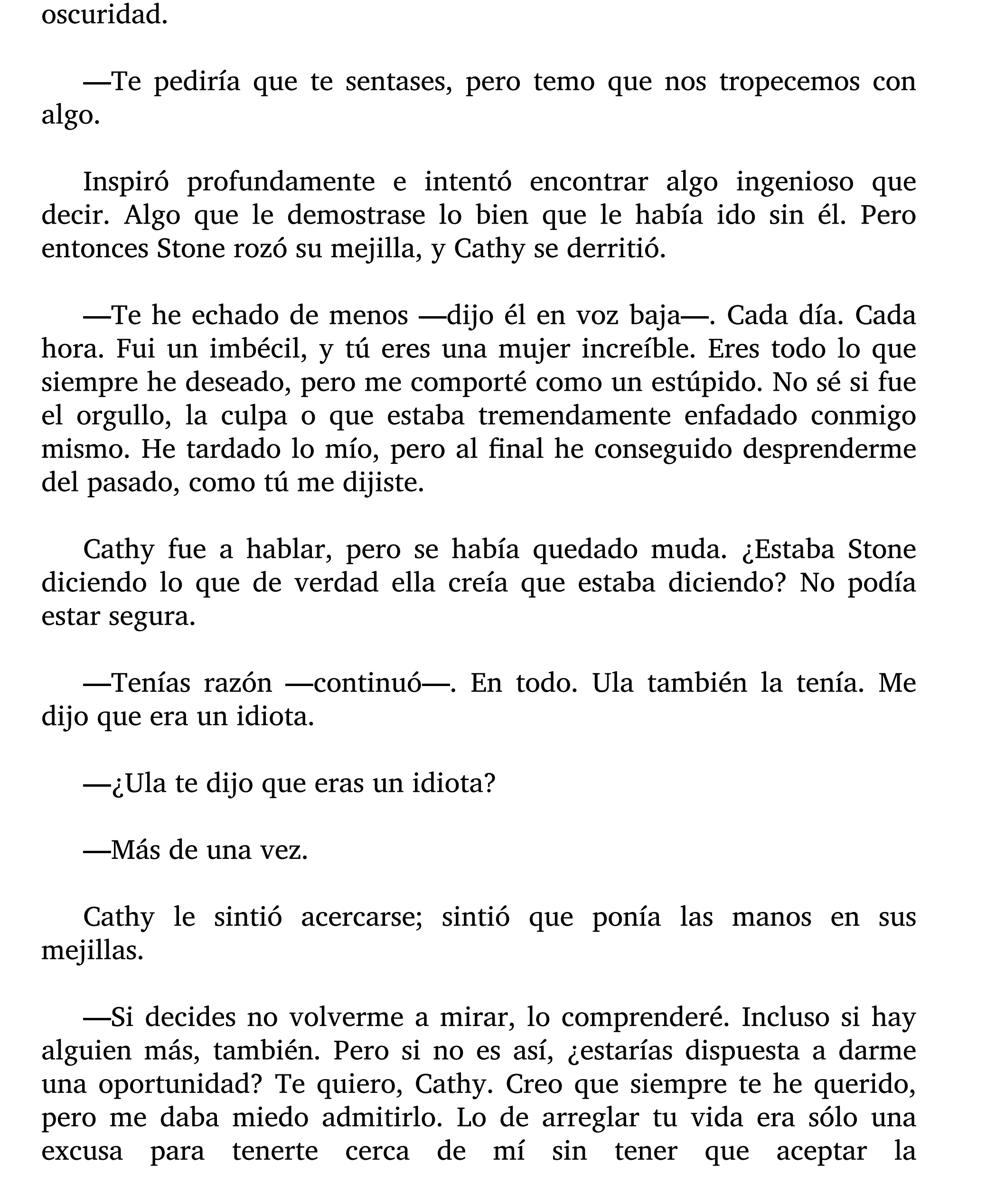
Iba a llevarse una buena sorpresa cuando se quitase el abrigo, y esa idea le hizo sonreír. Dijera lo que dijese, sería capaz de enfrentarse a ello, tal y como venía haciendo con todo últimamente.

Abrió la puerta y fue a encender la luz, pero él se lo impidió.

—No, por favor. Todavía no.

—Ya he visto tus cicatrices, ¿recuerdas?

—Lo sé, pero hazme ese favor.



Stone cerró la puerta a su espalda y ambos quedaron en la oscuridad.

—Te pediría que te sentases, pero temo que nos tropecemos con algo.

Inspiró profundamente e intentó encontrar algo ingenioso que decir. Algo que le demostrase lo bien que le había ido sin él. Pero entonces Stone rozó su mejilla, y Cathy se derritió.

—Te he echado de menos —dijo él en voz baja—. Cada día. Cada hora. Fui un imbécil, y tú eres una mujer increíble. Eres todo lo que siempre he deseado, pero me comporté como un estúpido. No sé si fue el orgullo, la culpa o que estaba tremendamente enfadado conmigo mismo. He tardado lo mío, pero al final he conseguido desprenderme del pasado, como tú me dijiste.

Cathy fue a hablar, pero se había quedado muda. ¿Estaba Stone diciendo lo que de verdad ella creía que estaba diciendo? No podía estar segura.

—Tenías razón —continuó—. En todo. Ula también la tenía. Me dijo que era un idiota.

—¿Ula te dijo que eras un idiota?

—Más de una vez.

Cathy le sintió acercarse; sintió que ponía las manos en sus mejillas.

—Si decides no volverme a mirar, lo comprenderé. Incluso si hay alguien más, también. Pero si no es así, ¿estarías dispuesta a darme una oportunidad? Te quiero, Cathy. Creo que siempre te he querido, pero me daba miedo admitirlo. Lo de arreglar tu vida era sólo una excusa para tenerte cerca de mí sin tener que aceptar la

responsabilidad de lo que sentía. Te quiero. Por favor, vuelve a casa conmigo.

No podía creer lo que estaba ocurriendo.

—¿De verdad estás aquí? ¿De verdad me estás diciendo todas esas cosas?

—Sí. Todas. Te quiero, Cathy.

—Stone…

Cathy se echó en sus brazos y le besó, y sus cuerpos se apretaron en la oscuridad.

—Yo también te quiero —dijo—. No hay nadie más. ¿Cómo podría haberlo? Te di mi corazón, así que no se lo puedo dar a nadie más —se echó a reír—. Esto es increíble.

—Entonces, ¿volverás conmigo?

Cathy dudó.

—Te quiero, y deseo estar contigo, pero no puedo ser la amante de un hombre rico. Te veré cuando quieras, pero me voy a quedar aquí. He empezado en la universidad, y no quiero renunciar ahora.

Stone sonrió.

—Qué mal lo he hecho, ¿eh? No te estaba pidiendo simplemente que te vinieses a vivir conmigo, mi amor, sino que te cases conmigo.

—Ah… —¿con Stone?—. Ah…

—¿Ah, sí, o ah, no?

Las lágrimas volvieron a rebasar sus ojos, pero esta vez de felicidad.

—Sí —dijo, y se le comió a besos—. Sí, sí, sí.

—Y si estamos casados, viviremos en la misma casa, ¿no?

—Claro.

—Creo que la universidad es una buena idea. Te irá bien.

—Ya me ha ido.

Stone se echó a reír.

Cathy le abrazó y su vientre rozó el de él.

—Stone, tengo algo que decirte.

—Yo también tengo algo que decirte.

—Primero yo.

—No, yo.

Y encendió la luz.

Cathy parpadeó varias veces ante el brillo de la luz y lo miró. Hacerlo la dejó sin respiración. En su mejilla izquierda, unas líneas pálidas ocupaban el lugar de las cicatrices y quemaduras.

—El doctor me ha dicho que terminarán por quitarse —le explicó, rozándolas casi sin darse cuenta—. Siempre me quedará alguna marca, pero nada comparado con lo de antes —se encogió de hombros—. No quería que te casaras sólo con medio hombre. Quiero enseñarte el mundo. Al menos lo que recuerdo de él. El resto, lo descubriremos juntos.

—Eres tan guapo —murmuró—, que no me lo puedo creer. Las mujeres se van a echar a tus pies.

—Pero soy tuyo. Para siempre.

Cathy le rozó la mejilla.

—A mí nunca me han importado las cicatrices.

—Lo sé. Esa es una de las razones por las que estaba dispuesto a quitármelas. La otra…

Se encogió de hombros y Cathy comprendió. Eran su lazo de unión con el pasado y se había desprendido de ellas. Ya era hora.

Ella también tenía que mostrarle su secreto, así que retrocedió.

—Primero, te prometo que no he vuelto a comer chocolate. Sé que debería habértelo dicho antes, pero lo supe el día que me marché y no pude hablarte de ello. Intenté llamarte un par de semanas más tarde, pero no estabas. Espero que no te enfades, pero si aun así no lo quieres, si no quieres casarte conmigo, lo comprenderé.

Qué mentira más grande… no lo comprendería, pero tenía que darle la opción.

Se quitó el abrigo y lo dejó caer al suelo. Stone se quedó boquiabierto.

—Estás embarazada —susurró.

—De cinco meses.

Su expresión se suavizó.

—Un hijo. Vas a darme un hijo. Una nueva vida y una nueva oportunidad —se puso de rodillas y besó su tripa con devoción—. He sido un imbécil. ¿Podrás perdonarme?

—Sí.

Stone la abrazó mientras ella acariciaba su pelo. Sabía que más tarde llegarían las preguntas, pero ya no importaba.

Se levantó y tomó su mano para conducir la al sofá.

—Quiero tenerte en brazos —dijo—. He estado tan vacío sin ti…

Y la paz les llegó abrazados.

Stone puso una mano en su vientre y sonrió.

—Va a ser un chico.

—¡Vamos Stone! —se rió—. No seas machista.

Él la abrazó.

—Prométeme que no volverás a dejarme.

—Te lo prometo.

—Y yo te prometo que nunca me iré de tu lado. Te quiero. Eres la mejor parte de mí mismo.

Cathy apoyó la cabeza en su pecho y escuchó el rítmico latido de su corazón. Juntos se curarían el uno al otro y encontrarían la paz.

Para siempre… esa sí que era una promesa a la que una podía aferrarse y por la que vivir.

Fin